



Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélaz Pliego” Posgrado en  
Sociología

Tesis para obtener el grado de Maestra en Sociología:

**Disputas y negociaciones en la calle: relatos de experiencias de la vida cotidiana de  
personas trans y no binarias en la ciudad de Puebla**

Presenta

Martha María Montes de Oca Hernández

Directora

Dra. Amaranta Cornejo Hernández

Sinodales

Dra. Lucía Linsalata

Dr. Panagiotis Doulos

Drx. A. Tito Mitjans Alayon

Puebla, Pue., Enero 2025

## Agradecimientos

Me siento profundamente agradecida con cada una de las personas que posibilitaron la realización de esta tesis. Agradezco al posgrado en sociología del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades "Alfonso Vélez Pliego" por el espacio académico que me permitió consolidar mis aprendizajes y realizar esta investigación. Agradezco también al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) por otorgarme una beca para realizar mis estudios y lograr esta investigación.

Me siento especialmente agradecida con la Dra. Amaranta Cornejo Hernández, mi asesora de tesis, por acompañarme con tanto cariño y sabiduría en este camino de mi investigación, por confiar en mí en todo momento, por todas las horas que dedico a leerme y por su mirada siempre tan cuidadosa para guiarme, sin ella nada de esto se sentiría, ni se leería, igual. Gracias siempre a la línea de investigación del posgrado en sociología, "Entramados comunitarios y formas de lo político", por permitirme atestiguar de cerca sus formas tan valiosas de habitar y politizar este mundo, gracias por permitirme ser parte de su legado de lucha por vidas más dignas.

Reconozco un especial agradecimiento a Chispa, Kao, Castiel, Josan y Stayku por compartir conmigo sus historias, y con ello, sus sentires y sus luchas. Gracias por cada plática compartida, por la confianza y complicidad que logramos tejer para saber que ninguna vida, ningún afecto y ningún cuerpo están equivocados. Estas líneas son posibles gracias a ustedes.

Agradezco y dedico a todxs mis amigxs, afectos y personas de mis redes de apoyo que me sostuvieron, escucharon, leyeron y acompañaron durante estos años, gracias por recordarme confiar en mi intuición y por los momentos de lucha que hemos construido para resistir a un sistema hetero patriarcal desde lo más cotidiano de nuestros

encuentros. No podría saltar mi agradecimiento a la calle, mi mayor maestra de vida, porque gracias a esas infinitas caminatas diarias de observación, hacia adentro y hacia a fuera, es que esta investigación, y en general mi vida, encuentran mucho sentido.

Finalmente, desde lo profundo de mi corazón, agradezco a mi mamá y a mi papá, por acompañarme en mi camino de procurar el fuego que me mueve para imaginar y luchar por un mundo más amable y menos injusto.

Índice	
Rastreos, ¿desde dónde hablo? .....	5
¿Qué voces se encuentran aquí?.....	10
¿Cuáles son los horizontes de esta investigación? .....	16
Experiencias vividas, historias contadas. <i>Hablamos por nuestra diferencia.</i> .....	17
Capítulo 1. Organizar la experiencia en la ciudad y significarla a partir de narrar la vida cotidiana: Imbricaciones múltiples en el espacio urbano .....	26
1.1 La vida cotidiana como clave para narrar la ciudad .....	28
1.2 La ciudad no es un espacio neutro .....	35
1.3 Corporalidad y ciudad. Una mirada desde corporalidades trans y no binarias.....	48
Capítulo 2. Disputas y negociaciones: el cuerpo en la ciudad.....	55
2. 1 Escribir desde y sobre la ciudad.....	57
2.2 La corporalidad como primer lugar de disputas y negociaciones.....	66
2.3 Disputas y negociaciones desde la vida cotidiana.....	77
2.4 Reflexiones parciales del capítulo .....	82
Capítulo 3. Resignificaciones.....	83
3.1 Hacer uso de la voz para resignificar la memoria trans y no binaria.....	86
3.2 Rastrear la resignificación a partir del encuentro.....	95
3.2.1 La vida cotidiana como posibilidad para resignificar .....	97
3.2.2 Sobre los espacios donde sucede la vida cotidiana .....	99
3.3 Resignificar el espacio desde la colectividad .....	103
3.4 Conclusiones parciales.....	111
Conclusiones: Todavía caminando .....	112
Referencias.....	118

Rastreos, ¿desde dónde hablo?

La palabra visibilidad es a la que más he recurrido desde que empecé a imaginar esta investigación. Me he aferrado a ella como una brújula y pista de rastreo de aquellas vidas, historias y voces que, como yo, no nos encontramos comúnmente en las narrativas hegemónicas.

El concepto sencillo de visibilidad alude a la capacidad de que *algo* se pueda ver, o de que sea detectable, a diferentes distancias. Reflexionando un poco acerca de esto me pregunto, qué situaciones o factores intervienen para que *algo* no sea visto; en qué momento suponemos, o sabemos, que algo está pasando desapercibido y que no es visible. Quiero decir, no es visible, ¿según quién?

Hablar sobre la visibilidad de algo o de alguien implica múltiples ejercicios sensoriales que involucran sincerarnos y enunciar desde dónde miramos, qué miramos según nuestra posición, y saber que siempre habrá algo que queda fuera de nuestra vista. La mirada se torna entonces en un proceso mismo de rastreos que van más allá de solo hacer uso del sentido de la vista. Para mí, esto ha significado despertar el resto de los sentidos y más. Afinar la escucha, detectar los sentimientos, reconocer el olor de los momentos significativos. Rastreos que me permitan identificarme también a mí misma en aquello que busca ser visible. Con esto me refiero a que, pretender que nuestra mirada suceda solo en una dirección unilateral de adentro hacia a fuera, se puede convertir en algo muy problemático. En un proceso de investigación, esa mirada unilateral es una de las razones por las que quien investiga cree que no está también dentro de la problemática.

Ese pensamiento me llevó a darme cuenta que durante mi investigación no quería ser solamente una espectadora que relata desde el privilegiado espacio de la academia, que toma lo que quiere investigar y luego se va. Reconocí en mí una alerta contundente al

extractivismo academicista que realiza un ejercicio de mirada sobre lo que considera que debe ser visible, o peor aún, que asume aquello que no es visible, replicando prácticas colonizadoras y patriarcales.

Para ello, Donna Haraway (1995) fue una pauta clara en la elaboración de mi posicionamiento durante esta investigación. Ella pone al filo la reflexión de la vista instrumentalizada y des-encarnada cuando dice que:

Esta es la mirada que míticamente inscribe todos los cuerpos marcados, que fabrica la categoría no marcada que reclama el poder de ver y no ser vista, de representar y de evitar la representación. Esta mirada significa las posiciones no marcadas de Hombre y de Blanco, uno de los muchos tonos obscenos del mundo de la objetividad a oídos feministas en las sociedades dominantes científicas y tecnológicas, postindustriales, militarizadas, racistas y masculinas. (p. 324)

Parto desde ahí para saber que, desde mi posicionamiento epistémico, lo que rescato es una mirada que no busca salir del cuerpo y capturar lo que investiga, sino que, a partir de una escritura afectiva desde el cuerpo, encarnada, logre resignificar mi vista y las prácticas a través de las cuales pretendo conocer.

Lo que estoy planteando aquí es que esta investigación se teje desde una producción de conocimientos que reconocen las emociones de por medio, en donde yo me reconozco también atravesada por el problema que planteo y donde lxs sujetxs<sup>1</sup> portadores de conocimiento rompen con la idea de sujeto universal cis-heteronormado.

Poner en el centro las emociones y escribir desde la afección es una respuesta contra las epistemologías patriarcales, que desde un positivismo lógico promueven una objetividad en la investigación que pide a quien investiga que genere un distanciamiento del objeto/sujeto de estudio y que aparte cualquier emocionalidad o relación hacia con la

---

<sup>1</sup> Como posicionamiento de esta investigación, a lo largo de toda mi escritura hago uso de un lenguaje neutro, sin embargo, cuando alguna palabra tienda a recaer en pronombres o palabras binarias, haré uso de un lenguaje inclusivo que suplanta la terminación de a, o, as, os, por la letra "e" o la "x".

investigación. Marisa Ruiz y Dau García (2023) lo enuncian como que: "(...) pretendemos contribuir a la ruptura de los dualismos del pensamiento occidental (mente/cuerpo, razón/emoción, público/privado, etc.), donde el segundo término queda infravalorado y asociado a lo femenino". (p. 64) La reiteración de esos dualismos dicotómicos pretende también deslindarse de cualquier responsabilidad que conlleva el implicarse dentro de la investigación. Volviendo al diálogo con Haraway (1995) entendí que mi investigación retoma las epistemologías feministas y que parto de una perspectiva parcial y de conocimientos situados. "La objetividad feminista trata de la localización limitada y del conocimiento situado, no de la trascendencia y el desdoblamiento del sujeto y el objeto. Caso de lograrlo, podremos responder de lo que aprendemos y de cómo miramos". (p. 327)

Al mismo tiempo reconozco que coexiste una contundente y fuerte tensión con los feminismos y que las teorías *cuir*, así como los transfeminismos, son un soporte teórico importante para esta investigación como forma de conciliar las diferencias con otros feminismos y hacer una clara separación de los discursos transfóbicos.

Respecto a mi posicionamiento en esta investigación me reconozco con el cuerpo atravesado por la ciudad, con una gran necesidad de dar cuenta de los malestares y afecciones que el modelo de ciudad moderna produce. Hablo también desde mi peatonalidad como forma de movilidad que rige mi vida cotidiana. Para mí, nombrarme peatona es un posicionamiento político que me permite reflexionar todos los días sobre cómo puedo desplazarme por las calles de forma autónoma. Caminar me ha permitido entenderme en la trama de la ciudad moderna. También remarco la difícil situación de riesgo que representa ser una mujer peatona en un país como México, y saberme al borde del peligro constantemente por entender que las violencias en las calles están acechándonos todo el tiempo. Por otro lado, caminar cotidianamente en la ciudad de

Puebla, me ha dado una perspectiva de la ciudad urbana que está planeada, pensada y vivida para la comodidad y seguridad de los automóviles y de quienes se transportan en ellos. He vivido un desplazamiento contundente en muchas calles y avenidas de todos los tamaños por ser peatona o por trasladarme en otros tipos de medios de transporte urbanos que no son autos privados.

Encuentro en Puebla un modelo de ciudad en donde la movilidad urbana se especializa en la construcción de avenidas cada vez más grandes, de puentes, de dobles pisos o desniveles para coches que solo fomentan el uso de más autos, y de que estos vayan a mayor velocidad. Hasta ahora las propuestas de movilidad urbana planteadas desde el gobierno a través de políticas públicas en la Ciudad de Puebla ponen en el centro a los autos y no la vida diaria de las personas que usamos otro tipo de transportes como la bici, caminar, o incluso el transporte público.

Este modelo de ciudad urbana promueve dinámicas donde la vida cotidiana está mediada por múltiples procesos de violencia, por segregación y discriminación. Hay un claro despliegue de lógicas capitalistas que buscan que los espacios de consumo se propaguen, y que los espacios de descanso, de áreas verdes, de ocio y esparcimiento públicos y gratuitos sean cada vez menos. La ciudad se rige por una productividad y consumismo profundo.

Sin olvidar la periferia que, en Puebla, como en tantas otras ciudades, se vuelve un grupo o cúmulo de territorios excluidos de los discursos urbanos de la ciudad, aunque en realidad sea precisamente la periferia lo que sostiene a la ciudad. En la ciudad de Puebla, por ejemplo, no podemos dejar de notar que la mancha urbana se quiere apropiarse de forma cada vez más rápida y voraz de las periferias que le rodean, y que en esos territorios se han cimentado, a través del despojo y saqueo con uso de violencia extrema, varias zonas comerciales y de vivienda de élites. Esta problemática se vuelve cada vez

más peligrosa en tanto tiene que ver con especulación de vivienda, saqueo de agua a comunidades aledañas, mal uso y contaminación del suelo por basureros, donde los desechos de toda la ciudad se botan sin ningún tipo de restricción ni consulta con quienes viven en esas zonas.

Las problemáticas que reconozco en la ciudad están estrechamente vinculadas a mi experiencia como peatona, pero también, a un largo recorrido de mi vida que se remonta al 2013, cuando reconocí una inquietud en mí respecto a la calle y lo que en ella sucede.

Dentro de mis primeras aproximaciones me interesaba profundizar en la movilidad urbana de las personas que viven la ciudad en el día a día; hablar sobre lo difícil que se vuelven los desplazamientos peatonales sobre banquetas inexistentes, incompletas o incaminables; señalar la escases de áreas verdes y cómo esto repercute en las altas temperaturas que sufrimos.

A través de diversos espacios y personas pude llegar a la movilidad urbana con enfoque feminista. Ahí encontré a las feministas reclamando el derecho a la ciudad y haciendo evidente lo difícil que es moverse en la ciudad desde diversas vivencias, como la maternidad, las juventudes, la precariedad económica, y el no acceso a transporte público asequible y accesible. Todo esto sumando el acoso callejero como constante.

El acoso callejero se volvió un parteaguas para mí. Dedicué mucho más tiempo a este tema a través de talleres, mapeos, charlas en diferentes espacios, grupos de lecturas, actividades de reapropiación del espacio y demás. El hallazgo más importante con el que me encontré fue que todas las mujeres con las que habla de estos temas compartían un sentimiento de aislamiento en la calle. Me pareció muy claro que para

problematizar los espacios urbanos necesitamos pensar desde una colectividad que apunte a desmontar el aislamiento que vivimos.

Después de varios momentos clave de rastreos que tuve entre pláticas, lecturas y experiencias propias percibí un problema grande: la gran mayoría de los enfoques y miradas desde los que se abordan los temas de ciudad y espacios urbanos están profundamente atravesados por perspectivas binarias y heterosexuales. Es decir, hay un importante sesgo de relatos, cifras, análisis e información que comparta todas aquellas experiencias cotidianas que las mujeres trans, los hombres trans, las personas no binarias, y en general las disidencias, viven en los espacios urbanos. No quiero que se malinterprete y decir que no existen o no se encuentran en absoluto, claro que los hay, pero también es pertinente dar cuenta que son los menos. No porque esas experiencias no existan, sino porque han pasado por procesos de invisibilización.

Me propuse pues mirar a contrapelo la ciudad, los cuerpos y los afectos que no nos encontramos dentro de la heteronorma y que desde ahí salimos a las calles, al espacio urbano y desde ahí construir esta investigación.

¿Qué voces se encuentran aquí?

*“No soy un marica disfrazado de poeta  
No necesito disfraz  
Aquí está mi cara  
Hablo por mi diferencia  
Defiendo lo que soy”  
(Lemebel, 2011, p. 2018)<sup>2</sup>*

En sintonía con los diálogos que he entablado con las lecturas de Haraway, entendí que mi investigación no apuntaba a mostrar un panorama totalizante del problema que encuentro. No quería que mis prácticas ni escritura dieran cuenta de una investigación

---

<sup>2</sup> Fragmento del poema de Pedro Lemebel “Manifiesto”, que originalmente pronunció en septiembre de 1986 de forma pública en un acto político en la Estación Mapocho.

que captura un retrato de la realidad y la presenta sin hacerse cargo de situarla dentro de toda la diversidad de realidades que existen.

Durante el proceso de imaginar cómo lograría esto hubo factores determinantes que me ayudaron a decidir qué caminos epistémicos y metodológicos me ayudarían. En cualquier proceso de investigación el tiempo juega un rol importante, para mí era necesario entender que los tiempos de la academia son muy particulares, muchas veces inclementes y de rápido pasar, por lo que necesitaba encontrarme en ellos y saber hasta dónde podría llegar.

Por otro lado, muy de la mano de reconocer el encuadre de la temporalidad, el ejercicio de situarme y responsabilizarme de no promover una mirada colonizadora academicista, me llevó a la búsqueda de los métodos de investigación que pusieran en el centro la escucha atenta. Esto requeriría hilar muy fino y dar cuenta de detalles que se vuelven pistas muy importantes. Ese compromiso me llevó a la conclusión de que serían cuatro lxs participantes con quienes podría estar entablando conversaciones. Por otro lado, decidí que serían personas con las que el vínculo partiera de cero, es decir, no serían ninguna de las personas de mis círculos más cercanos. Incluso sabiendo que fueron ellas, ellos, amistades entrañables y personas tan diversas que forman parte de las disidencias sexo-genéricas, quienes me dieron la pauta firme para querer aventurarme a realizar esta investigación.

El proceso de ir conociendo a lxs participantes se dio de forma muy orgánica y pronta. No me interesaba hacer una lista de requerimientos para buscarles, simplemente se trataba de presentar de forma honesta la inquietud desde la que nació este trabajo y que coincidiéramos en la intención de vincularnos desde ahí para poder sostener diálogos y pensamientos al respecto.

Cuando supe que había llegado a las 4 personas participantes noté que había logrado el ejercicio de no regir mi búsqueda por etiquetas cerradas respecto a sus identidades más allá de nombrarse hombre trans, mujer trans o persona no binaria. Me di cuenta que dentro de lxs cuatro participantes estaban dos hombres trans y dos personas no binarias, pero ninguna mujer trans. En ningún momento quería caer en un ejercicio binario de selección, pero sabía que era necesario también hacer partícipes las narraciones y experiencias vividas desde el cuerpo de una mujer trans. Fue gracias a ello que se conformaron las cinco voces que aquí se encuentra: Josan, Kao, Chispa, Castiel y Stayku y que ahora aquí presento.

### *Josan*

“Por fin había llegado el día. Era jueves 2 de marzo a las 6 de la tarde y yo estaba por entrar a una cafetería que se encuentra a una cuadra del zócalo de la ciudad de Puebla. Josan llegó unos minutos después algo apresuradx. Yo me sentía muy nerviosa y emocionada, había ensayado en mi cabeza cientos de veces la mejor forma de presentarme y de hablar sobre mi tema de investigación, y aunque ya nos habíamos presentado antes intercambiando un par de mensajes, vernos en persona se sentía diferente. Después de un par de horas de hablar sobre nosotrxs, nuestra vida y nuestros gustos compartidos tuve un pequeño momento de conciencia en el que note de forma muy concreta que ambxs sentíamos mucha comodidad y soltura, que el hielo ya se había roto y que era justo desde ese lugar genuino desde el que podría presentarme a mí y a mi investigación.” (Notas de campo, 03 de marzo del 2023)

Escogí ese pasaje de mis notas de campo para retratar lo que me implicó entender cómo apalabrar mi investigación. Josan fue la primera persona con la que tuve contacto presencial de les cinco participantes, conocerle me dio las pistas exactas para sentir que partía de un piso fértil y que, lo que hasta ese momento habían sido solo intuiciones, venían un lugar correcto.

Sentí su entusiasmo por compartir conmigo sus historias desde el primer momento poniendo en el centro de la plática las experiencias vividas desde su corporalidad, porque antes de hablar de poner el cuerpo en la ciudad, hay que hablar del cuerpo como primer

territorio. Así que nuestras primeras conversaciones tuvieron que ver con los diversos procesos, tanto afectivos como corporales, que a él le han atravesado y le han llevado a encontrarse y reconocerse desde lo no binario.

Josan me compartió memorias muy nítidas de su infancia en donde se enfrentó a momentos en los que quiso nombrarse desde otro lado que no fuera el ser un hombre que practicaba una masculinidad hegemónica. Buscaba moverse entre un ir y venir de prácticas y características corporales feminizadas.

Tengo recuerdos muy claros de la infancia, desde muy niñx, de no sentirme totalmente “masculino” y de sentir mucha curiosidad por lo femenino, pero siempre desde una línea intermedia. Claro que nombrarnos como personas no binarias tiene muy poco, cuando yo era adolescente no escuchábamos o no conocíamos aún eso, de haberlo sabido antes me hubiera nombrado como no binarix desde entonces (Josan, comunicación personal, 2 de marzo del 2023).

Sus relatos se encuentran aquí entretejidos de forma muy cercana a las historias del resto de los participantes.

### *Stayku*

La bici como símbolo de autonomía en la ciudad fue una clave que pude aterrizar después del primer encuentro con Stayku. Tengo un recuerdo muy marcado de él sobre el primer día que le conocí y la forma tan hábil y bien conocida en la que hizo todo su ritual de llegada en bici, su coreografía tan coordinada de rutina de ciclista me cautivó de inmediato: bajase, quitarse la mochila de los hombros, sacar una cadena y candado de seguridad para amarrar su bici, quitarse el casco, tomar agua, sacar y guardar de bolsitas específicas varias cosas.

Para Stayku desplazarse por las calles en bici implica resignifica su libertad de movilidad, pero también, representa una contundente posibilidad de llevar su expresión de género desde la no binariedad y sentirse libre de hacerlo. Esa fuerza y libertad que

encuentra en la bicicleta es lo que le hace sentir autónome en la calle como en otros espacios.

Tuve un trabajo donde me iba muy bien, pero sentía constantemente que tenía que ocultar mi identidad de género, eran situaciones diarias muy lamentables, pero lo que rescato mucho de esos tiempos es que me arriesgué a ir y venir del trabajo en bici. Han sido de los recorridos más largos que he hecho hasta ahora porque eran más de dos horas, aproximadamente, pero a partir de ahí sentí una relación diferente con mi cuerpo, me hacía sentir tan bien poder cruzar la ciudad con mi bici, solo yo, mi bici y mi cuerpo. (Stayku, comunicación personal, 01 de mayo del 2023).

Stayku relata con detalle sus experiencias desde una mirada muy fina sobre el espacio urbano y su relación con el cuerpo.

### *Castiel*

Para el momento en que Castiel y yo nos reunimos por primera vez, yo ya tenía mucho más clara la forma de presentarme y de presentar mi investigación, por lo que romper el hielo con él se dio de forma orgánica y cercana. Lo que Castiel me compartió en ese primer encuentro fue la pauta más fértil para saber cuánto sentido e importancia tenía el hablar desde la cotidianidad. Entre risas y bromas que nos ayudaron a aminorar el sentir tan denso de las experiencias compartidas en la calle, pudimos encontrar momentos de mucha sinceridad y confianza.

Hablar de la vida cotidiana con Castiel no necesitó ningún tipo de antesala, solo sucedió cuando él me platicó sobre sus gatos, sobre cómo han ido llegando a su vida buscando un hogar y el afecto tan grande que siente por ellos. Mientras tanto, se colaban casualmente los relatos que tenían que ver con lo que implica ser un hombre trans y las experiencias emocionales que las calles le producen. Esas experiencias van del miedo, el riesgo, las dinámicas de poder que se ejercen, hasta la resignificación que puede encontrarse.

Si hay un grupo de hombres en la calle prefiero cruzarme del otro lado. Me he dado cuenta que, si de por sí antes corría mucho riesgo, ahora como hombre trans el riesgo lo vivo diferente, siento que ha aumentado. A veces leo las noticias de asesinatos a personas trans y siento que eso lo hace más riesgo, creo que es jugar a la vida en modo difícil. (Castiel, comunicación personal, 16 de mayo del 2023).

Castiel compartió conmigo momentos de mucha valentía, de mucha fuerza y un proceso de reafirmación constante que se encuentran a lo largo de toda esta investigación.

### *Kao*

La manera en la que Kao se presentó conmigo desde el primer momento fue desde un lugar de mucha sinceridad, en nuestro primer encuentro él llevaba muy clara la idea de lo que le interesaba compartir sobre sus experiencias en la calle. Lo que llamó mucho mi atención desde el principio fue su puntal interés por destacar cómo se dan las interacciones que tenemos con otras personas cotidianamente en la ciudad, esas interacciones con otrxs que no conocemos y que suceden de forma tan pronta y efímera.

Kao me compartió de formas muy claras las emociones y pensamientos que le atraviesan sobre sus desplazamientos y experiencias a partir de la transición que ha vivido como hombre trans.

A pesar de que el tiempo sigue pasando hay miedo que no se va, es como si en la calle siempre sintiera que hacen un proceso de inspección sobre mi cuerpo las personas que van pasando, es un miedo que deja de estar solo en la expresión de género y se pasa a algo más interior, como lo que yo sé que creo que la otra persona está mirando... es raro. (Kao, comunicación personal, 26 de mayo del 2023).

### *Chispa*

Chispa llegó como fuego incandescente para unirse a estos relatos. Desde los primeros mensajes que intercambiamos estuvo muy segura de querer participar y relatar sus desplazamientos por la ciudad siendo una mujer trans.

Chispa, al igual que Stayku, comparte su relato del uso de la bicicleta desde un posicionamiento político y desde una contundente crítica a la ciudad. En sus relatos lo que se encontrará es mucha fuerza y mucha ternura radical que germina esperanza para saber que, disputar la calle desde la lucha, también implica ver los destellos de afectividad colectiva que hay en ella.

Hay algo que me mueve mucho cada que regreso a casa. Ayer me pasó, eran las 12:50 de la noche y por la calle de Camino Real hay algo que me conmueve mucho y es que hay una enredadera muy bonita, que cada vez que la veo sonrío mucho porque es un poste de luz existiendo ahí junto a la calle y recuerdo que vi cómo empezaba a nacer desde el suelo y ahora es mucho más grande con hojas mucho más grandes... y eso es justo lo que me da esperanza porque a pesar de

tanto concreto y repetición de formas existe. (Chispa, comunicación personal, 02 de agosto del 2023).

Los relatos y experiencias de Chispa se nutren desde la ternura radical que tanto la caracteriza y que llenan de fuerza esta investigación.

¿Cuáles son los horizontes de esta investigación?

Las conversaciones que entablé con Josan, Stayku, Kao, Chispa y Castiel estuvieron guiadas por una serie de preguntas y objetivos que me sirvieron como pauta para dar forma a esta investigación y que fungieron como horizontes para saber hacia dónde dirigirme durante el camino, así como para saber volver a él en caso de sentirme extraviada.

En ese sentido, a través de la pregunta central de mi investigación, busco conocer qué experiencias en la vida cotidiana de Josan, Stayku, Kao, Chispa y Castiel dan cuenta de lo que implica ser una persona trans y/o una persona no binaria al momento transitar por las calles de la ciudad de Puebla. El objetivo es analizar las experiencias cotidianas de los participantes durante sus desplazamientos por las calles de la ciudad de Puebla y dar cuenta de las implicaciones que haya respecto a sus identidades y expresiones de género.

Como pregunta secundaria me interesa saber si las calles de la ciudad de Puebla representan, para Josan, Stayku, Kao, Chispa y Castiel, escenarios de disputa contra un sistema cis-heteronormativo que les impone normas y formas de vivir. El objetivo es conocer de qué maneras, en sus relatos, ellos narran la disputa desde lo trans y la no binariedad en las calles de la ciudad de Puebla desde una lucha por poder ocupar, transitar y performatear sus identidades y expresiones de género.

Por otro lado, también me pregunto, qué negociaciones respecto a su identidad y expresión de género realizan durante los momentos en que transitan o están en las calles

de la ciudad de Puebla. El objetivo es mostrar, a través de sus narraciones, lo que algunas veces tienen que ceder respecto a sus identidades y expresiones de género, así como en sus desplazamientos. Incluyendo aquellas negociaciones que ya no están disputadas a hacer. Con esto me refiero a la libertad que sienten en cómo habitar su corporalidad desde la disidencia, a la vestimenta que prefieren, a los horarios en los que se mueven y los itinerarios que realizan o las zonas por las que se mueven, también volviendo a enunciarlos desde la vida cotidiana.

Como última pregunta de investigación me interesa saber, qué acciones cotidianas realizan o simbolizan Josan, Stayku, Kao, Chispa y Castiel como momentos de resignificación de las calles en la ciudad de Puebla. El objetivo es que, en un intento por salir de las narrativas de revictimización, mostrar que en la vida diaria con acciones simbólicas o materiales, los participantes pueden resignificar la calle tras haber vivido acoso, violencia, discriminación o algún otro malestar propio o colectivo.

Experiencias vividas, historias contadas. *Hablamos por nuestra diferencia.*

Narramos la experiencia propia para compartir paisajes que habitan en nuestra memoria. Narramos, a veces, para apalabrar en diversas dimensiones aquello que sentimos y pensamos. Muchas veces, narramos alguna experiencia para darle sentido a la vida misma, para poder elaborar los malestares y las alegrías. Narramos también para decir que existimos en la diversidad que habitamos y con ello acompañarnos de otras voces que se identifican en nuestros relatos. Es decir, contar nuestras experiencias de vida es parte de nuestra cotidianidad y nuestra forma de entender el mundo, de vincularnos con lo que nos rodea y de la posibilidad de explicarlo, no de forma aislada ni solitaria, sino acompañada.

Recuperar las narraciones de la cotidianidad y presentarlas como conocimientos válidos, situados y legítimos para señalar una coyuntura social, como lo que busco en

esta investigación, ha implicado un trayecto histórico de disputa que se ha peleado tanto en la academia como en otros espacios institucionales y no institucionales. Espacios en los que la producción de conocimiento se ve atravesada y condicionada por una serie de situaciones estructurales que fomentan y perpetúan un ciclo vicioso de cómo aproximarse a ciertas realidades, explicarlas y totalizarlas. Con esto, lo que busco resaltar es que, tanto las personas trans, como las personas que se (auto) identifican como no binarias, y en general las disidencias sexo-genéricas, han vivido procesos históricos de borrado de memorias colectivas y violencias epistemológicas que no les reconocen como sujetos portadores de conocimientos con la posibilidad de elaborarlos teóricamente. Hablar sobre el tejido de una memoria colectiva funge como soporte vital en la construcción de las subjetividades y la creación de imaginarios.

Las situaciones estructurales que condicionan la producción de conocimiento tienen múltiples raíces, y aunque es importantísimo desmotarlas y evidenciar sus dinámicas no haré aquí un análisis exhaustivo de rastreo de todas. Enunciaré solo una cuestión que me resulta muy peligrosa que se siga propagando, y la cual fue una pista clave en mi despliegue metodológico y epistemológico. Me refiero a la acotada posibilidad de generar referentes fuera de las narrativas hegemónicas de la cis-heteronorma. Es decir, la posibilidad, hablando específicamente sobre la academia, de presentar las experiencias vividas de las personas que se encuentran en el espectro de las disidencias sexo-genérica desde sus propias voces y palabras. Se trata de abrir espacios para la creación de imaginarios *otros* que hablen desde la diversidad de experiencias y de vidas que tiene que ver con identidades de género, expresiones de género y/o sexualidades fuera de la heteronorma.

Hago hincapié en esto porque presentar las experiencias de vida de las disidencias sexo-genéricas permite seguir tejiendo una memoria colectiva en donde otras

personas puedan cobijarse y saberse acompañadas. Cuanta menos producción de conocimiento se genera desde sus propias voces, cuanto más se afianza su borrado de existencia en la academia y el resto de los espacios. Es decir que, la producción de conocimiento que se genera a partir de la homogeneización y del no reconocimiento, o de la invisibilización, la diversidad de sujetos reproduce y cobija las narrativas del sujeto hegemónico y de la unificación de una supuesta única realidad. Como diría Ernesto Meccia (2020):

Las experiencias de la vida, o sea, los significados que podemos darle, representan una tarea que hacemos, por lo general, con las imágenes que nos provee la cultura hegemónica, que son restrictivas. Suele suceder que las restricciones son tan grandes que muchas historias reales quedan sin contar, o son contadas a cuentagotas. (p. 64)

Para poder lograr una investigación que pone en el centro los relatos y las voces de los participantes encontré como guía fértil a los métodos biográfico narrativos. Estos me permitieron partir de los relatos y las significaciones que cada uno de ellos les dan, es decir, el orden cronológico que escogen, aquello a lo que le dan mayor énfasis, las emociones que cada eventualidad les hizo sentir, y en general cómo es que significan ese relato.

Anabel Moriña (2016, p. 17) habla de cuatro puntos que caracterizan las investigaciones biográfico narrativas, y los cuales hace mucho sentido retomar para mi investigación. Como primer punto ella habla de que en estas investigaciones ponemos en el centro la voz de las personas, es decir, que se trabaja con una escucha atenta. Ella hace énfasis en que las voces de estas investigaciones son las de “personas silenciadas en los discursos científicos”. Lo cual se relaciona directamente con el siguiente punto, que es darle valor a la subjetividad, ya que, en tanto se retoma la experiencia desde sus propias narraciones y se les hace partícipes del proceso, la persona es reconocida y se puede volver también una forma de cuidar la no instrumentalización de los relatos.

Para el tercer punto, Anabel (2016, p. 17) hace un recordatorio sobre tejer más horizontalmente las relaciones entre quien investiga y quien comparte sus experiencias y relatos, “la aproximación narrativa posibilita establecer, en el desarrollo de la investigación, un cambio en la estructura de poder tradicional y en la forma de entender la producción de conocimiento”. Para mi investigación este punto tomó mucha fuerza cuando decidí que no les enunciaría como sujetos de investigación, sino como participantes para precisar esa agencia y participación activa que ellos tienen. Por último, la cuarta característica lo que destaca de las investigaciones biográficas narrativas, es su potencialidad emancipatoria, “ya que más que a describir o interpretar, la investigación debe contribuir a transformar el mundo” (p. 17).

Para tejer mi metodología, además de saber que mi investigación se encuentra posicionada dentro de lo biográfico narrativo, también me fue importante profundizar un poco más y localizarla en un estilo. Para ello, retomé las descripciones que Ernesto Meccia (2020) propone. Este ejercicio de localización tuvo el objetivo de darme pauta para construir las herramientas metodológicas para el momento de hacer trabajo de campo. Meccia (2020) encuentra dentro de las investigaciones biográficas un estilo en particular que llama *revelación de marcas narrativas*. Él, en un par de líneas, describe este estilo diciendo que “estudiar la historia de la vida de las personas, es distinto a estudiar las formas con las que esas personas cuentan sus vidas” (p. 54). Como he mencionado, en mi investigación, lo que se vuelve central es la significación y detalle que Josan, Kao, Castiel, Stayku y Chispa les dan a sus historias. Continuando con el estilo de *revelación de marcas narrativas*, Meccia menciona que:

Los hechos de la vida no pueden ser (re)presentados sino en un relato (o narración), esto es, a través de una trama que nunca es el espejo de lo vivido pero que, sin embargo, le es fiel, ya que le da sentido. (p. 54)

Estas líneas de Meccia me aproximaron, por un lado, a la toma de decisiones sobre los métodos, técnicas y herramientas con las que buscaría conocer los relatos de los participantes, y por otro lado fue una pista puntal respecto a cómo tejería mis categorías de análisis más adelante. Además de eso, un aporte muy importante al que llegué través del método biográfico narrativo fue encontrar un espacio muy fértil para abordar la recuperación de la memoria como recurso de resignificación de la experiencia vivida de los participantes como disidencias sexo-genéricas. Es decir, el momento de atestiguar formas de existir y habitar las corporalidades que desde los discursos hegemónicos han sido intencionalmente borrados.

Para mi investigación opté por usar los relatos de vida, ya que me centraría en una parte de la vida de los participantes y no en toda su historia de vida, pero, sobre todo, porque ellos serían la única fuente que tomaría. Para decidir esto, Daniel Bertaux (1999) fue una pauta teórica importante que me permitió poner en tensión el solo enfocarme en los relatos de vida, ya que, aunque él hace una aclaración en que es preferible hablar de un enfoque biográfico y no solo quedarse con un método de relatos de vida (p. 3).

Bertaux (1999, p. 8) también sugiere algunas preguntas metodológicas que fueron de gran soporte para planear mi trabajo de campo. Entre las varias preguntas que se hace retomo primero, ¿a quiénes y cuántxs entrevistar? Bertaux (1999) pone sobre la discusión que, particularmente para los relatos de vida, el saber cuántas personas son convocadas para la investigación tiene directamente que ver con la validación que se le dará, pero principalmente habla de la saturación que podría tener una investigación en caso de que sean demasiados relatos de vida los que se incluyan: “el investigador no puede estar seguro de haber alcanzado la saturación sino en la medida en que haya buscado conscientemente diversificar al máximo sus informantes” (p. 8).

El acto de decidir que fueran cinco participantes tuvo que ver con muchas variables, entre ellas se encuentre lo que retomé de Bertaux respecto a no tener demasiada información, sin olvidar que era importante lograr una diversificación de las experiencias de lxs participantes. Otra variable importante fue el tiempo acotado con el que contaba para entrevistar, leer los relatos, sistematizarlos y hacer un análisis de ellos.

Después de haber decidido que serían cinco participantes, me enfoqué en elaborar como sería el trabajo de campo. Mi principal reto se encontraba en saber hasta dónde preguntar o qué tanto abarcaría de sus vidas. Volviendo a Bertaux (1999), él realiza una crítica a hacer un fetiche de la biografía y destaca el carácter incompleto de los relatos, sabiendo que en el proceso de investigación no se busca compartir “la vida como totalidad concreta, sino la significación que le es conferida a posteriori” (p. 12).

Reconociendo el carácter incompleto que tendrían los relatos de Josan, Kao, Castiel, Stayku y Chispa, elaboré algunas preguntas que dieran una relativa dirección sobre lo que buscaba conocer de sus historias y que, al mismo tiempo, me dieran la suficiente libertad para transitar entre otros aspectos de su vida que se cruzan para que no parecieran solo pedazos de historias sueltas, es decir, lograr una armonía en sus narraciones.

Antes de llegar a la elaboración de una guía de entrevista tuve un primer acercamiento con los participantes para preguntarles someramente sobre sus experiencias en la ciudad de Puebla como disidencias sexo-genéricas. A partir de ello tuve pistas más concretas que me permitieron elaborar algunas preguntas basada en conceptos que más adelante pudieran convertirse en categorías de análisis. Después de ese encuentro pude rastrear que los conceptos se imbricaban de una forma particularmente cercana entre ellos. Esto quiere decir que definir uno implicaba al resto de los conceptos y así sucesivamente.

Presento brevemente aquí los conceptos que le dan forma a esta investigación y que tienen sentido a partir de los relatos que Josan, Castiel, Stayku, Kao y Chispa me compartieron.

Por un lado, para ubicar espacial, temporal y geográficamente en dónde fueron vividas las experiencias de los participantes, encuentro mucha importancia en los conceptos de calle, ciudad y corporalidad. Retomar el concepto de calle y no hablar de espacio público es una apuesta metodológica, teórica y política para mí. Hablar de la calle me parece una forma muy contundente para hacer una crítica a las formas conceptuales dicotómicas y binarias de clasificar el espacio como público y privado, dando por hecho que no existen puentes entre ambos que también contienen enormes oportunidades de análisis. Además de esto, durante mi trabajo de campo, pude notar que los participantes sentían mucha más cercanía con el concepto calle como espacio diario de desplazamiento.

Parte de la crítica que hago la retomo del trabajo de las urbanistas feministas españolas del Col·lectiu Punt 6 (2019) quienes ponen sobre relieve que:

El modelo de ciudad en el que vivimos actualmente se ha desarrollado sobre el sustento de la división sexual del trabajo. El espacio se configura a partir del dualismo público-privado que segrega el espacio según dos esferas, la productiva y la reproductiva, y asigna funciones específicas con categorías genéricas de lo masculino y lo femenino, produciendo así un sistema binario y opresivo. (p. 65)

Las Col·lectiu Punt 6 (2019) encuentran en la Revolución Industrial un punto histórico de quiebre para rastrear cómo es que estos conceptos dicotómicos han configurado el espacio y los han significado con valores que asocian al espacio privado los cuidados y labores reproductivas, y al espacio público las labores productivas, ponderando este último como el más importante y funcional al sistema patriarcal capitalista. A pesar de que esos rastreos en la historia sean valiosos, es muy importante recordar que esto no sucedió de la misma forma en otros territorios ni permeó de la

misma forma en la vida de todas las personas. Por ejemplo, en los territorios que se encuentran en América Latina, y muchos otros que no se encuentran dentro de los nortes globales de Europa o América, la configuración del espacio históricamente ha sido diferente, ya que la clase obrera de mujeres ha estado presente laborando tanto en el espacio que se llama como público y en el espacio llamado privado. Retomo mi crítica desde ahí proponiendo que, hablar de espacio público y espacio privado, re cae en una mirada heteronormativa y colonial al sostener que la división sexual del trabajo ha sucedido como una constante universal, reiterando los roles de género y los conceptos de sujeto hombre y sujeto mujer cis género de clase media y alta (Col·lectiu Punt 6, 2019), apartando la mirada de aquellas corporalidades disidentes que no entran en la heteronormatividad y que por lo tanto desenvuelven sus labores diarias en donde lo público y lo privado se entrecruzan.

El concepto de calle, enunciado por les propias participantes, es una propuesta para mirar desde otros lados que permitan dar cuenta que la vida privada no está escindida de las experiencias vividas en todo lo que se encuentra a fuera de lo privado, que las opresiones y dinámicas de poder que propician violencias no se tejen a través de conceptualizaciones independientes entre sí, sino que son entramados que se localizan en diversas imbricaciones, y que las disidencias sexo-genéricas tienen pautas concretas sobre cómo lo privado y lo público se desdibuja a través de los actos cotidianos donde re escriben colectivamente formas de vida fuera de la heteronorma.

El concepto de ciudad también será definido a lo largo de toda mi investigación a través de una fuerte imbricación entre corporalidad, calle y vida cotidiana, ya que, retomando a Paula Soto (2011):

Las ciudades representan una compleja trama material y simbólica en constante construcción, cuya dinámica urbana ha sido interpretada desde distintas

perspectivas. En efecto, las ciudades se construyen con planos, calles, casas, parques, pero también con múltiples y diversas formas de vivir en ella. (p.9)

Respecto al concepto de vida cotidiana, encuentro que permea toda mi investigación, no solo como concepto y categoría de análisis, sino como aquello que articula los relatos de Josan, Stayku, Castiel, Kao y Chispa, y que logra atravesar el resto de los conceptos creando toda una malla narrativa. Esta categoría la retomo también como forma de señalar que tanto la disputa, las negociaciones y los momentos de resignificación que les participantes tienen de las calles y del espacio urbano no solamente sucede en los tiempos extraordinarios como marchas, manifestaciones o encuentros, sino desde las acciones más cotidianas que realizan y que les permiten sostener y reproducir sus vidas. De nuevo, volviendo a las Col·lectiu Punt 6 (2019):

La vida cotidiana no se puede desvincular de un espacio compartido y de un tiempo finito, es decir, del conjunto de actividades que se desarrollan en un tiempo concreto y en un espacio determinado. Este concepto es poliédrico; tiene múltiples acepciones y ha sido abordado desde diferentes ámbitos. (p.79)

Por otro lado, respecto a mi proceso de trabajo de campo, lo realicé entre marzo del 2023 y julio del 2023, durante esos meses hice dos etapas de entrevistas, la primera fue abierta para someramente encontrar pistas que me ayudaran a elaborar algunas preguntas más concretas para la siguiente ronda. En la segunda etapa de entrevistas llevaba ya elaboradas las preguntas con los conceptos que he mencionado anteriormente, es decir, fue una etapa de entrevistas semi estructuradas.

Posterior a eso hice varias revisiones y relecturas de cada una de ellas, este momento me permitió localizar los conceptos, emociones y descripciones que, por un lado, se entrecruzaban con los conceptos de ciudad, corporalidad y calle en un sentido temporal y espacial, y por otro lado, a través de narrar la cotidianidad, también se entrecruzaban con los momentos de disputa, negociaciones y resignificación vividos desde el cuerpo puesto en la ciudad. Un hallazgo importante fue dar cuenta de que

muchas emociones y vivencias eran compartidas entre ellos, es decir, se volvían experiencias colectivas, y no aisladas.

Para llegar al momento del análisis de los relatos fue importante antes hacer una sistematización, por lo que realicé una matriz que me permitiera clasificar de forma mucho más afinada los conceptos. En esta matriz fui creando las entradas tomando fragmentos de los relatos y clasificándolos a partir de tres categorías de análisis: ciudad, corporalidad y vida cotidiana. Además de esto tomé como referencia palabras que me dieran pistas sobre emociones, experiencias, momentos o referentes muy generales sobre esas partes de sus relatos. A esas palabras les asigné un color, por lo que cada entrada además de estar clasificada en las respectivas categorías de análisis, también estaba ubicada con un color que permitía complementar su sistematización. Al realizar estos ejercicios encontré que varias líneas pertenecían al mismo tiempo a dos o incluso a las tres categorías al mismo tiempo, eso fue muy bueno ya que, como mencioné anteriormente, me permitió notar que los conceptos no se encuentran aislados y encuadrados en sus relatos, sino que están estrechamente imbricados. Para este caso de los fragmentos que podían localizarse en más de una categoría, los repetí en la matriz. El análisis de todo lo que esa matriz me permitió encontrar es lo que iré describiendo en cada uno de mis capítulos.

Capítulo 1. Organizar la experiencia en la ciudad y significarla a partir de narrar la vida cotidiana: Imbricaciones múltiples en el espacio urbano

*“Escuchar a otras, para escucharme a mí misma y encontrar lo común”*

(Rea, 2022, p.11)

Tejer conocimientos a partir de escuchar lo que las personas cuentan sobre sus propias vidas implica al menos dos cosas que se relacionan entre sí. Por un lado, es poner en el centro su experiencia en todo momento de forma sostenida, y, por otro lado, significarla como valiosa en un proceso de cambio de paradigma epistémico en donde la subjetividad es valiosa y válida como productora y hacedora de conocimientos.

Para lograr esto, como he mencionado anteriormente, fue el método biográfico narrativo el que me dotó de herramientas que me permitieron poner en tensión mi propio papel como investigadora y la forma en la que me aproximaría a esos relatos. Anabel Moriña (2016, p.20) hace referencia a que es este método el que permite construir una investigación desde lo que enuncia como “testigos expertos”, es decir, que los relatos son contados de la propia voz de quien vivió lo acontecido, poniendo énfasis en que serán ellos mismos quienes orden su experiencia y den sentido a la misma. Meccia (2020) complementa esta propuesta cuando lo describe como “(...) las formas que tiene la gente de significar esos hechos por intermedio de su propia memoria biográfica.” (p.25)

En este primer capítulo presento los relatos que Josan, Stayku, Castiel, Kao y Chispa elaboran sobre las experiencias cotidianas de sus desplazamientos por las calles de la Ciudad de Puebla, en relación con sus expresiones e identidades de género. Estos relatos están divididos en tres apartados que dan protagonismo a cada una de las categorías de análisis. En el primero, ellos relatan sus desplazamientos y experiencias destacando la categoría de vida cotidiana. En el segundo apartado, poniendo mayor énfasis al hablar sobre la ciudad y la calle, ellos rescatan descripciones de lo que han vivido, sentido o visto en sus trayectos. Y, finalmente, para cerrar este capítulo, abordo las experiencias de su vida cotidiana en la ciudad relatada desde sus corporalidades y lo que ha implicado para ellos desplazarse por las calles como personas trans y no binarias.

Las narraciones que les participantes hacen sobre sus desplazamientos cotidianos dan cuenta de las particularidades propias de la ciudad moderna como espacio capitalista, patriarcal y colonial, así como la forma en que estas imbricaciones repercuten en su día a día a través del tiempo que disponen para moverse de un lugar a otro, los horarios que han identificado como seguros para salir, la forma de vestir que eligen según el destino y el horario en que se desplazan, así como lo mucho que impacta en sus trayectos el que estos sean en compañía o de forma solitaria.

### 1.1 La vida cotidiana como clave para narrar la ciudad

Narrar la vida cotidiana implica elaborar a través de un orden, el que cada quien decide, aquello que nos sucede en el día a día. Esa elaboración es también una forma de significar los momentos y sentires que queremos destacar. Partir de ella como categoría de análisis para compartir los relatos de Josan, Stayku, Castiel, Kao y Chispa, permite darle un sentido dialéctico de lectura a la ciudad en donde, por un lado, la ciudad y las calles se ven nutridas e intervenidas por la cotidianidad de las personas que se desplazan en ellas, y, por otro lado, las personas y sus vidas cotidianas se ven atravesadas por las dinámicas de la ciudad. Es decir que la relación entre vida cotidiana, corporalidad y ciudad no se da unilateralmente, sino que se reproduce de forma imbricada. Dentro de esa imbricación se pueden encontrar múltiples hilos que se van tejiendo conjuntamente y que tienen que ver, entre muchas otras cosas, con la experiencia particular de cada una de las participantes, pero también con la forma en que sus historias se entretajan desde lo colectivo. Reunir sus relatos permite desmotar el sentimiento de aislamiento que muchas veces enfrentan las personas con identidades y expresiones de género cuir.

Pero hablar de la vida cotidiana tiene sus dificultades, después de todo, ¿qué es lo cotidiano?, ¿hay algo que quede fuera de la cotidianidad? Para Ágnes Heller (1985):

La vida cotidiana no está «fuera» de la historia, sino en el «Centro» del acontecer histórico (...) Las grandes hazañas no cotidianas que se reseñan en los libros de historia arrancan de la vida cotidiana y vuelven a ella. Toda gran hazaña histórica concreta se hace particular e histórica precisamente por su posterior efecto en la cotidianidad. (p. 42)

A partir de esta enunciación de Heller (1985) es que los relatos de Josan, Stayku, Castiel, Kao y Chispa toman un sentido muy particular de crítica respecto a la forma en la mirada macro se ha ponderado por encima de una mirada mucho más micro de lo cotidiano y particular de la vida de las personas. Es en esa mirada que va tejiéndose de forma muy fina y particular en donde posiciono mi investigación. También, es a partir de los relatos de los participantes, que encuentro potencia en las palabras de Ágnes Heller como una forma de crítica hacia aquello que ha sido presentado como la Historia (con H) hegemónica, y que ha dejado en los bordes de la invisibilización el resto de las historias. Por lo que una apuesta muy contundente en mi investigación es recuperar esas historias que los participantes presentan para dar cuenta de lo que implica para ellos desplazarse por la ciudad, los sentires que eso conlleva, así como las reacciones que se producen en las interacciones efímeras con otras personas y la forma en que esas historias diarias pueden proyectarse para mostrar una coyuntura estructural sobre las experiencias de corporalidades trans y no binarias que escapan de la cis heteronormatividad.

Abordar vida cotidiana y posicionarla como categoría central permite acompañar los relatos de los participantes a partir de situarlos en un tiempo-espacio específicos y contextualizados de tal forma que le den relieve al espacio a través de sus descripciones. Con eso, lo que busco es personalizar la experiencia del espacio urbano y desmontar las narrativas que presentan a la ciudad de forma homogénea como un lugar neutro. Para ello, vuelvo a los rastreos y busco conocer que es aquello que se teje dentro y con la vida cotidiana, al mismo tiempo que busco reconocer de qué se nutre la vida cotidiana.

Para ello encuentro que la vida cotidiana se nutre, por un lado, del tiempo que se dedica a aquellas actividades que se practican de forma repetida, no necesariamente diaria, pero sí que le dan forma y sentido a la realidad habitual de las personas. En este caso el tiempo es un factor clave que opera desde lo más micro del día, entendiendo que un día se mide a través de un número finito de horas y, por lo tanto, la forma y el por qué las personas organizan ese tiempo finito de cierta manera tiene una razón de ser. Esto sería lo que en Col·lectiu Punt 6 (2019) apalabran como: “entender que la organización diaria tiene implicaciones materiales y emocionales que condicionan las expectativas y aspiraciones de las personas”. (p. 86)

Esa organización del tiempo dentro de la vida cotidiana en la ciudad y las implicaciones materiales y emocionales de las que hablan las Col·lectiu Punt 6 (2019) tienen que ver también con las interacciones entre las personas que se desplazan por las calles como factor decisivo.

Para abordar la cuestión del tiempo recupero la experiencia de Chispa quien, al ser una usuaria diaria de la bici, es una persona que se desplaza a grandes distancias en la ciudad de Puebla, así como a los alrededores, y que por lo mismo tiene muy presente las dinámicas del espacio urbano. Sus desplazamientos en bici son mayormente por razones laborales al ser bici mensajera, por lo que la forma en la que organiza sus tiempos en la calle tiene mucho que ver con la percepción que tiene del espacio:

Yo siento que ahorita las mañanas y las tardes son muy inhabitables para mí: el sol, la gente está enojada todo el tiempo, todos te tratan mal en la calle. Hay que estar a la defensiva, fijándote en todo, sobre todo si vas en bici o tal vez caminando. Es horrible, es peligroso. Yo creo que asociaría ahorita las mañanas con momentos muy hostiles en la calle para mi persona así que intento moverme en otros horarios. (Chispa, comunicación personal, 2 de agosto del 2023).

En este fragmento, Chispa da una pista fértil respecto al por qué la forma de organizar sus tiempos recae más en horarios nocturnos. Lo problemático es cuando su

trabajo de mensajería no le permite hacer esos movimientos o tomar esas decisiones y debe adentrarse a las incomodidades que ya ha ubicado en la calle, como lo son las agresiones a su persona.

En el imaginario colectivo se tiene la idea de que las mañanas representan mucha más seguridad en la calle que las noches, pero eso varía según las experiencias que cada persona ha tenido, siguiendo con el relato de Chispa para ella es diferente:

Quizás mi experiencia es muy atípica pero justamente las noches me son más seguras que las mañanas o las tardes, justo porque todos los atentados que ha habido contra mi vida, como atropellamientos, han sido en horarios donde todavía está la luz del sol, mientras que la noche es un lugar que primero conecta mucho con quien soy y segundo porque creo que he conocido a muchas personas cercanas a mí en la noche. (Chispa, comunicación personal, 2 de agosto del 2023).

Por otro lado, esto que menciona Chispa me guía a otra vertiente de la cual se nutre la vida cotidiana, y que es el espacio en donde suceden las actividades de las personas. Es decir, que la combinación del tiempo y el espacio son lo que permite que socialmente se construyan narrativas de lo que es y debe ser la realidad y la vida cotidiana común de las personas. Y es precisamente a través de realizar rutinas en el día a día en donde se sedimentan y reafirman procesos de socialización entre sujetos sexuales con normas de comportamiento impuestas, que implican la repetición e interiorización de una cis heteronorma.

La dimensión espacial de la vida cotidiana se vuelve el soporte material de una serie de significados, valores y símbolos que le permiten a las personas generar sentires y percepciones que también constituyen parte de sus identidades.

Mary Luz Uribe (2014) problematiza el enfoque de lo cotidiano diciendo que:

La cotidianidad no es únicamente las actividades especializadas en los entornos mencionados, por medio de las prácticas sociales, son también las motivaciones, deseos, capacidades, posibilidades, ritmos y conflictos de cada ser humano en interacción social. Es allí donde está presente la subjetividad, desde el ser y el

convivir, pues la vida cotidiana es la vida del ser humano compuesta por pluralidad de sentidos y simbolismos, en espacios que la modelan a través de la vivencia del tiempo. (p. 105)

Rescatar los matices de la cotidianidad de Josan, Stayku, Castiel, Kao y Chispa amplía el análisis contextualizando las calles de la Ciudad de Puebla desde lo que Mary Luz (2014) enuncia en la cita anterior, es decir, desde las emociones y sentimientos que el espacio genera en ellos, pero con una contundente intención de fisurar las narrativas hegemónicas. Por lo que hablar de la vida cotidiana de los participantes no es solamente una intención de poner en el centro la experiencia vivida, sino de ensayar una ruptura con los discursos que homogenizan la cotidianidad de las personas. Ernesto Meccia (2020) propone una reflexión muy valiosa respecto a tejer otras referencias a partir de experiencias propias que están en constante fuga de una forma normativa del relato:

Las experiencias de la vida, o sea, los significados que podemos darle, representan una tarea que hacemos, por lo general, con las imágenes que nos provee la cultura hegemónica, que son restrictivas. Suele suceder que las restricciones son tan grandes que muchas historias reales quedan sin contar, o son contadas a cuentagotas. (p.64)

Respecto a las percepciones del espacio y la forma en que se relatan las experiencias disidentes retomo lo que Castiel comparte, ya que él, al ser una persona que se mueve mayormente en transporte público o caminando, puede compartir pistas respecto a agresiones simbólicas que ubica a partir de su propia vida.

Creo que mi experiencia como hombre trans se divide en dos cuestiones que vivo todos los días. Una, es que puedo ser invisible como cualquier otra persona que está caminando en la calle. O la otra es que me agredan con comentarios, miradas o cosas así. Pueden parecer agresiones no tan fuertes como son las físicas, por ejemplo, pero están y yo las noto. (Castiel, comunicación personal, 26 de julio del 2023).

La forma en que Castiel describe sus experiencias diarias abre el diálogo a otros caminos sobre lo contundente que es la experiencia desde las identidades y expresiones de género trans y/o no binarias. Rescatar los detalles de la vida cotidiana de aquello y

aquelles que han pasado al margen de la historia hegemónica, cis y heterosexual resuena mucho con lo que Henri Lefebvre (1972) describe como:

Tratándose de lo cotidiano, se trata, pues, de caracterizar a la sociedad en la que vivimos, que engendra la cotidianidad (y la modernidad). Se trata de definirla; de definir sus cambios y sus perspectivas, conservando de los hechos aparentemente insignificantes algo esencial, ordenando los hechos. La cotidianidad no solamente es un concepto, sino que puede tomarse tal concepto como hilo conductor para conocer «la sociedad». (p. 41)

El anterior señalamiento que hace Lefebvre es valioso en lo que presento al recordar que hablar de lo cotidiano también tiene que ver con proyectar una radiografía de la sociedad de la que se habla. Para esta investigación eso significa que el panorama que ven, viven y experimentan los participantes respecto a las calles de la ciudad de Puebla es también una radiografía que nos da pinceladas muy situadas respecto a lo que ellos como disidencias sexo-genéricas reconocen, y además de eso, también implica hacer un análisis que no solamente se encasilla en verles desde la experiencia trans y no binaria, sino que se entrelaza con otras categorías que también les atraviesan como edad, clase social, condición laboral y en general todo un tejido interseccional.

Durante el ejercicio de narrar sus desplazamientos por las calles de Puebla, los participantes dotan los relatos con pistas puntuales sobre las dinámicas de poder que sienten. Josan, por ejemplo, es una persona que busca desmarcarse de cualquier identidad binaria, así que apuesta, desde la no binariedad, por una expresión de género que no le encasille en una sola definición. Esto lo ha ensayado a través de varias formas, recientemente lo hace en mayor parte desde su vestimenta con la intención de moverse entre aquello que es catalogado como lo masculinizado y lo feminizado. Durante sus caminatas o desplazamientos diarios, él tiene algo muy presente que me parece muy importante de abordar:

Creo que, en mi relación con la calle, o sea de posicionar mi cuerpo en la calle en el día a día, sí intento alejarme de los hombres, lo hago mucho. Aunque tenga que

cambiarme de calle. Ubico que son ellos en la calle quienes de repente ejercen miradas o comportamientos muy hostiles a diferencia de quienes leo como corporalidades feminizadas. (Josan, comunicación personal, 7 de julio del 2023).

Este señalamiento descrito de forma tan concreta por ser un sentimiento que atraviesa su cotidianidad es un punto de análisis importante respecto a las interacciones del día a día que les participantes reconocen y señalan. Los sentimientos de miedo, intimidación o inseguridad que son con los que ellos tienen que lidiar cotidianamente es una descripción presente no solo en lo que Josan comparte, también Castiel relata que:

Cuando camino no me gusta ver a los ojos a las personas, eso me intimida. Prefiero no verles la cara, sobre todo si son hombres y si me toca un grupo de hombres incluso prefiero cambiarme de calle o cruzarla al otro lado y pasar rápido. Me pasa mucho que siento sus miradas o escucho que dicen cosas burlándose de algo que traigo puesto o de cómo me veo tal vez, entonces pues, intento ignorarlos y sigo, solo sigo. (Castiel, comunicación personal, 26 de julio del 2023).

Los fragmentos de experiencias compartidas entre Castiel y Josan se desprenden de una parte muy concreta que son las dinámicas de interacción en la calle y espacio urbano de la ciudad de Puebla. Los sentimientos y reacciones que les produce a los participantes la presencia de hombres cisgénero en la calle también se encuentra en los relatos de Kao cuando comparte que:

Para que me sienta seguro en la calle es muy importante que haya luz, pero algo que me agrada mucho más es que no haya grupitos de personas, sobre todo masculinidades que son las que suelen concentrarse en ciertos espacios y que generan... como que te intimidan cuando pasas. (Kao, comunicación personal, 23 de julio del 2023).

Los sentimientos y las percepciones compartidas de Kao, Castiel y Josan son una pauta fértil para reconocer que la vida cotidiana como clave y categoría de análisis permite alumbrar aquellas prácticas que se van normalizando y sedimentado. En este caso es lo que muestran sus experiencias es una dinámica de poder en la calle que parte de un patriarcado ampliado en donde las acciones de violencia no solamente se focalizan hacia las mujeres cisgénero, sino que se extienden hacia todo lo que es codificado como

feminizado y que busca borrar la diversidad de corporalidades, afectividades y formas de desplazamientos por la ciudad.

Además de lo anterior, uno de los puntos que quiero destacar, es que, al abordar la vida cotidiana como categoría de análisis intento mostrar que ésta se encuentra en constante construcción, es decir, no es una categoría cerrada o acabada, la vida cotidiana se teje todos los días. Esto quiere decir que es también una posibilidad o punto de fuga hacia la transformación de aquella realidad que busca capturar y homogeneizar todas las experiencias. Para ello es importante volver a los factores de tiempo y espacio como aquello de lo que se nutre la cotidianidad, y en ese sentido, nombrar que para esta investigación busco reconocer a la ciudad y al espacio urbano como soportes de la vida cotidiana. Es decir, como aquello sobre lo que se manifiestan, materializan y recaen las practicas cotidianas.

## 1.2 La ciudad no es un espacio neutro

Para recuperar y desarrollar mi anterior planteamiento respecto a las calles de la ciudad de Puebla como soportes de la vida cotidiana voy a retomar a Leonor Arfuch (2013) cuando propone abordar la ciudad como una forma de hacer autobiografía y plantea “pensar la ciudad -el espacio urbano, físico, geográfico- como espacio biográfico” (p. 1). A partir de esa propuesta voy a realizar un ejercicio, de nuevo, de rastreos donde retomaré los relatos de Josan, Castiel, Stayku, Chispa y Kao como formas de hacer una biografía compartida entre el espacio y la vida cotidiana, para entrelazarlos con algunas críticas de urbanistas feministas, así como de las geografías emocionales, y con ello dar cuenta de una contundente crítica a la ciudad que les participantes hacen. La intención de esta crítica también tiene que ver con desdoblarse y desarrollar lo que anteriormente he estado presentando como la no neutralidad de la calle y del espacio urbano, teniendo muy en cuenta que son las experiencias de Josan, Castiel, Kao, Stayku y Chispa las que se

privilegian en esta parte del texto. Este ejercicio de tomar las experiencias vividas en las calles como forma de hacer una autobiografía tiene también la intención de disputar la producción y recuperación de la memoria de lo que mencionaba anteriormente sobre las historias que pasan al borde de los relatos hegemónicos con la intención de ser borrados. Es decir, es un ejercicio de hacer autobiografías también desde la cotidianidad que les atraviesa desde sus identidades y expresiones de género disidentes.

Para empezar con esta crítica, regreso a lo que desde el Col·lectiu Punt 6 (2019) llaman *la ciudad funcionalista*. Ellas construyen su crítica desde el urbanismo feminista con el que señalan que, “En el estudio y la construcción de la ciudad a lo largo de la historia, pocas veces se incluyen las experiencias de las personas que forman parte de ella”. (p. 96), y es a partir de ahí que los análisis que se hacen entre ciudad y experiencia de la vida cotidiana presentan al espacio urbano como universal y homogéneo.

Respecto al modelo de la ciudad funcionalista señalan dos cosas. Por un lado, la zonificación en la ciudad que organiza y planifica el espacio urbano de acuerdo a una división sexual del trabajo, es decir, el espacio público y el espacio privado, dicotomizando la ciudad entre las actividades productivas y las actividades que se infravaloran y que tienen mucho que ver con las labores de cuidados, y en general con las actividades de reproducción social, que a pesar de sostener el sistema productivo son invisibilizadas. Por otro lado, como consecuencia de lo anterior, se promueve de forma significativa el uso del automóvil como principal medio de transporte, lo que quiere decir que toda la planificación urbana pondrá en el centro las necesidades de espacio y tiempo de desplazamiento al auto, y no las necesidades y condiciones de las personas con otras condiciones de movilidad, lo cual genera como consecuencia una importante segregación social.

Castiel, a partir de lo anterior, comparte una crítica que tiene sobre los procesos de urbanización que suceden en la ciudad de Puebla y lo centrados que están en el automóvil:

Hablando de peatonxs pienso en que hay zonas que no están para nada pensadas en quienes caminan, no solo porque no haya movilidad o formas de llegar a ellas, sino también porque se vuelven muy peligrosas en el sentido de que atropellan a mucha gente, como toda la zona de Angelópolis, por ejemplo. (Castiel, comunicación personal, 26 de julio del 2023).

Por otro lado, en resonancia con lo que Castiel ve en la calle, Chispa también hace una serie de reflexiones respecto a la ciudad. Para ella, los desplazamientos en bicicleta le han llevado a vivir situaciones de alto riesgo en medio de una ciudad que promueve el uso del auto y que lo privilegia por encima del resto de las formas de moverse. Chispa comparte que:

Creo que en Puebla no hay nada de donde sostenerse, topo a toda la banda corriendo para todos lados y conduciendo sus coches de maneras muy violentas, estrellándose entre ellxs y generando siniestros y atropellamientos viales y más muertes. La dinámica de vida en Puebla está muy acelerada y cada día lo noto más. (Chispa, comunicación personal, 2 de agosto del 2023).

Dentro de sus experiencias y narraciones de la ciudad de Puebla, Chispa también señala el hecho de que el modelo de ciudad moderna segrega y crea fronteras que fragmentan el territorio y dañan el propio tejido social. Col·lectiu Punt 6 (2019) habla de la zonificación como una forma de separación y aislamiento en un territorio, es decir, la creación y privatización de espacios como zonas residenciales, centros comerciales, zonas industriales y demás, repercutiendo en la convivencia social y generando un sentido de aislamiento en donde encontrar espacios para el descanso, la organización social y colectiva, se vuelven casi imposibles.

Para ampliar esta crítica retomo los señalamientos que desde el área de investigación de “Entramados comunitarios y formas de lo político”<sup>3</sup> se tejen respecto a la noción de interdependencia en la reproducción de la vida humana, y no humana. La interdependencia es presentada por *Entramados* como una condición de vida que evidencia las relaciones de un tejido que va más allá de solo considerar lo humano-sociales. Lo anterior se da a partir de un enfoque que pone en tensión la configuración del pensamiento moderno cartesiano del que se desprenden binarismos excluyentes, como la dicotomía de mente-cuerpo.

La apuesta política de *Entramados* al visibilizar la interdependencia tiene que ver con poner la vida en el centro y reconocer que el tejido de la vida misma implica relaciones socio ecológicas. En el texto “Capitaloceno, luchas por lo común y disputas por otros términos de interdependencia en el tejido de la vida. Reflexiones desde américa latina” (2021) Mina Navarro y Lucía Linsalata señalan que: “El mito del individuo racional y autosuficiente es una de las ideas más perversas y peligrosas del pensamiento moderno occidental” (p. 84).

A partir de reconocer que la propuesta de *Entramados* tiene que ver con la vida más allá de lo humano-social y que mi investigación no profundiza en ese horizonte, la clave de interdependencia nutre mi crítica hacia el modelo de ciudad moderna y funcionalista que busca constantemente fragmentar las relaciones y promover un sentido de aislamiento e individualización.

Por otro lado, volviendo a las reflexiones de Chispa, cuando ella menciona que los ritmos de la ciudad de Puebla, reconozco que el sentido de interdependencia se vuelva una pauta fértil para desmotar las lógicas que fragmentan al tejido social en la ciudad, así

---

<sup>3</sup> Línea de investigación del posgrado de Sociología del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, a través de la cual he podido nutrir ampliamente gran parte de las reflexiones que comparto a lo largo de toda mi investigación.

como las violencias que se desprenden de las formas de moverse por el espacio, principalmente desde el auto, encaminan a la individualización.

Este efecto de cercar el espacio tiene mucho que ver también con las vías rápidas, carriles para autos amplios y las grandes avenidas. Jordi Borja y Zaida Muxí (2003) también estructuran críticas hacia este efecto diciendo que:

Más autovías urbanas equivalen a peor circulación y a menos ciudad. Y la presencia de más policía protectora en las áreas residenciales y comerciales más demandantes, de clases medias y altas, crea más inseguridad en los espacios públicos y en las áreas suburbanas populares menos protegidas. (p. 28)

Al hablar con los participantes respecto a los procesos de urbanización que se han vivido en la ciudad de Puebla, todos comparten de alguna forma un sentimiento y experiencia contundente respecto al desplazamiento que hay en la calle por parte del auto y los espacios que están pensados para este. Continuando con el relato de Chispa, ella habla sobre una cuestión muy importante que tiene que ver con la fuerte urbanización que se está gestando en la ciudad pero también con la propia planeación de la ciudad:

Algo que me perturba mucho de Puebla es que es una ciudad repleta de rejas, de muros, de barrotes, de todo tipo de mobiliario como de cárcel que excluye. Entonces algo que me hace sentir, no sé si solo insegura pero sí muy molesta, es eso la cantidad de barreras y formas en que los espacios en la ciudad se convierten en fronteras. Justo por lo que te decía, los incidentes de autos para mí son un reflejo de la reconfiguración de la ciudad para excluir y causar la muerte a otros generando espacios de disputa. (Chispa, comunicación personal, 2 de agosto del 2023).

Lo que ella comparte pone en el centro, además de la cotidianidad, algo que huelga ser considerado cuando se habla de espacios urbanos, calles y ciudad: las emociones, sentimientos y afectividad que estos detonan en las personas.

Para tejer una crítica que aborde la no neutralidad de la ciudad, sus calles y el espacio urbano, es necesario recuperar las emociones también como una forma de reivindicar la vida cotidiana, ya que históricamente, las emociones y las afectividades han sido temas que forman parte de la vida privada, de lo cotidiano y por lo tanto de lo

infravalorado. La apuesta por regresar a mirar y hablar desde la vida cotidiana tiene mucho que ver con politizar las emociones y analizar los espacios urbanos desde ellas.

Las geografías de las emociones son un campo interdisciplinario fértil que aborda la imbricación que existe entre emoción, espacio y contexto. Esto quiere decir dotar al espacio, en este caso el espacio urbano y las calles de la ciudad de Puebla, de un relieve que muestra de forma contundente que la calle no es un espacio neutral y que detona ciertas emociones particulares. Lamentablemente aún no hay mucha investigación o escritura teórica respecto a las geografías emocionales en español, ya que ha sido principalmente en territorios anglosajones donde se ha desarrollado. Sin embargo, hay algunas pistas que iré retomando para traerlas a la discusión y abonar en el debate.

Joan Nogué (2015), es un ejemplo de ello, ya que recupera en su texto “Emoción, lugar y paisaje”, la noción de por qué se han vuelto de nuevo tan importantes las emociones cuando se habla de geografía o de lugares. Para él, la razón principal es que se está gestando un cambio de paradigma en un sentido amplio y general de la producción de conocimiento que repercute en regresar a las emociones y darles visibilidad. En su texto muestra la relación tan próxima que existe entre el espacio y las emociones:

Interactuamos emocionalmente y de manera continua con los lugares, a los que imbuimos de significados que retornan a nosotros a través de las emociones que nos despiertan. La memoria individual y colectiva, así como la imaginación, más que temporales, son espaciales. (p.141)

Dentro de mi investigación, las geografías emocionales me permitieron darle mucho cauce a las narraciones que les participantes hicieron respecto a todo aquello que las calles de la ciudad de Puebla les hacen sentir. Estas emociones vienen también desde una interseccionalidad, es decir, que no son solo emociones que se detonan a partir de sus identidades o expresiones de género, sino que igualmente tienen que ver con el

contexto que les rodea y lo imbricado que se encuentra el espacio con otros factores sociales como las múltiples crisis ambientales, económicas, de vivienda, entre otras, que se viven en las ciudades. Stayku lanza una reflexión sumamente valiosa en estos tiempos que abre el diálogo hacia la crítica que les participantes hacen respecto al modelo de ciudad desde sus experiencias de desplazamientos diarios:

Los fraccionamientos o edificios muy grandes me generan mucho enojo y rabia, también este fenómeno de estas plazas comerciales que están una a lado de la otra, me genera mucho disgusto, me pone de malas y es algo que no tolero, porque implican un claro desplazamiento y son evidencia de la desigualdad, me refiero a que hay tantas personas que no tiene un techo dónde vivir y protegerse, y entonces están estos edificios que no tienen nada pero ahí están, y que nadie los puede ocupar pero sirven para especular sobre su valor. (Stayku, comunicación personal, 17 de julio del 2023).

Es a partir del enojo que Stayku comparte sobre los procesos de urbanización en la ciudad de Puebla que se hace evidente la implicación emocional que el espacio genera. En este caso, elle se refiere a la fuerte crisis de vivienda que se vive en la ciudad de Puebla, así como en otros territorios del mundo. Regresando a Leonor Arfuch (2013), esto que hace Stayku es también un ejercicio de reconocer el *espacio biográfico* a través de la narrativa vivencial y sintomática, en donde, de nuevo, se hace presenta la relación tan cercana entre emociones y lugar.

En este ejercicio de descripción desde lo cotidiano y desde las emociones de la ciudad de Puebla, Chispa también señala un síntoma y malestar que encuentra en las dinámicas cotidianas de las calles muy potente:

Últimamente cuando estoy en la calle me sorprende cómo es que sigo viva, y siempre siento que mis tiempos están subordinados y muy a prisa. En las calles de Puebla no hay momentos en los que solo exista para mí misma, sino que estoy existiendo para otras personas. (Chispa, comunicación personal, 2 de agosto del 2023).

Lo que comparte Chispa es una enunciación fuerte que me gustaría resaltar porque muestra que las calles de la ciudad no solo no son un espacio seguro, sino que, además, son un espacio que, de acuerdo a sus experiencias propias, identifica como

espacios de alto riesgo, al punto de saber que su vida corre peligro constantemente. Y es en ese fragmento que también se teje la experiencia de Chispa desde la interseccionalidad ya que, ser una mujer trans, joven, que se dedica laboralmente a la bici mensajería le da el pulso de las dinámicas del espacio urbano que le detonan esas emociones en específico.

Arfuch (2013) señala que cuando compartimos descripciones del espacio desde lo sintomático y desde la experiencia propia, se da una conceptualización espacial que ya no se centra solo en hablar de la extensión de la superficie, sino en hablar del espacio desde la multiplicidad, las interacciones y la coexistencia, entendiendo al espacio urbano como producto de interrelaciones y siempre abierto. Justamente como lo relatan Stayku y Chispa en los últimos dos fragmentos. Para Arfuch el espacio urbano es político y generizado, así como atravesado por dinámicas de poder. Para este último señalamiento quiero traer un fragmento de la narración de Castiel, quien, a través de rastrear su espacio biográfico, comparte sobre la ciudad de Puebla lo siguiente:

Para mí la ciudad ideal sería una donde me sienta seguro, que nadie me diga nada en cuanto a piropos o criticarme o decirme si soy hombre o mujer, que me vean como si fuera cualquier otra persona, solo es eso, ni siquiera sería recibir una mejor atención, sería no recibir ninguna, que me ignoren y dejen pasar como cualquier otra persona. Si yo supiera que así es la calle cada que voy a salir no volvería a tener miedo de hacerlo, no tendría miedo cada que salgo de que me agredan por ser quien soy, o por lo que traigo puesto, por nada. (Castiel, comunicación personal, 26 de julio del 2023).

Ese fragmento de lo que él vive cotidianamente tiene mucho significado y repercusión. Por un lado, lo que Castiel comparte refleja, al igual que lo dijo Chispa, que el espacio urbano tiene una carga de dinámicas de poder donde reiteradamente se le hace sentir ajeno al espacio. Volviendo a Joan Nogué (2015) y las geografías emociones el menciona que:

Experimentamos emociones específicas en distintos contextos geográficos y vivimos emocionalmente los paisajes porque estos no son solo materialidades

tangibles, sino también construcciones sociales y culturales impregnadas de un denso contenido intangible, a menudo solamente accesible a través del universo de las emociones. (p.141)

Algo que Nogué (2015) remarca constantemente es que lugar y paisaje son conceptos clave para las geografías emocionales. Siendo el lugar aquello con lo que le damos sentido al mundo y aquello que nos permite interactuar con él. En el caso de lo que les participantes comparten no solo se trata de hablar de la Ciudad de Puebla desde una crítica al modelo de ciudad, sino de compartir, desde las experiencias más cotidianas aquellos sentires que el lugar les detona, como lo son a veces miedo, inseguridad y no pertenencia. Y esto tiene que ver con la relación dialéctica que he mencionado anteriormente: la ciudad se ve intervenida por las personas que la transitan, pero a su vez, la ciudad también acentúa y moldea el comportamiento de las personas. Para esto, rescato un fragmento que comparte Chispa:

Tengo un registro de fotos de mis paisajes cotidianos, lo que más tomo son los paisajes de la noche, y creo que de las fotos que tengo destaco esa visión de sentirme perdida entre tanta cosa pasando en la ciudad, me satura mucho sensorialmente, tal vez alguien que se siente adscrita a la urbanidad lo ve y siente diferente, pero para mí hay cosas de la ciudad que se vinculan particularmente con una cuestión identitaria. (Chispa, comunicación personal, 2 de agosto del 2023).

Me parece muy relevante que Chispa mencione el paisaje cotidiano en su narración de la calle porque es un concepto que hace referencia al espacio pero que involucra emociones, significados y memoria. Mencionar el paisaje tiene que ver no solo con desplazarse por las calles, sino conocerlas y reconocerlas como propias, aun cuando no nos encontremos o sintamos parte de sus lógicas, como es el caso de Chispa. Nuria Cano escribe de forma muy bella un texto sobre *Corporalidad y memoria en el paisaje cotidiano* (2014) en el que retoma el concepto de paisaje para mencionar que además de ser una expresión espacial del tiempo, funge también como memoria del territorio. Para Nuria abordar aquello que produce una vivencia y una memoria en el paisaje no es cualquier cosa, ya que implica entender que la mirada que significa la experiencia varía de

acuerdo a la persona: “Lo que a un visitante foráneo le pudiera llamar la atención de un determinado paisaje podría pasar desapercibido en el día a día cotidiano de sus habitantes (...)” (p. 40). Ese momento de significación de parte de quien se desplaza por sus paisajes cotidianos para Nuria no solo tiene que ver con mirar, sino que es un momento multisensorial, es decir, que todo el cuerpo está implicado, el olfato, la mirada, el oído, el tacto, el gusto. De nuevo, se hacen presentes las geografías emocionales para recordarnos que el espacio urbano no es neutral.

Dentro de sus desplazamientos cotidianos, Stayku me comparte que su forma de moverse por la ciudad es principalmente en bici, pero que hay momentos en que también usa el transporte público o camina. Durante esos momentos me comparte que él es muy observador de lo que está en la ciudad, es decir, las construcciones, los edificios, los negocios de las calles por las que regularmente se mueve, y que es en estos momentos en que los espacios le hacen notar cosas sobre los procesos tan fuertes de urbanización y desplazamiento:

Algo que me afecta mucho y me pone particularmente triste es cuando algún espacio que yo recuerdo que era de alguna forma se transforman por los procesos de urbanización. (Stayku, comunicación personal, 17 de julio del 2023).

Esta parte que narra Stayku tiene que ver con aquello que le hace sentir el paisaje cotidiano. Nuria Cano (2014) también pone en el centro la cotidianidad como factor importante, en su texto describe que los actos cotidianos podrían parecer aquello que pasa desapercibido por la misma repetición diaria, hablando del paisaje cotidiano, sería como aquello de lo que ya no nos percatamos por verlo todos los días, sin embargo, lo que Nuria rescata es que precisamente es esa repetición la que nos permite adentrarnos en el paisaje y que éste nos afecte.

Relacionado con la perspectiva que Nuria Cano (2014) tiene del paisaje cotidiano, la memoria y las emociones que se producen en el espacio, regreso a Castiel, quien

comparte que cuando sus desplazamientos son más bien cortos y cerca de donde vive, él prefiere caminar, así que esos se vuelven los momentos donde se vincula con el paisaje cotidiano, con los negocios que visita cerca de su casa, la panadería o el lugar donde a veces compra comida. Esos actos cotidianos le permiten significar su entorno espacial. A través de esas experiencias repetidas comparte que:

Donde vivo hay dos zonas que me generan diferentes sentimientos, si salgo de mi casa, a la vuelta de lado derecho es una zona más de vivienda de personas mayores, entonces el entorno es mucho más familiar, por ahí viven varias personas que se dedican a la docencia entonces hay varias panaderías o negocios de ese tipo. Pero si salgo de mi casa a la vuelta de lado izquierdo es una zona de construcciones que se quedaron en obra negra y en general la zona está solitaria, se nota mucho el contraste entre ambas zonas. Eso me hace sentir inseguridad, no me gusta pasar de noche porque si hay jaurías de perros no sé cómo vayan a reaccionar si paso, así que mejor intento evitarlo. (Castiel, comunicación personal, 26 de julio del 2023).

El paisaje cotidiano no solamente tiene que ver con edificios o construcciones, también tiene que ver con todo el entorno de la ciudad, es decir, la materialidad del espacio no es algo dado, sino que la experiencia que se vive en el espacio urbano adquiere un sentido y detona emociones que están relacionadas con la propia persona que se desplaza. En el caso de Castiel se vuelve muy evidente que las emociones que le genera el espacio tienen que ver con lo que, para él, desde sus diversas memorias, vivencias y experiencias, significa riesgo, seguridad o peligro. En el caso de Chispa este paisaje tiene un peligro que ella reconoce como:

Para mí pensar en espacios seguros también podría ser un espacio donde no haya coches. Un espacio seguro lo pensaría como el espacio público, o no, mejor digamos la calle, no espacio público, la calle y quien la habita. (Chispa, comunicación personal, 2 de agosto del 2023).

Volver al concepto de calle, como he mencionado en la introducción, tiene el objetivo de no caer en formas dicotómicas de nombrar el espacio como público y privado, pero también responde a la atenta escucha de lo que Kao, Josan, Chispa, Castiel y Stayku encuentran en ese concepto, así como la forma en que lo significan de una forma

mucho más cercana a sus experiencias. Para ellos hablar de la calle, el espacio urbano y la ciudad fue lo más común en sus relatos y no tanto referirse a ellos como espacio público. Esto claro que tiene que ver con la dirección que yo le di a las preguntas, pero siempre dando una pauta de libertad en que ellos escogieran los conceptos que más sentido les hacía y que sentía más cercanos a sus vivencias, por lo que el que ellos mencionaran esos conceptos se vuelve una continuación de sus reflexiones sobre cómo el espacio les afecta y la manera en que prefieren nombrarlo no solo desde una individualidad sino también desde los referentes y memorias colectivas que les acompañan. De igual manera, al tomar como pauta lo que les participantes me comparten encuentro muy problemático el separar binariamente el concepto de espacio entre lo que sucede a fuera y es catalogado como lo público, en contraste con lo que sucede adentro de sus espacios personales y es catalogado como lo privado.

En mi investigación la forma en que conceptualizo el espacio urbano y la calle lo retomo precisamente de lo que les participantes me compartieron, ya que no solo se trata de elecciones teóricas, es algo que va mucho más allá y que tiene un valor más grande: la experiencia que les atraviesa a ellos como personas con identidades y expresiones de género que no se ajustan a una cis heteronorma y que repercute en la manera en que se vinculan con el espacio. Cada uno tiene una relación muy particular con la calle, y obviamente, muy diversa. Pero dentro de esa diversidad hay sentires y experiencias que comparten y que les han llevado a encontrar en otros espacios que no necesariamente son el “espacio privado”, lugares donde puedan descubrirse a sí mismos como personas trans o no binarias. Es también por esas experiencias que hablar de espacio público y espacio privado no encuentra lugar en esta investigación.

Para Chispa la significación de la calle es algo que ha vivido desde muy joven y que le ha permitido conocerse a sí misma, y a pesar de que la calle le ha representado

también un espacio de disputa y miedo, encuentra mucha resignificación en ella respecto a su identidad de género, por lo mismo conceptualizarla como espacio público sería un error:

En mi caso, muchas veces la calle ha sido más segura que el espacio de la casa familiar. A nivel muy personal siento que hay una continuidad muy pesada entre casa, trabajo y otros espacios dominados por una dinámica de consumo. Durante mucho tiempo cuando vivía en casa de mis progenitorxs la casa era un sitio que me remitía a la escuela, mi trabajo o la universidad. Desde que tengo memoria, desde muy morrita yo me escapaba de casa o hacía todo lo posible por pasar tiempo fuera de casa. La calle, a pesar de ser un espacio muy complejo, y desgraciadamente a través de cuestiones que pueden llegar a hacerlo un espacio muy violento, verdaderamente sirvió mucho para que viviera una infancia y una adolescencia trans. (Chispa, comunicación personal, 2 de agosto del 2023).

Hasta este punto he ido tejiendo, a partir de las narraciones de los participantes, cómo es que las experiencias de sus desplazamientos diarios por las calles de la ciudad de Puebla, se ven atravesadas por sus identidades y expresiones de género de forma interseccional con otros factores de sus vidas. En ese sentido, hasta este punto también he descrito a la vida cotidiana como clave para significar los espacios donde se realizan las actividades diarias, así como también he descrito a la calle, el espacio urbano y la ciudad como soportes materiales de esa vida cotidiana. Pero para continuar con el análisis huelga hacer evidente que tanto la vida cotidiana como la calle también tiene un soporte sin el cual no tendrían sentido ninguno de los dos: el cuerpo.

Cierro este apartado compartiendo un fragmento de Josan, quien introduce lo que la corporalidad representa cuando se habla de calle, vida cotidiana y corporalidades disidentes: Yo creo que las experiencias diarias en la calle para disidencias sexo-genéricas pueden ser muy rudas, pero sí creo que hay variables, o sea yo creo que para una corporalidad leída como femenina es mucho más fuerte. Sobre todo, por la idea horrible de esa masculinidad machista que los hombres sienten que deben demostrar en las calles (Josan, comunicación personal, 7 de julio del 2023).

### 1.3 Corporalidad y ciudad. Una mirada desde corporalidades trans y no binarias

La corporalidad es aquello sobre lo que se extienden las relaciones sociales que sostenemos y sobre aquello donde impactan las interacciones que tenemos. Es el primer territorio de cada persona. El primer lugar desde el cual nos relacionamos y presentamos con el mundo. En el caso de los desplazamientos por el espacio urbano también aplica esto, aun cuando las interacciones que ahí se dan sean momentos efímeros o sucedan más rápidamente.

En este apartado compartiré cuáles son las experiencias que Josan, Kao, Castiel, Stayku y Chispa viven cotidianamente por las calles de la ciudad de Puebla desde una mirada muy particular, la cual se desprende de su corporalidad como personas con identidades y expresiones de género trans y no binarias. El objetivo de esto es visibilizar que, aunque muchas de sus experiencias en la calle están atravesadas por interseccionalidades que ya mencioné anteriormente, les participantes ubican en sus identidades y expresiones de género un punto de referencia para enunciar lo que viven, experimentan y sienten en sus desplazamientos diarios por la ciudad de Puebla.

Para empezar con estas descripciones que les participantes hacen, quiero aclarar que mi forma de abordar la corporalidad en esta parte de la investigación tendrá una importante ancla en lo que ellos mismos dicen respecto a sus corporalidades. Considerando que en los siguientes capítulos regresaré al tema de corporalidad, pero desde otros enfoques, aquí me centraré en la experiencia de ellos a partir de ser disidencias sexo-genéricas. Este análisis retomará principalmente los relatos en donde les participantes evidencian lo que les implicó transitar en sus identidades y expresiones de género, las descripciones que hacen sobre las reacciones que detectan en las personas que se desplazan por las calles de la ciudad de Puebla y como ellos encuentran

diferencias contundentes cuando las corporalidades son leídas como feminizadas, masculinizadas o algo no completamente identificable con alguna de esas dos.

A partir de aquí, y a lo largo de toda mi investigación, retomaré propuestas y perspectivas desde lo cuir<sup>4</sup> como puntos de fuga fuera de perspectivas dicotómicas binarias y, principalmente, transfóbicas y/o no binariefóbicas. Para ello comienzo con Gracia Trujillo que en 2022 publica un libro llamado *El feminismo queer es para todo el mundo*, en el cual describe cómo uno de los varios referentes en la historia para rastrear lo cuir “surgió en la calle, (en) el contexto de la crisis del SIDA, y es un activismo crítico con el sistema capitalista, el racismo, el clasismo, el sexismo, el capitalismo” (p. 12). Es decir que se nutre de varias fuentes, entre ellas los activismos, para dar cuenta que lo cuir aborda todas esas interseccionalidades que he venido planteando a través de los relatos de les participantes. Es una perspectiva crítica que también apunta a “cuestionarnos nuestros propios privilegios (de blanquitud, clase, ciudadanía, etc.)” (p. 13).

Un rastreo importante en la historia sobre la palabra queer, tiene que ver con la conceptualización de la otredad, le otre que es lo extraño, lo raro y lo anormal. Para conceptualizar algo como anormal, a la par se desenvuelve un discurso que se asume a sí mismo como lo natural y normal. Aterrizando esto en mi investigación, lo abordo desde el hecho de que, tanto Josan, Stayku, Kao, Castiel y Chispa, no se encuentran a sí mismos dentro de las categorías y reglas que dicta la heteronormatividad, y es desde ahí que se teje una propuesta de lo cuir, de habitar la otredad y resignificarla.

Algo más que quiero rescatar de Gracia Trujillo (2022) es que cuando aborda el tema de definir qué es lo cuir, más allá de todo lo que acabo de mencionar, es decir, estrictamente una definición, lo que ella dice es que eso sería el acto menos cuir. Para

---

<sup>4</sup> Uso la palabra cuir para resignificarla como sustituto del anglicismo queer.

ella es importante dejar claro que no le interesa dibujar límites conceptuales y definir características exactas, ella más bien lo aborda como:

Queer es un posicionamiento político y una epistemología (una herramienta, o un conjunto de ellas, que nos puede ser útil para observar e interpretar el mundo de forma diferente, de manera crítica). Es un proceso, una acción, no una identidad. Y un verbo, *to queer*, o “*queerizar*” en castellano (...). (p. 25).

Encontrando sintonía con lo que Gracia Trujillo propone, será esa la perspectiva que asumiré para mi investigación cuando haga referencia a lo cuir. Un punto interesante para abordar lo cuir es precisamente la experiencia de corporalidades que se escapan de la heteronorma. Es precisamente el caso de Josan, Kao, Castiel, Chispa y Stayku, los retratan ese hacer, en verbo, de lo cuir.

Seguido de esto, el tener la posibilidad para hablar de cuerpo o corporalidad en relación con discusiones teóricas que tienen que ver con la geografía, o incluso con el urbanismo, es producto de una importante lucha, crítica y demanda que las feministas han hecho a estas disciplinas. Ellas han apostado porque la geografía, arquitectura y el urbanismo dejen de pretenderse neutras y pongan en el centro de la discusión las experiencias concernientes a las corporalidades y las emociones que emanan desde ellas a partir de los espacios. En ese sentido, vuelvo a una de mis categorías centrales: la vida cotidiana, para recordar que es en lo cotidiano donde ponemos de relieve las emociones y configuraciones particulares de la vida que permiten evidenciar a la calle, a la ciudad y al espacio urbano ya no como homogéneos, sino todo lo contrario. Para esto retomo a Linda McDowell (2000), quien hace importantes reflexiones acerca de la corporalidad y el espacio urbano señalando que:

Un cuerpo, aunque no todos los estudiosos de la geografía lo crean, es un lugar. Se trata del espacio en el que se localiza el individuo, y sus límites resultan más o menos impermeables respecto a los restantes cuerpos. Aunque no cabe duda de que los cuerpos son materiales y poseen ciertas características como la forma y el tamaño, de modo que, inevitablemente, ocupan un espacio físico, lo cierto es que

su forma de presentarse ante los demás y de ser percibido por ellos varía según el lugar que ocupan en cada momento. (p. 59)

Una aportación muy importante que recupero de ella y que aplico a lo largo de toda mi investigación, es la preferencia por hablar del concepto de corporalidad en vez de usar solo el de cuerpo. Linda McDowell (2000) aborda este concepto como una relación que se da entre anatomía e identidad social, y en ese sentido, desde la flexibilidad y fluidez. Es por eso que para ella la corporalidad hace alusión a aquello que no es fijo ni está acabado. Desde esta definición traigo a Josan a colación con un fragmento en que elle comparte lo que le representa definirse desde una no binariedad: “Definitivamente creo que desde lo marica y lo joto se encarnan corporalmente entidades sociales, siendo hombres femeninos, que yo lo interpreto también como un no binarismo”. (Josan, comunicación personal, 7 de julio del 2023).

Para los participantes hablar de su experiencia en la calle como corporalidades disidentes muestra un abanico de perspectivas y emociones de acuerdo a características más específicas de cada una como se puede leer en sus narraciones. Aunque, al mismo tiempo, en lo que comparten hay similitudes cuando se trata de explorar cómo es que son leídas en las calles y cómo es que experimentan el factor de que, a través de la sedimentación de estereotipos de género, haya una lectura de las corporalidades que recae en un binarismo sobre la feminización y masculinización del cuerpo.

Quiero resaltar que algo que los cinco participantes mencionan con frecuencia cuando se abordan los temas de corporalidades disidentes en las calles de la ciudad de Puebla, es lo violento que se vuelve el espacio para las corporalidades, identidades y expresiones de género que son feminizadas. Es decir, todo aquel comportamiento, vestimenta, forma de desplazamiento que sea etiquetado por el resto de las personas que transitan las calles como “*lo femenino*”, se vuelve el foco de violencias de todo tipo. Sobre esto hay un análisis profundo que iré elaborando no solo en este apartado, sino en el

resto de los capítulos, ya que cada uno de ellos ha ubicado las implicaciones que tienen las lecturas que se hacen en el espacio urbano sobre sus corporalidades. Como ejemplo de esto Castiel, que desde ser un hombre trans, ha ido masculinizando su expresión de género, nota algo muy particular en las interacciones y reacciones que esto le produce:

Antes de que tuviera una transición en mi expresión de género yo ya sabía que mi identidad era hombre, pero precisamente por cómo era leído o por las características de cómo mi cuerpo se veía, o sea sin barba o con la voz no tan gruesa, era diferente. Hoy sé que muchas personas pueden leerme como hombre y cuando eso pasa pienso “qué bien ya la brinqué, estoy un poco más seguro”. Pero antes de eso no sabía que se sentiría así, o sea que podría tener esa pequeña oportunidad de seguridad que ahora a veces siento. (Castiel, comunicación personal, 26 de julio del 2023).

Este fragmento de Castiel es una parte importantísima que da pauta para reflexionar la feminización de las corporalidades, así como las reacciones que se producen en los espacios urbanos. Él se da cuenta, a partir de su proceso de transición, que, si es leído como hombre, en el imaginario patriarcal de la ciudad, no correrá tanto peligro. Aunque esto tampoco es una afirmación completamente cerrada ni total, ya que el ser un hombre trans también le coloca en un estado de vulnerabilidad de acuerdo a los cánones de la masculinidad hegemónica.

Siguiendo con los relatos de los participantes sobre este tema, Stayku también comparte una reflexión sobre su experiencia en la calle, a partir de su transición de expresión de género hacia la búsqueda de una no binariedad: “Recuerdo en otra etapa de mi vida el darme cuenta las implicaciones que tenía el ser mujer, esos recuerdos de *eres mujer y te va a pasar algo en la calle*”. (Stayku, comunicación personal, 17 de julio del 2023).

Por otro lado, Josan también tiene experiencias cotidianas que le hacen notar que de acuerdo a la expresión de género bajo la que es leído, tendrá ciertos tratos en la calle. Durante las conversaciones que sostuvimos, él me hacía hincapié en que desde que su

expresión de género fue más fluida, principalmente desde su vestimenta, pudo percibir que el trato que tenía la gente era diferente:

También estoy redescubriendo mi cuerpo desde ese intermedio de lo no binario, entonces veo que soy leídx como un hombre muy femenino muchas veces. Siento que cuando me ven o me leen como femenino desde ahí es que me ceden el paso cuando voy caminando, o me dan el lugar de asiento en el transporte público. Al principio no entendí muy bien de dónde venía eso o con qué tenía que ver, hasta después que fui notando más en el día a día a lo que se relacionaba. (Josan, comunicación personal, 7 de julio del 2023).

Hablar de la corporalidad y la manera en que esta es leída en el espacio urbano no se trata solo de las reacciones, emociones o efectos que produce, esto también repercute en las decisiones que ellos toman respecto a sus itinerarios, horarios de desplazamiento y zonas por las que prefieren moverse. Volviendo al punto que mencionaba anteriormente: la vida cotidiana encuentra como soporte material la ciudad, así como la corporalidad es el soporte de la cotidianidad y de la ciudad. Sobre esto Leslie Kern (2020) hace un señalamiento muy interesante cuando dice que:

Mi identidad de género determina cómo me muevo por la ciudad, cómo vivo mis días, qué opciones tengo disponibles. Mi género es algo más amplio que mi cuerpo, pero mi cuerpo es el sitio de mi experiencia vivida, allí donde se cruzan mi identidad, mi historia y los espacios que he habitado, donde todo eso se mezcla y queda escrito en mi piel. (p. 19)

Con esta frase, Leslie Kern evidencia, por un lado, que la corporalidad es el lugar en donde las experiencias tanto de violencia, como de resignificación o de disputa, suceden al ser el primer territorio de las personas. Y, por otro lado, también visibiliza que existe una fuerte imbricación entre corporalidad y desplazamientos urbanos.

El género va más allá de la corporalidad, como ella menciona, pero también es importante recordar que las experiencias de los desplazamientos cotidianos están atravesadas por él. Esto es significativo porque a partir de que posicionamos nuestras corporalidades en el espacio urbano, en las calles y en la ciudad, se producen una serie de reacciones hacia nosotres que son parte de toda una red de significados que significan

la corporalidad, la etiquetan y en ese sentido la hacen acreedora a diversas acciones que se ejercen sobre ella. Ese momento de catalogar y etiquetar se ven fuertemente atravesadas por un momento de jerarquización en el espacio urbano, en donde se pondera como más respetable todo lo etiquetado como masculino y se señala todo lo que es catalogado como femenino dentro de un imaginario social cisgénero, heteronormativo y binario.

Respecto a esto, Kao comparte que él, al igual que Stayku y Castiel, fue descubriendo señales respecto a las expectativas que ahora se tienen sobre cómo debe ser y cómo debe actuar en el espacio urbano a partir de su transición y de ser leído desde una corporalidad masculinizada:

Desde mi transición siento que tengo más responsabilidad ahora en las noches, como si fuera eso lo que ahora, como hombre trans se espera de mí, pero porque cuando salgo en las noches es con mi pareja, entonces es como que otro tipo de estado de alerta de cuidarnos. También es una cuestión de hacer los recorridos nocturnos más rápidos, de día podemos ir caminando con calma y así, pero de noche no. (Kao, comunicación personal, 23 de julio del 2023).

Encuentro en los relatos de los participantes un sentimiento y percepción diferenciado respecto a las transiciones entre identidades y expresiones de género feminizadas y masculinizadas. Hay un miedo contundente a ser leídas como corporalidades feminizadas que se transforma en otros sentimientos a partir de que sus corporalidades dejan de ser leídas desde ahí. Para ese contraste retomo dos fragmentos de conversación, por un lado, a Kao cuando comparte que:

Pensaría que un momento específico en que me empecé a sentir más seguro en la calle fue cuando me hice la mastectomía en diciembre del 2022, porque antes tenía que preocuparme por la ropa o por usar binder, esta faja para los pechos. (Kao, comunicación personal, 23 de julio del 2023).

Por otro lado a Stayku, que vivencia fluye mucho más hacia escapar de ser leído con una corporalidad binaria:

Frecuentemente me pasa que desde que mi expresión de género es más ambigua, o cuando no es tan feminizada, siento que hay menos acoso hacia mi persona. Eso creo que no lo esperaba, pero cuando lo noté sentí que era maravilloso. (Stayku, comunicación personal, 17 de julio del 2023).

Es precisamente, desde la corporalidad, que las experiencias en el espacio urbano se configuran y tejen. En palabras de Anna Ortiz (2012): “la práctica de nuestros cuerpos (con su género, sus preferencias sexuales, sus habilidades físicas, su edad, su color o su etnicidad) es única y depende de los contextos específicos espaciales, temporales y culturales donde se sitúen”. (p. 117-118). Es decir, como lo he mencionado anteriormente, desde una configuración interseccional.

A partir de las reflexiones que he tejido hasta ahora, hilando las narraciones de los participantes, he señalado a las calles de la ciudad de Puebla, como espacio urbano no neutro. Y que es por esto que existen en él fuertes implicaciones en las corporalidades disidentes de los participantes. Ahora, en el siguiente capítulo iré más allá del señalamiento para dar paso a cuestionar si las calles de la ciudad de Puebla representan un espacio de disputas y negociaciones para Josan, Kao, Castiel, Chispa y Stayku.

## Capítulo 2. Disputas y negociaciones: el cuerpo en la ciudad.

*“Somos como un atardecer sin lentes de sol”, decía la Tía Encarna. “Nuestro fulgor enceguece, ofusca a los que nos miran y los asusta”. Es cierto, pero siempre podemos partir. Y nuestro cuerpo va con nosotras. Nuestro cuerpo es nuestra patria.”*

(Sosa, 2019, p.145)

Para elaborar la experiencia vivida sobre lo que implica poner el cuerpo en la ciudad, es necesario volver a los rastreos. Rastrear a partir de escribir desde la ciudad y sobre la ciudad para detenerse lo suficiente en los detalles y prestar atención a los malestares y las afecciones que se viven desde la corporalidad.

En *Ciudad Feminista* (2019) Leslie Kern se pregunta “¿Quién escribe la ciudad?”. Para responder esto ella aclara que, en lugar de comenzar por la teoría, empezará desde aquello que Adrienne Rich llama como “la geografía más cercana”, es decir, desde el

cuerpo y la vida cotidiana (p. 18). Mientras va respondiendo esta pregunta, pone en tensión lo que ha implicado para ella, desde una corporalidad feminizada, habitar la ciudad y el espacio urbano. Leslie Kern aclara que no busca caer en esencialismos ni biologicismos, sino hacer preguntas que respondan a la experiencia cotidiana en donde la identidad de género y la corporalidad sean tomadas en cuenta en los relatos que hablan de la ciudad.

A partir de esto, ella señala que para hablar de la ciudad también es necesario visibilizar las múltiples violencias que en ella se viven, así como lo mucho que estas moldean las rutinas y los modelos de vida. “(...) los ambientes urbanos están estructurados para respaldar las normas de la familia patriarcal (...)” (p. 20). Es decir que el acoso, las violencias y los miedos también tienen una geografía que nos dicta qué rumbos tomar, en qué horarios desplazarnos, o cómo vestarnos, pero principalmente, de forma más profunda, van sedimentando y normalizando la expresión de cierto tipo de afectos, en su mayoría heterosexuales, y de cierto tipo de expresiones e identidades de género codificadas como cisgénero. Leslie Kern (2019) cierra diciendo, a modo de crítica, que para todas aquellas personas que no encajan en esos modelos, “El mensaje es claro: la ciudad, en verdad, no es para ustedes” (p. 21).

En este segundo capítulo tomo como pauta lo que ella menciona para abordar las disputas y negociaciones que Chispa, Josan, Castiel, Kao y Stayku hacen con respecto a sus expresiones e identidades de género en la ciudad de Puebla. Para ello, recurro nuevamente en elaborar tres subcapítulos en los que tomo cada una de las categorías de análisis que atraviesan toda mi investigación. En ese sentido, empiezo dando una breve pincelada sobre lo que implica escribir sobre la ciudad y el espacio urbano, para ir tejiendo los relatos de los participantes y la forma en que para ellos la ciudad de Puebla representa un espacio urbano de disputas y negociaciones cotidianas. Más adelante

abordo la categoría de corporalidad para mostrar cómo esas disputas y negociaciones suceden y se perciben desde ahí, tomando en cuenta al cuerpo como primer territorio. Finalmente, para cerrar este capítulo, presento cómo las disputas y negociaciones respecto a las identidades y expresiones de género, de los participantes en la ciudad de Puebla, suceden en su vida cotidiana, es decir, lo que implica escribir desde la ciudad.

## 2. 1 Escribir desde y sobre la ciudad

Escribir sobre la ciudad sin caer en abstracciones, es también una apuesta por politizarla y recordar que no es un espacio neutral. Dotar su descripción con detalles sobre las historias y experiencias vividas de quienes la transitan y habitan cotidianamente, permite alumbrar un contexto mucho más rico y complejo. Es por eso que, definir a la ciudad en un único concepto acabado sería algo peligroso y erróneo. En vez de eso, me gustaría proponer que entiendo a la ciudad como algo que está vivo, algo inacabado y como aquello que nos interpela en la cotidianidad, es decir, que es un complejo entramado de relaciones sociales que se ven atravesadas por los procesos de urbanización. Retomo también las palabras de Edith Albarrán (2024), quién presenta a la ciudad como un “documento vivo, sitio practicado socialmente en el que se llevan a cabo prácticas que comunican y nos permiten reencontrarnos con actores sociales en resistencia y emancipación” (p. 128). Para complementar esta idea regreso a las narraciones de Chispa cuando comparte lo siguiente:

Hace unos meses una persona a la que aprecio mucho me hizo una pregunta que decía algo como ¿consideras que la ciudad tiene algo que ver contigo? En ese momento pensé que más bien estoy adscrita a lo urbano de la ciudad desde una resistencia, porque sí me encuentro ahí, hay una parte de mi identidad que sí se percibe ahí, pero no del todo en realidad. Pensé también que para definir la ciudad no imaginaría la idea del campo como la antítesis de la ciudad. Para mí, pienso que entonces la ciudad es la cotidianidad y es también “lo normal” imponiéndose sobre vidas otras, de ahí el sentido de resistencia. (Chispa, comunicación personal, 2 de agosto del 2023).

Sobre lo que dice Chispa respecto a la ciudad se pueden ubicar algunos puntos clave de análisis. Por un lado, Chispa se sabe cómo una habitante de la ciudad en estado de resistencia, es decir, se encuentra dentro del entramado urbano por transitarlo, pero reconociendo que hay una imposición de lo catalogado como normal sobre el resto de las personas que se convierten en la otredad. Otro punto muy importante es que Chispa se desmarca de hacer una conceptualización de la ciudad, precisamente a partir de la otredad, para no contraponer lo urbano de lo rural y generar conceptos dicotómicos. Esa tensión de saberse dentro de un entramado urbano y saber que su propia identidad también está construida desde lo que la ciudad en la que se desplaza aporta ya una primera tensión y disputa diaria consigo misma.

Para profundizar respecto a la ciudad y lo urbano, recurro a Henry Lefebvre (2013) cuando habla sobre la producción del espacio. Para él es necesario dar cuenta que el espacio, tomando la palabra en un sentido muy general, pero teniendo en cuenta que se refiere al espacio urbano, no es un recipiente, neutral, abstracto y acabado sobre el cual se vacían las personas y demás objetos que lo componen. Contrario a esto, para él, hablar del espacio implica reconocer que es una producción social que se va construyendo a través de un proceso.

A modo de aclaración, me parece importante decir que reconozco toda la propuesta teórica que Henry Lefebvre ha aportado en el análisis del espacio urbano, por lo que sabiendo que es muy amplia y extensa, aquí solo retomaré un par de observaciones respecto a lo que menciona sobre la producción del espacio, esto quiere decir que no ahondaré de forma exhaustiva en su trabajo.

Henry Lefebvre (2013) propone que el espacio, al ser una producción social, se encuentra ligado al modo de producción de su tiempo. Es decir, en un ejercicio histórico plantea problematizar cómo está compuesto el entramado social del espacio en el

capitalismo moderno. Para él este entramado se compone de tres tipos de relaciones o tres niveles de relaciones: las de reproducción biológica, es decir lo que tiene que ver con el ordenamiento de la familia; las relaciones de reproducción de la fuerza de trabajo y las relaciones de reproducción social, es decir, las que constituyen a la sociedad capitalista. Esta propuesta marca la pauta de cómo está establecida la división sexual del trabajo y la asignación de los espacios a través de lógicas binarias y dicotómicas.

Al construir su crítica, Lefebvre señala que dentro del capitalismo moderno la ciudad se convierte en una mercancía en donde los procesos de urbanización funcionalista homogenizan el espacio y lo presentan como acabado, distante y ajeno a quienes lo transitan, así como desconectado de sus realidades cotidianas. Esto quiere decir que dentro del capitalismo el espacio se vuelve instrumental para él y se convierte en el lugar necesario para seguir reproduciendo las relaciones de producción y explotación. En ese sentido, el espacio se ve moldeado y acondicionado a las necesidades del propio sistema capitalista.

Considerando esta forma en la que Lefebvre presenta al espacio urbano atravesado por el capitalismo, quisiera regresar a la propuesta que he descrito en el primer capítulo sobre la relación dialéctica que se da entre la ciudad y quienes la transitan y complementarla sugiriendo que, al convertirse el espacio urbano en un instrumento funcional para el capitalismo moderno a través de procesos de despolitización, aparente neutralidad, abstracción y homogenización de la ciudad, esto tiene también una consigna de despolitizar, fragmentar, aislar y generar abstracciones de las personas que la transitan.

A partir de localizar esa tensión que se produce en la relación dialéctica entre la ciudad y las personas que la transitan, es que los relatos de los participantes me permiten rastrear la primera pauta de las disputas y negociaciones que realizan.

Hay un punto clave que quisiera remarcar en la propuesta de Lefebvre y que se hila de forma muy cercana con los relatos de los participantes: las representaciones simbólicas del espacio que, para él, tienen que ver con aquello que mantiene en estado de cohesión a las relaciones sociales, principalmente en las relaciones de reproducción. Estas representaciones simbólicas catalogan y separan binariamente lo femenino de lo masculino, organizando el espacio a partir de ello. Lefebvre (2013) menciona que las relaciones simbólicas en el espacio disimulan, más que mostrar cómo son las relaciones en realidad:

“(…) de un lado, en relaciones frontales, públicas, declaradas — y así pues en codificadas— y en relaciones ocultas, clandestinas, reprimidas, y que en la medida en que son reprimidas, definen las transgresiones, en particular en lo concerniente no tanto al sexo per se cómo al placer sexual, con sus condiciones y consecuencias”. (p. 92)

Retomo las narraciones de Kao que espejean mucho con lo que dice Lefebvre sobre estas representaciones: “Siento que en la calle hay, muy general, una disputa entre lo normativo y lo no normativo. Creo que es muy particularmente una disputa entre el deber ser vinculado con el género y lo que es tomado como diferente”. (Kao, comunicación personal, 23 de julio del 2023).

Acerca de lo que comparte Kao se puede vislumbrar un acercamiento más próximo respecto a las calles de la ciudad de Puebla como un escenario de disputas y negociaciones. Kao deja muy claro que su percepción sobre la disputa en la calle tiene una raíz muy fuerte en la heteronormatividad impuesta. De nuevo se hacen presentes las representaciones simbólicas de las que habla Lefebvre (2013).

Para continuar con el ejercicio de escribir, ahora desde la ciudad, recupero a David Harvey y su propuesta sobre el derecho a la ciudad. Para Harvey (2013) el derecho a la ciudad, a diferencia de otros derechos humanos que recaen en términos individualistas, es uno colectivo. Para él, el derecho a la ciudad es un: “derecho a cambiar y reinventar la

ciudad de acuerdo con nuestros deseos. Es, además, un derecho más colectivo que individual, ya que la reinención de la ciudad depende inevitablemente del ejercicio de un poder colectivo sobre el proceso de urbanización” (p. 20). Es decir que, a través de como presenta Harvey el derecho a la ciudad, se puede decir que la reinención a la que hace mención puede encontrarse en los procesos de negociaciones y disputas que los participantes mencionan. El derecho a la ciudad se volvería entonces parte de un proceso de disputar qué clase de espacio urbano se quiere construir, hablando materialmente pero también socialmente. Por lo que esto también representa una apuesta por disputar y negociar una reconfiguración del entramado social de la ciudad, tomando como ejemplo las formas en que Chispa, Kao, Castiel, Josan y Stayku narran como lo hacen desde su cotidianidad. Regreso, por ejemplo, a las narraciones de Chispa cuando menciona sobre la disputa en la calle que:

Creo que en otros momentos me gustaba pensar que la calle era una disputa constante, porque desde lo que siempre hay un ejercicio de cuestionarse y siento que en la calle pasa esto también desde la disputa. Aunque en la actualidad me preocupa ver que ya no es solo ese tipo de disputa, yo sé que desde hace mucho se vive violencia en la calle, pero hoy veo la calle...y lo que miro es una situación más peligrosa que una disputa, más bien veo un proceso de excepción porque con qué facilidad pasan cosas que terminan con la vida de otros y es como si fuera lo más normal del mundo. (Chispa, comunicación personal, 2 de agosto del 2023).

El escenario que describe Chispa abre la discusión hacia lo planteado por Harvey (2013) sobre la crítica al espacio urbano que estamos habitando y construyendo socialmente: “Reclamar el derecho a la ciudad en el sentido en que yo lo entiendo supone reivindicar algún tipo de poder configurador del proceso de urbanización, sobre la forma en que se hacen y rehacen nuestras ciudades (...)” (p.21).

Lo que Chispa narra respecto a que, además de una disputa en las calles de la ciudad de Puebla, ella encuentra también un proceso fuerte de violencias y agresiones tiene que ver, en gran parte, con la configuración capitalista impuesta en el espacio y la coyuntura social que produce. Es decir, Chispa enuncia, a partir de su percepción y

experiencias, que en el espacio urbano de la ciudad de Puebla se tejían disputas desde lo que propician tensiones contra una heteronormatividad. Sin embargo, hace un señalamiento respecto a cómo se ha ido reconfigurando ese espacio de disputas. Ya no solo se trata de que las tensiones desde lo que, a partir de expresiones e identidades de género, pongan en jaque la heteronormatividad impuesta, ahora lo que Chispa encuentra es que la ciudad de Puebla vive un momento de fuertes violencias en donde la disputa y la tensión ya no encuentran lugar de la misma manera. Los procesos de urbanización y la forma en que las ciudades se extienden por los territorios no son ajenas a eso que Chispa llama “proceso de excepción”, que, desde su experiencia vivida, se encuentra una fuerte relación entre el modelo de ciudad moderna capitalista y la forma en que se jerarquiza al automóvil como predominante y deja al resto de las movilizaciones en una situación vulnerable y desigual. El modelo de ciudad moderna capitalista también tiene que ver con las formas de consumismo exacerbado que atentan, entre otras cosas, con los espacios de descanso para ser sustituidos por espacios de consumo.

Dentro de esa coyuntura, mencionada por Chispa, hay un apunte importante que resaltar. La ciudad, a través de los procesos de urbanización, no solo se alimenta de un sistema capitalista, sino que también lo hace de todo un sistema patriarcal que respalda dinámicas de poder y exclusión. El patriarcado, muy de la mano del capitalismo, como sistemas que organizan la forma en la que se reproduce la vida, dan pautas concretas de comportamiento hacia las corporalidades, el uso de los espacios y las formas de movilización. Volviendo a Chispa, lo que ella menciona tiene que ver con la disputa que se da contra las formas de vida que no entran precisamente en esas normas y pautas de comportamiento de los dos sistemas imbricados. Para un análisis más profundo que no caiga en la fragmentación, encuentro como clave la interseccionalidad, con ella se hace visible en los relatos de los participantes la forma en la que convergen la heterosexualidad

impuesta, las formas de movilidad urbana no centradas en el automóvil, la visibilización de lo que el consumismo provoca en las ciudades, la precariedad laboral, los tiempos acelerados de la ciudad, las violencias y acoso que se viven en las calles, focalizado principalmente en las corporalidades, identidades y expresiones de género disidentes.

Dibujar las fronteras entre lo que concierne a la ciudad capitalista y lo que tiene que ver con la ciudad patriarcal es sumamente complejo, e intentarlo solamente fragmentaría el análisis, ambos sistemas se alimentan uno con el otro y es precisamente por ello que hablo de la ciudad como un entramado social, en donde diversos sistemas y dinámicas coexisten, incluyendo las diversas formas de resistencia a las dinámicas patriarcales que se imponen en los espacios urbanos.

Para ello, regreso a las urbanistas feministas de Col·lectiu Punt 6 (2019) que describen los procesos de urbanización de la ciudad como patriarcales y androcéntricos con dinámicas de poder que perpetúan una masculinidad hegemónica y que buscan la conquista constante del territorio. Ellas toman en cuenta la compleja relación entre patriarcado y capitalismo mencionando que: “Esta crítica parte de la necesidad de visibilizar la organización patriarcal de la sociedad capitalista, fundamentada en la asignación de roles de género según la diferencia de sexos y estableciendo el rendimiento económico como indicador de bienestar social” (p. 97). Dentro de esa crítica ellas también señalan que son las dinámicas de poder patriarcales las que establecen normas sociales que generan límites espaciales al dictar quien puede desplazarse por el espacio y quien quedará excluídx. Para construir su crítica, las Col·lectiu Punt 6 (2019) también abordan la importancia de hablar desde la interseccionalidad, y que ésta tome en cuenta que la ciudad como espacio patriarcal es un sistema de opresión que impacta en la vida de todas las personas que se desplazan por las calles en diferentes formas como he mencionado anteriormente.

Hacer un análisis de las calles de la ciudad de Puebla desde un enfoque interseccional es algo que he mencionado desde el inicio. Este enfoque es muy importante ya que las narraciones de los participantes dejan claro que sus experiencias vividas en la ciudad están fuertemente atravesadas por sus identidades y expresiones de género, pero al mismo tiempo están muy entrelazadas con otros factores que también los toman en cuenta para hacer una crítica a los espacios urbanos de la ciudad de Puebla. Por ejemplo, Stayku comparte su experiencia de moverse por las calles en su bici desde una perspectiva interseccional cuando menciona que:

Creo que tanto el moverme en la bici, como el ser peatone o usar el transporte público tienen que ver mucho con mi condición de clase, pero también tiene que ver con una elección propia, es decir, yo he decidido moverme de esas formas y no ser un ente más contaminante, entonces he optado por esas formas de movilidad, aunque la verdad no siempre me siento seguro moviéndome de esta forma. (Stayku, comunicación personal, 17 de julio del 2023).

De acuerdo a lo que comparte Stayku, las calles de la ciudad de Puebla no solo representan un espacio de disputa desde la identidad y expresión de género, sino que también tienen que ver con el hecho de que una ciudad capitalista y patriarcal ponderará siempre la movilidad del automóvil sobre la de las personas peatonas, es decir, la pirámide jerárquica de movilities que se afianza desde la imbricación de ambos sistemas. En ese aspecto específico la bicicleta se convierte en un símbolo de emancipación, continuando con lo que relata Stayku: “Cuando voy caminando muchas veces sí siento que tengo que alinearme como a ciertas cosas, como negociar qué sí y que no, pero en la bici eso no me pasa” (Stayku, comunicación personal, 17 de julio del 2023).

Pensar en otras formas de desplazarse por la ciudad menos contaminantes y menos violentas es una apuesta importante para Stayku y para Chispa. El automóvil, dentro del modelo de ciudad moderna capitalista es también un símbolo patriarcal que reafirma el poder de quienes están dentro de él y reafirman desde ahí una masculinidad

hegemónica que se transfiere al espacio urbano a través de dinámicas de poder. En ese sentido, no solamente el espacio está planeado y construido privilegiando este medio de transporte, sino que, además, de nuevo regresando a Lefebvre (2013), es parte de las representaciones simbólicas. Chispa comparte su experiencia diciendo que:

Casi no uso transporte público y en general subirme a coches me da miedo, me pone muy nerviosa, busco más una autonomía y la encuentro en la bici. Desde ahí parece que la ciudad deja de existir, aunque eso en realidad no suceda, la ciudad nunca se detiene, es triste. (Chispa, comunicación personal, 2 de agosto del 2023).

Disputar la calle desde la bici se encuentra estrechamente relacionado con disputar la forma en que el modelo de ciudad patriarcal y capitalista jerarquiza a quienes se desplazan por ella. Esto quiere decir que nuevamente todo se encuentra entrelazado en un gran entramado de lo que es la ciudad, el espacio urbano y la calle. En esa jerarquización se pone de manifiesto que al ser el espacio planificado y construido apuntando a una homogenización, se pretende también que éste sea habitado solo por un tipo de sujeto que encaja en el molde cisgénero, heterosexual, blanco, y que todo aquello que sale de esa imposición es catalogado desde la otredad. La disputa entonces también se da a través de visibilizar esas *otras* experiencias que pasan al margen. Esto me lleva a las narraciones de Castiel respecto a cómo él percibe a la ciudad de Puebla como un espacio de disputas:

Pienso que la calle es un espacio de disputa, y es una disputa constante porque esta mucho esto de negociar y pensar cada día si hoy voy a lograr hacerme un espacio o tengo que tomar lo que haya. Por ejemplo, en el camión si voy a tener que pasar por esto de que haya otros vatos y me vayan aplastando, o sea que vayan ocupando mucho espacio y yo tenga que adaptarme, o si voy a lograr extenderme lo suficiente para defender mi espacio con mi cuerpo. Eso creo que es algo muy sutil pero las personas que disputamos el espacio lo sentimos muy concretamente porque pasa cotidianamente. Y quienes tienen el espacio no lo notan, solo lo tienen. (Castiel, comunicación personal, 26 de julio del 2023).

Las palabras de Castiel sobre defender su espacio con su cuerpo abren todo un análisis respecto a la disputa que se da a partir de la experiencia trans, pero que se

involucra también con procesos de urbanización y de dinámicas de poder. De nuevo se vuelve fértil hablar desde la interseccionalidad para evidenciar que la disputa en el espacio urbano nace como respuesta a diversas violencias u opresiones. Castiel retrata su experiencia vivida como persona usuaria del transporte público, pero también desde una experiencia como disidencia sexo-genérica.

Así que, para cerrar este subcapítulo traigo a la reflexión, qué es exactamente lo que se disputa y negocia. De acuerdo a los relatos que les participantes comparten, lo que se disputa es precisamente la forma en cómo, a través de la imbricación de los sistemas del patriarcado y el capitalismo, se organiza la vida misma, lo que incluyen las disputas por el territorio en la ciudad que se ha fragmentado en fronteras a través de procesos múltiples de urbanización y privatización, pero también se disputa por la forma de desplazarse a través de él sin poner en riesgo la vida. Cierro con un fragmento de lo que Chispa narra sobre la ciudad de Puebla:

Pienso que hay toda una coyuntura social sucediendo desde el desplazamiento y el odio, justamente cada semana y cada día se encrudece más el conflicto contra la vida. Quiero decir, esto que posibilita el asesinato en todos los sentidos y el sometimiento o violencia, tan solo pienso en cómo actualmente el centro de la ciudad de Puebla es inhabitable para mí, la policía por ejemplo me rodea cuando ando sentada por ahí solo por ser quien soy, me cuestionan por estar en el espacio. (Chispa, comunicación personal, 2 de agosto del 2023).

## 2.2 La corporalidad como primer lugar de disputas y negociaciones

Para abordar todo aquello que se disputa desde la corporalidad, hacia y con el entorno urbano, mostraré a partir de los relatos de Kao, Castiel, Chispa, Stayku y Josan, que las disputas y negociaciones desde sus corporalidades disidentes son contra una cisheteronorma, y que esta encuentra su fuente de inscripción precisamente en el cuerpo como territorio de conquista. Es muy relevante aclarar que la corporalidad la entiendo en todo momento relacionada con el contexto que la rodea, es decir, de nuevo hablando de entramados sociales.

Quisiera regresar a lo que mencionaba en el primer capítulo sobre entender a la corporalidad como aquel lugar donde recae la experiencia vivida de la ciudad. Es el primer territorio a través del cual experimentamos cotidianamente el espacio urbano, ya que las corporalidades ocupan espacios, pero también son espacios en sí mismos. Hasta ahora he ido tejiendo, a partir de las experiencias de la vida cotidiana de los participantes, que la ciudad de Puebla representa para ellos un espacio de disputa y negociaciones, es decir, las calles y los espacios urbanos. Para este subcapítulo quiero extender la reflexión y llevarla más allá proponiendo que es desde la propia corporalidad trans, disidente, cuir, y/o no cisgénero como el primer lugar donde suceden las disputas y negociaciones. Bajo este planteamiento, guiado por los relatos de los participantes, la corporalidad está colocada en un estado constante de tensión con su entorno urbano a través del cual se impone repetidamente un sistema cisheteronormativo.

Empiezo esta reflexión con un fragmento de Chispa, en el cual narra cuales son algunos de los rastros que ella ubica en las calles de Puebla como síntomas de disputa: “Yo creo que las reacciones violentas en las calles tienen que ver con una limpieza racial, étnica y social, y claro con la transfobia. Hay una disputa clara por reconfigurar la ciudad para excluir y causar la muerte a otros” (Chispa, comunicación personal, 2 de agosto del 2023). Esa disputa por reconfigurar la ciudad que Chispa menciona es a lo que hago referencia cuando digo que las disidencias sexo-genéricas se encuentran en una disputa constante con el espacio urbano y las dinámicas de poder.

Para comenzar a hilar el planteamiento que propongo, quisiera partir de la propuesta que Sara Ahmed (2015) presenta sobre la heterosexualidad en “La política de las emociones”. Ahí logra dar cuenta que es a partir de la cisheteronorma que se construye un discurso de la otredad sobre aquello que no entra en el molde impuesto. Lo que ella menciona es que los discursos de otredad que se construyen desde la

heterosexualidad toman forma material y corpórea en las personas migrantes, cuirs y personas racializadas, mostrando subjetividades concretas que se pueden señalar como amenazas. Esto tiene mucho que ver con lo que menciona Chispa sobre un borrado de todas aquellas personas que son percibidas como la otredad. Por otro lado, me parece importante considerar que a través de los relatos de les participantes se teje una mirada doble, es decir, se rescata la experiencia narrada desde la mirada trans y no binaria en relación con la mirada cis-género y que permite un análisis mucho más profundo y complejo. A pesar de que no profundizaré en ello, el concepto de *pasabilidad de género* tiene mucho que ver con esa doble mirada y percepción, por lo que la disputa y las negociaciones en sus expresiones e identidades de género también se presentan también como actos políticos.

Sara Ahmed (2015) da un punto clave para mi investigación cuando dice que la heterosexualidad y la familia tradicional se vuelven modelos de vida en donde:

(...) la unión de hombre y mujer se vuelve una especie de "nacimiento", un parir no solo una vida nueva, sino modos de vida que son de antemano reconocibles como formas de civilización. Esta narrativa de la unión como condición para la reproducción de la vida, la cultura y el valor es lo que explica el deslizamiento en las narrativas racistas entre el miedo a los extraños e inmigrantes (xenofobia), el miedo a las personas queer (homofobia) y el miedo a la mezcla racial (así como a otras uniones ilegítimas). (p.222)

Por lo que hablar de una heteronormatividad dista mucho de solamente referirse a una orientación sexual impuesta, en donde un hombre cisgénero y una mujer cisgénero se vuelven la unión "correcta". Es importante profundizar mucho más en dos aspectos. Por un lado, se trata de cuáles se vuelven las corporalidades aceptadas, etiquetas como "normales", y por lo tanto "correctas". Y, por otro lado, también implica hablar de modelos de vida, que tienen que ver con afectos relacionados a la reproducción de la vida en términos biologicistas. Cuando se ubica y etiqueta a una corporalidad cuir, que sale de la heteronorma, se construye todo un discurso que le ubica como amenaza para la sociedad

por el impacto que tiene en la reproducción y repetición de la propia heteronorma. Y a partir de ahí se acciona toda una estructura que, desde diferentes espacios, como el espacio urbano, las calles y la ciudad, se encargan de señalarle y castigarle para afianzarse como único modelo de vida.

Algo muy importante que también menciona Sara Ahmed (2015) es que las corporalidades funcionan como soportes en donde se busca la interiorización de la heterosexualidad obligatoria a través de acciones repetidas: “Los cuerpos adoptan la forma de las normas que se repiten con fuerza a lo largo del tiempo. La labor de la repetición supone ocultar el trabajo bajo el signo de la naturaleza” (p. 222).

Los relatos de las experiencias de los participantes dan cuenta precisamente de que todas esas disputas y negociaciones que realizan en el día a día, encuentran su raíz en un intento por visibilizar lo que las corporalidades, en una inmensa diversidad, pueden ser y también lo que pueden hacer. Relacionado con esto quiero traer de nuevo un tema que abordé superficialmente en el primer capítulo: las corporalidades feminizadas en las calles. Para ello, recupero las narraciones de Castiel cuando habla sobre su propio proceso de transición y lo que él percibe respecto a todo aquello que es catalogado como feminizado en las calles:

Yo creo que casi todas de las violencias que pasan en la calle, y también en el resto de los lugares, o sea no solo ahí, tienen mucho que ver con lo que es leído como femenino, como el tono de voz, la vestimenta, cosas que tienen que ver igual con la expresión de género y el cuerpo en general. Yo desde que inicié mi transición decidí que no dejaría de usar mi ropa, o sea no la cambiaría por ropa más "masculina", tampoco iba a dejar de maquillarme porque es algo que disfruto mucho, ni de usar ciertos colores como el rosa, que de hecho es de los colores que más me gustan. (Castiel, comunicación personal, 26 de julio del 2023).

Sobre esto que comparte Castiel quiero señalar dos reflexiones. Una tiene que ver con la situación de negociar y disputar desde la expresión de género y la corporalidad, ya que, cuando él habla de no ceder en cambiar su vestimenta o incluso los colores que usa,

también está señalando una disputa contra la heteronorma que le exige coherencia a su corporalidad masculinizada. Esto significa que Castiel, como hombre trans, habita también una expresión de género cuir que busca escapar de las expectativas que se demandan hacia su corporalidad en términos de seguir los estereotipos y roles binarios como hombre, de nuevo volviendo a la reflexión sobre *pasabilidad de género* y los actos políticos desde la expresión de género. La otra reflexión tiene que ver con lo peligroso que es el hecho de que todo lo codificado como feminizado sea simbolizado como vulnerable y accesible a violentar. Esto, como menciona Castiel, no solamente sucede en la calle, precisamente porque se trata de todo un sistema patriarcal que, a través de diversas formas, ejerce su poder sobre todas aquellas corporalidades que son leídas como feminizadas, es decir, que se filtra y cuele entre lo privado y lo público. Por su puesto que el espacio urbano y la ciudad son los lugares desde los que tejo principalmente mi análisis; sin embargo, no se puede perder de vista que las fronteras entre lo público y lo privado se encuentran difuminadas cuando se trata de señalar las violencias que se ejercen hacia aquello que es leído como feminizado. Es importante señalar que esas violencias cotidianas al irse sedimentando y naturalizando propician actos graves de violencia que llegan hasta los transfeminicidios.

En ese sentido es que las negociaciones se abren paso a la par que las disputas. Es decir que, en este entramado urbano que está atravesado por un sistema patriarcal, colonial y capitalista con dinámicas de poder y violencia, las negociaciones son algunas veces más viables que las disputas. Para mostrar esto que digo, recupero lo que Stayku comparte sobre sus propias formas de negociar su expresión de género a partir de ser una persona no binaria:

De noche puedo vestirme como sea, pero si salgo sole intento siempre usar una gabardina que me cubra hasta los pies y poder performacear más masculinizado y que de esa manera no se me acerquen tanto las personas en la calle por las noches. Puede ser una chamarra o alguna prenda que me cubra lo suficiente y

que yo relacione con que las demás personas lo leerán como algo masculinizado para hacerme sentir más segura. (Stayku, comunicación personal, 17 de julio del 2023).

Lo que comparte Stayku vuelve a remarcar el hecho de que los signos de feminización en las corporalidades son un punto clave de análisis que ha atravesado toda mi investigación y que incluso se vuelve el punto medular del problema por la siguiente reflexión que hago:

Encuentro que esa focalización de violencia hacia las corporalidades feminizadas, y en general a cualquier rasgo que sea leído como feminizado en las calles, tiene una raíz muy fuerte en las lógicas de la propiedad privada. Es decir, los procesos de urbanización que suceden en las ciudades, y que responden a todo un sistema imbricado patriarcal, capitalista y colonial, reproduce la noción de que todo el espacio, y lo que hay en él, es una mercancía (volviendo a Lefebvre), y que las corporalidades masculinizadas pueden desplazarse sin mayor conflicto a través de él debido a que es su lugar dado, el lugar que les es otorgado desde esta triada de patriarcado, capitalismo y colonialismo. Más concretamente, desde la división sexual del trabajo que permea la forma en que la ciudad moderna es construida. Y, por otro lado, es a través de esa triada y de la propia división sexual del trabajo que el lugar asignado para las corporalidades feminizadas es “lo privado”. Por lo que una corporalidad feminizada, o con cualquier signo que sea catalogado como feminizado, que se desplaza por el espacio urbano se vuelve parte de lo público, parte de lo vulnerable, de lo que puede ser violentado o tomado sin mayor señalamiento. Hago referencia a corporalidades para no caer en conflictos con términos biologicistas que intencionalmente no quiero usar.

Para desenvolver la anterior reflexión me interesa traer los aportes de Rita Segato respecto al patriarcado. En “La guerra contra las mujeres” (2016) aborda la historia de la estructura patriarcal y su punto central en la modernidad como momento transitorio que

reacomodó las jerarquías preexistentes. Quiero concentrarme, de toda su propuesta, en un par de aspectos concretos que iré describiendo al tiempo que los voy hilando con lo que les participantes han señalado sobre las acciones que se ejercen sobre las corporalidades feminizadas en la ciudad de Puebla.

Rita Segato (2016) construye toda una forma de entender al patriarcado moderno y su momento de reacomodo que da como resultado un patriarcado colonial-moderno de alta intensidad respecto a la violencia que ejerce, pero sobre todo explica su forma de ver cómo es que se da esa jerarquía:

En el mundo binarizado de la modernidad, el otro del Uno es destituido de su plenitud ontológica y reducido a cumplir con la función de alter, de otro del Uno como representante y referente de la totalidad. Este papel de Otro (femenino, no blanco, colonial, marginal, subdesarrollado, deficitario) como han mostrado Edward Said y una generación entera de teóricos postcoloniales, pasa a constituir-se en la condición de posibilidad para la existencia del Uno (sujeto universal, humano generalizable, con H) (p. 94).

Lo que Segato menciona va muy cercano a la noción de la otredad que he abordado en todo este subcapítulo, particularmente cuando menciono el discurso que la heteronorma ha construido sobre las disidencias sexo-genéricas como otredad. Esto es muy importante ya que ella va tejiendo cómo ese Uno, sujeto universal, es quién toma la esfera de lo “público”, y en ese sentido, se enuncia como sujeto natural del espacio político, es decir, de todo aquello que se vuelve relevante en el sistema social. Más adelante, lleva ese análisis a los procesos de disciplinamiento que suceden hacia todos aquellos que son tomados bajo el papel de otredad. Segato (2016) pone en el centro el hecho de que hay una contundente minorización hacia las violencias y crímenes que suceden tanto a mujeres como crímenes de homofobia, y que en ese sentido:

(...) se pasa por alto que todas esas violencias a «minorías» no son otra cosa que el disciplinamiento que las fuerzas patriarcales nos imponen a todos los que habitamos ese margen de la política. Se trata de crímenes del patriarcado colonial moderno de alta intensidad, contra todo lo que lo desestabiliza, contra todo lo que parece conspirar y desafiar su control (...) (p. 96).

Esa última parte es muy importante si consideramos lo que Chispa, Kao, Castiel, Josan y Stayku representan para el sistema de dominación patriarcal, y cómo desde sus corporalidades, identidades y expresiones de género que se fugan de una cisheteronorma, están desafiando al sistema. Siguiendo con Rita Segato, también añade que, todas las violencias ejercidas son una forma de estructurar y disciplinar la vida, y que lograr rastrear la historia del patriarcado conlleva navegar en la historia de lo público. Por lo que, entender las violencias de género que se viven actualmente, da cuenta del panorama que atravesamos socialmente hoy. Cerrando con todas las aportaciones que recupero de Rita Segato, me resulta particularmente muy importante para mí investigación el que ella muestre esos actos violentos y de alta crueldad como una misoginia que se desborda de una realidad binaria, cisgénero y biologicista, y que tiene que ver con todo un entramado social:

De algo tengo certeza: para pensarlo, tenemos que retirar del gueto el problema de la mujer, pensarlo entrelazado como cimiento y pedagogía elemental de todas las otras formas de poder y subordinación: la racial, la imperial, la colonial, la de las relaciones centro-periferia, la del eurocentrismo con otras civilizaciones, la de las relaciones de clase (p. 98).

Esto que dice Segato se entrelaza mucho con lo que Chispa comparte en sus relatos, y con la forma en la que ella percibe lo que sucede actualmente en la ciudad de Puebla, e incluso, con lo que ella ubica como un estado de excepción donde se violenta, agrede y acaban con vidas, por ejemplo el caso de los transfeminicidios, bajo el cobijo de todo un sistema de impunidad e injusticia.

Al mismo tiempo, es a partir de esos actos de alta violencia y misoginia que nombra Rita Segato, que encuentro una pauta importante para tejer lo que comparte Castiel respecto a las negociaciones que él debe hacer:

Es rarísimo que use faldas, aunque me gusten mucho, por lo mismo, porque de por sí ya batallo a veces con que me lean como hombre y pues con falda sería más difícil, pero también lo hago por inseguridad, porque sé que si me lean como

mujer, y con falda, es más posible que me molesten en la calle o que me hagan algo. Entonces cuando uso falda es para estar en mi casa o porque sé que viajaré en el auto de mi novio. (Castiel, comunicación personal, 26 de julio del 2023).

Estas negociaciones que Castiel debe realizar cotidianamente en cada momento que decide salir a la calle, tienen que ver, entre muchas cosas, directamente con un tema de percepción del peligro, es negociar para correr el menor riesgo posible. Continuando con lo que Castiel narra:

Ser un hombre trans y andar por la calle creo que implica muchas cosas negativas porque no es como que pasa algo y lo ligo directamente a que soy trans de inmediato, sino que lo voy pensando de acuerdo a las decisiones que tengo que tomar. Por ejemplo, pienso en cosas tan sencillas o tontas como el largo de mi cabello, porque sé que eso puede hacer que me lean como mujer o incluso como hombre trans pero que puedan jalarme o algo. Entonces sí pienso mucho que ponerme de ropa, y si voy a estar por alguna zona que me genera temor entonces no me vestiré como hubiera querido, aunque vaya acompañado de amigxs. Lo que a veces hago es que me pongo algo encima que me cubra y ya que estoy en un lugar que considero más seguro o acompañado entonces me lo quito. (Castiel, comunicación personal, 26 de julio del 2023).

Las negociaciones que les participantes comparten tienen que ver con la forma en que ellos deben gestionar sus tiempos, su forma de vestir e incluso con la manera en la que presentan su corporalidad a través de una expresión de género. Kao, por ejemplo, comparte cómo han sido para él las negociaciones hilando la forma en la que se viste, su expresión de género y su identidad:

Antes no podía usar playeras pegadas porque se notaban los pechos, entonces ahorita, después de la mastectomía, puedo usar playeras sin que sienta que algo se puede ver, quizás lo único que se vería son las cicatrices, pero bueno. Últimamente he estado usando muchas bermudas, pero antes no, porque para mí el que se notara el pecho y usar bermudas iba a ser un choque en la expresión de género y eso me resultaba incómodo, antes por ejemplo tampoco me dejaba la barba. Hoy no es una preocupación qué me voy a poner. (Kao, comunicación personal, 23 de julio del 2023).

Las experiencias tanto de Kao, como de Castiel entrelazan no solo la experiencia corporal sino también la espacial. Para profundizar en esto recupero a Marce Joan y Francisco Fernández, quienes describen en su texto “Geografía Trans\* en Latinoamérica. Intersecciones y horizontes de un programa de investigación en construcción” (2023) lo

significativo que ha sido para la geografía, como disciplina, el reconocer que las experiencias de disidencias sexo-genéricas dan un aporte, reflexión y análisis desde otros lados. Ellos, muy cercano a lo que yo propongo aquí, dan cuenta de que las geografías de género, así como las geografías feministas, se han concentrado en la experiencia binaria de mujeres cisgénero y hombres cisgénero. Para ellos las geografías cuir y las geografías de las sexualidades abren el debate y el análisis para abordar no solamente la experiencia no heterosexual, sino la experiencia de corporalidades que habitan y viven una expresión e identidad de género diferente a la que se les ha sido asignada al nacer.

Marce Joan y Francisco Fernández también apuntan hacia algo muy importante, que es dar cuenta del entramado de patriarcado, capitalismo y colonialismo en el espacio urbano. Reconocen que las luchas feministas, los feminismos negros, así como los enfoques interseccionales dieron pauta a reconocer que las violencias machistas atraviesan a diversas corporalidades. En este señalamiento ellos también dan cuenta de un argumento fundamental para mi investigación, y es el que, para abordar las geografías de las sexualidades se han tenido que construir marcos analíticos propios desde cero, basados en la experiencia de quienes lo han vivido, al volverse insuficientes las conceptualizaciones que muestran las dinámicas de poder que se dan entre hombres y mujeres heterosexuales y cisgénero. Por lo que construir esos marcos analíticos lleva tiempo y un ejercicio constante de visibilización.

Las geografías de las sexualidades le han dado una pauta muy importante a mi investigación para poder hilar lo espacial con la experiencia trans y no binaria, permitiendo una lectura mucho más completa y compleja que busca salir del marco binario y heterosexual. En palabras de Marce Joan y Francisco Fernández (2023):

Pensar los espacios en los que se desarrollan y han desarrollado las vidas de travestis, transexuales, personas trans y no binarixs es útil, pero mucho más si logramos construir una problematización sobre cómo esos espacios habitados se

hacen carne, disciplinan, constriñen la experiencia trans\* o bien admiten resquicios donde lo trans\* se hace posible (p. 92)

Lo que ellos mencionan tiene que ver con la experiencia vivida que haga posible que los marcos de referencia se expandan y visibilicen todas esas existencias que han quedado a los bordes.

Siguiendo con las geografías de las sexualidades, Magdalena Moreno (2023) escribe en “Construir espacios urbanos desde las geografías de género y de las sexualidades” que analizar a la sociedad en términos de género no tendría por qué ser entendido como visibilización solo de las experiencias de mujeres cis, sino de incorporar perspectivas de personas con diversas identidades de género; por lo que su propuesta va en torno a pensar y construir un análisis más bien relacional en el que se muestre como la dimensión espacial está tejida a partir de normas y reglas.

En ese sentido, Magdalena Moreno (2023) va tejiendo que a partir de la teoría queer es que se tienen pistas muy importantes para darle otra mirada a las geografías de las sexualidades, esto permite:

(...) mostrar que un mismo espacio físico adquirirá diferentes significados para cada colectivo según su posicionalidad con respecto a los sistemas sociales dominantes (cisheteropatriacado, adultocentrismo, capacitismo, entre otros) y la importancia de considerarlos al momento de diseñar, construir y habitar el espacio urbano (p.101)

Siguiendo lo que ella dice respecto al significado que el espacio adquiere de acuerdo a cada corporalidad, recupero las narraciones de Josan cuando comparte lo que él encuentra en su experiencia particular:

Es importante decir que igual puedo hacer ciertas negociaciones con el espacio porque soy leídx desde una corporalidad masculinizada, o muchas veces como hombre, sí femenino, pero al final como hombre, entonces no creo que yo tenga tantos problemas como lo tendría alguna persona con una corporalidad más feminizada. Sí tengo características corporales como mi estatura, mi voz, complexión que son leídas más como feminizadas, pero también soy leídx como hombre. (Josan, comunicación personal, 7 de julio del 2023).

La forma en que les participantes hablan sobre lo que se negocia y disputa, y lo que ya no es negociable es muy clara. Cada uno de ellos comparte las diferentes formas en que las negociaciones muchas veces son necesarias para cuidarse y protegerse, así como la manera en que las disputas se encuentran casi de forma intrínseca en su paso por la calle.

Cierro esta parte compartiendo de forma hilada las reflexiones de Chispa, Josan y Castiel sobre negociar y disputar el espacio desde sus experiencias:

Chispa:

Mmm creo que llevo mucho rato en una disposición muy grande de no permitir que otros pasen por encima de mí en un sentido que me agredan en cualquier sentido; entonces justamente tiene como dos años y medio más o menos que decidí liberar mi expresión de género. Por ejemplo, que yo siento que ya había reminiscencias, pero, bueno, tampoco me gusta tanto esa palabra de libertad, pero justamente creo que mi comodidad es algo que no estoy dispuesta a negociar, más bien me gusta mucho pensar en que busco generar mi comodidad y la de otros de forma colectiva. (Chispa, comunicación personal, 2 de agosto del 2023).

Josan: “Es algo que he ido trabajando, pero hoy lo pienso así: ya no me voy a ajustar al espacio pase lo que pase”. (Josan, comunicación personal, 7 de julio del 2023).

Castiel:

Desde el inicio en casi todos los espacios donde me presento dejo claro que soy trans, que soy hombre y que uso pronombres masculinos, más que nada porque creo que es un filtro para saber cómo se va a portar la gente y saber si me interesaría o no conocerles. No es que quiera presumirlo o que todos sepan, a veces creo que piensan eso que queremos que siempre sepan o decirlo en todos lados, pero no. Eso y también decir que soy gay también es importante para mí, aunque casi todos mis amigos son de la comunidad. (Castiel, comunicación personal, 26 de julio del 2023).

### 2.3 Disputas y negociaciones desde la vida cotidiana

Para volver a hablar de la vida cotidiana, ahora desde las experiencias de las disputas y negociaciones que Kao, Chispa, Castiel, Stayku y Josan hacen, quisiera regresar al debate sobre separar dicotómicamente el espacio en las categorías de lo público y lo privado. Las narraciones de los participantes dan cuenta que dividir sus experiencias en

dos categorías, sobre lo público y sobre lo privado, sería sumamente complejo. Evidentemente hay experiencias que tiene una focalización mucho más específica y que dan sentido a la espacialidad pública, sin embargo, la cotidianidad de sus vidas se teje en una dinámica que va de lo público a lo privado y viceversa, por el hecho de que, tanto sus identidades como expresiones de género, también son algo que van tejiendo en una dinámica que se da de la misma forma, y no en una dinámica dicotómica con fronteras marcadas.

Para abordar esto recurro al texto de Leonardo Javier Giaimo (2022), “Inequidades en el derecho al hábitat. Reflexiones sobre el sistema de violencias en el espacio público y la falta de acceso a la vivienda del colectivo LGBTI+”, en donde describe que el ejercicio de organizar la experiencia, y sobre todo las violencias, en categorías separadas desde espacio público y espacio privado se vuelve una trampa al momento de hacer un análisis mucho más panorámico respecto a un sistema patriarcal, colonial y heteronormativo, que atraviesa las dinámicas cotidianas de las disidencias sexo genéricas. “Una consigna de las ciudades pensadas en clave patriarcal que despolitiza al espacio privado –al hogar ya lo doméstico-- y lo relega al ámbito de lo reproductivo, tareas históricamente utilizadas a mujeres, corporalidades e identidades feminizadas” (p. 2). Es decir, que esta dicotomía fragmenta el análisis y al momento de categorizar se pierden muchos detalles relevantes que tienen que ver con la imbricación de lo que se vive en lo público y lo que se vive en lo privado. Como he mencionado anteriormente, es la clave de vida cotidiana lo que me permite entrelazar las experiencias de los participantes y desmontar esa fragmentación tan común en los análisis que se hacen cuando se habla de las experiencias vividas en el espacio urbano, la ciudad y la calle.

En ese sentido encuentro que, describir la vida cotidiana, la propia o la de alguien más, demanda un ejercicio en el que se visibilizan los cruces que suceden entre lo público

y lo privado de forma diaria. Para ello, recupero un fragmento de lo que Stayku comparte acerca de las negociaciones cotidianas que ha tenido que realizar a partir de ser una persona no binaria:

He intentado mantener la parte de mi vida de nombrarme como no binarie lejos del trabajo y crear un personaje que es el que va a trabajar, que es aburridx, que no le gusta la fiesta, no bebe, que habla muy cordial y que tolera todo. Pero llegando a mi casa suelto las emociones sobre todo lo que dicen y no me parece. Esos comentarios lgbtfóbicos que dicen enfrente de mí sin saber que también tienen que ver conmigo. Ahora que me auto empleo me siento más libre de mostrar mi identidad, pero antes era algo que me daba mucho miedo compartirlo por los comentarios que salieran. Nunca fueron un espacio seguro para mí los trabajos. (Stayku, comunicación personal, 17 de julio del 2023).

Esta parte de la narración de Stayku muestra como elle tiene que hacer negociaciones sobre su identidad y expresión de género que, al ser relatadas, sobrepasan los bordes de lo público separado de lo privado. Es una negociación que se gesta desde elle y desde sus espacios privados, pero como respuesta a todo un sistema cisheteronormativo que se teje entre lo público y lo privado. En relación con esto, Leonardo Giaimo (2022) hace referencia a que, es a través de la dicotomía de lo público y lo privado, donde se refuerzan los imaginarios sobre lo masculino y lo femenino, en donde se afianza una domesticación de lo cuir, y donde la espacialidad funge como cómplice de esas imposiciones.

Giaimo (2022) señala también que el sistema productivo está en crisis, y que las ciudades, tal como las conocemos y habitamos, son un espacio donde se reproducen las violencias y expulsiones de todo aquello que es entendido como la otredad:

La normalidad es violenta para las corporalidades, identidades y expresiones que desobedecen los mandatos patriarcales, las prácticas de consumo capitalistas, las reglas de la capacidad, etc. Debemos seguir disputando los territorios, las ciudadanías, las domesticidades y todas las espacialidades que habitemos (p.2)

Esa disputa que él señala es también parte del proceso que nombra cómo la domesticación de lo cuir, en donde la cisheteronorma, desde una imbricación que se teje y reafirma estrechamente entre lo público y lo privado, reitera el deber ser de las

categorías hombre y mujer. A partir de los relatos de las experiencias cotidianas de Kao y Castiel, como hombres trans, se desprende un análisis muy importante: las transmasculinidades y su forma de reinterpretar lo que para ellos significa ser hombre también como una forma de disputar el espacio. Comparto un fragmento donde Castiel narra su experiencia sobre esto:

Creo que, como hombre trans, no estoy dispuesto a ceder en cosas como estereotípicas de los hombres, como de ser machista, por ejemplo, cuando me subo al camión y me siento, procuro no ir aplastando a la persona de a lado con las piernas abiertas, son cosas que me parecen mal entonces no las hago. Porque no es necesario ser una persona horrible y replicar estereotipos que no me parecen, para demostrar que soy hombre. (Castiel, comunicación personal, 26 de julio del 2023).

Las reflexiones y posicionamientos de Castiel y Kao son una pauta fértil para dar cuenta de que es posible construir otros imaginarios relacionales y afectivos a partir de reconsiderar todo aquello que ellos ya no quieren replicar y que no impida que habiten sus identidades de hombres. Castiel lo nombra de forma muy contundente en actos tanto cotidianos como estructurales, y en sus propias narraciones se encuentra una disputa directa hacia toda una estructura cisheteronormativa y también patriarcal. Continuando con las narraciones, comparto ahora un fragmento de la experiencia de Kao:

Creo que una de las cosas más difíciles en las que no quiero ceder es que no tengo, ni quiero, comportarme como un ser masculino tradicional, pero también sé que eso va a implicar que me critiquen y que me vean raro o, incluso, que piensen que no soy capaz de ser un hombre. (Kao, comunicación personal, 23 de julio del 2023).

La disputa que Kao menciona se extiende a todos los ámbitos de su vida cotidiana, en dónde él sabe que la masculinidad hegemónica, incluyendo el pacto patriarcal que se le demanda, le exige que su transición incluya el reproducir las normas heteronormativas y violentas. Como parte de su disputa cotidiana, Kao apuesta por construir otras formas de habitar la masculinidad que pongan en tensión todo aquello que él no quiere replicar:

Otras de las negociaciones que busco es pensar en una masculinidad más femenina, por ejemplo. Muchas veces de forma intencional en la calle hago un

poco de visiones, o algo como cantar canciones que son pensadas más desde lo femenino y bailarlas, o expresarme como me nace en ese momento en la calle y hacer actos que no son catalogados como “masculinos” o como “serios”. Eso todavía me cuesta, pero lo hago, permitirme no ceder esa parte. (Kao, comunicación personal, 23 de julio del 2023).

Para las reflexiones que comparten Kao y Castiel se vuelve importante regresar a Sara Ahmed (2015) y “La política de las emociones” cuando aborda el tema de la heteronormatividad impuesta:

Es importante recordar que la heteronormatividad se refiere a más que la simple presuposición de que es normal ser heterosexual. La "norma" es reguladora y se apoya en un "ideal" que asocia la conducta sexual con otras formas de conducta (p. 229).

Es decir que es todo un sistema que va más allá de solo imponer la heterosexualidad como orientación sexual. Sara Ahmed (2015) lleva la reflexión más allá al hacer hincapié en todo aquello que está envuelto en la heteronormatividad y la forma en que este sistema también moldea cuerpos y afectividades. Para ella, el ejercicio cotidiano de asumir la forma relacional de hombre y mujer incluso en las conversaciones más informales es otra manera de imponerse: “Claro que esa sentimentalidad está profundamente insertada en la cultura pública, así como en la privada, pues los relatos de romance heterosexual proliferan como si fueran asuntos de interés humano” (p. 226).

En sus narraciones, Stayku habla sobre las disputas y negociaciones cotidianas que vive, y que van muy cercanas a las reflexiones que Sara Ahmed hace:

Cuando tengo parejas con las que somos leídxs como heterosexuales no hay problema en nuestras interacciones, lo más que hacen es que nos ven con extrañeza y ya. Pero cuando salgo con personas que se nos lee como homosexuales la interacción es muy diferente, la reacción, mirada y comentarios de las personas son desagradables. (Stayku, comunicación personal, 17 de julio del 2023).

Los afectos y relaciones cuir son parte de una disputa contundente que también se da de forma muy estrecha entre lo público y lo privado. Castiel comparte cómo ha sido su experiencia al momento de mostrar sus afectos en la calle:

Si salgo con mi novio, soy más consciente de que podríamos enfrentarnos a algún tipo de homofobia, que nos digan algo o nos vean de mala forma. Alguna vez un día que íbamos caminando escuché a unas personas que pasaron junto y dijeron, así como sorprendidas “¿ya viste, es hombre?” cuando se fijaron en mí. (Castiel, comunicación personal, 26 de julio del 2023).

Las emociones que producen los espacios son una pauta importante para trazar los desplazamientos cotidianos, es decir, la forma en que nos movemos ya sea caminando, en bici, en transporte público o en autos privados, por la ciudad es ya una forma de mapear. Lo que comparte Castiel precisamente tiene que ver con saber que, si va acompañado de su novio, su forma de moverse es diferente, debe ser mucho más cuidadosa pensando en la seguridad de ambos.

#### 2.4 Reflexiones parciales del capítulo

Hasta aquí, lo que he compartido durante este capítulo, es la forma en que los participantes encuentran en las calles de la ciudad de Puebla espacios de disputas y negociaciones hacia un sistema cisheteronormativo, patriarcal y colonial que se cuele en un ir y venir entre los espacios que son catalogados como privados y los que son catalogados como públicos. Esto último hace mucho más evidente la necesidad de seguir problematizando el espacio urbano a través de categorías que no repliquen un análisis fragmentado.

Los relatos de Chispa, Castiel, Kao, Stayku y Josan han mostrado que efectivamente las calles de la ciudad de Puebla no son espacios neutros, que hay una contundente violencia que se focaliza en todo aquello que es codificado como otredad, haciendo hincapié en las experiencias de disidencias sexo-genéricas, pero no exclusivamente, a partir de una estructura binaria cisgénero que impone a la heterosexualidad como forma única relacional y afectiva. Sus relatos, compartidos desde lo más cotidiano de sus vidas, también muestran como sus propias experiencias son una forma de mapear la ciudad a partir del miedo, de la precaución y muchas veces de la

percepción de inseguridad. Cierro este capítulo recordando que la disputa en la ciudad está viva, que es una exigencia colectiva, y que apuesta por desmotar la violencia a través de la cual la propia ciudad se propaga. En palabras de Leonardo Javier Giaimo (2022): “Para alzar la voz, allí también. Ahí donde decimos que no es ciudad si no es para todes” (p. 2).

Si la estrategia colectiva, cuir, antipatriarcal y anticapitalista apuesta por desmotar la violencia de la ciudad desde otros lados que no sean replicar esas mismas violencias, se vuelve importante también hablar de la resignificación y reapropiación de las calles. De tejer memorias que cuenten, desde las propias voces de quienes están disputando desde la corporalidad, que hay contundentes acciones que se realizar por darle la vuelta a las ásperas dinámicas de los espacios urbanos en la ciudad de Puebla. En el próximo capítulo comparto cómo Castiel, Josa, Kao, Chispa y Stayku viven también experiencias que se tejen colectivamente para resignificar el espacio y dar cuenta que, para hablar de la ciudad, la calle y los espacios urbanos no solo se trata de abordar las violencias, sino también todo lo demás que está ya sucediendo para contrarrestarlas.

Mi ideal sería un día detenernos y parar el tránsito en una o muchas calles y poder dialogar ahí, en ese momento, trata de negociar el espacio, pero es que son lugares en los que no puedes existir si no sigues el flujo de los coches, por ejemplo, y que hay severas penas para quien se atreva a oponerse a las dinámicas de los espacios, Puebla es mucho así. (Chispa, comunicación personal, 2 de agosto del 2023).

### Capítulo 3. Resignificaciones

Uno de estos días,  
me permitiré la rabia  
perderé el miedo de mi incendio  
y alumbraré esta ciudad.  
(Arango, 2022, p.95)

Los relatos que nacen a partir del testimonio que elabora la experiencia vivida emergen como prueba de que la producción de memoria colectiva es también un campo de disputas. Con esto quiero decir que el testimonio se va abriendo paso para reapropiarse

del uso de la palabra en un movimiento que irrumpe con las narrativas despersonalizadas y hegemónicas, las cuales filtran lo que permanece en la memoria social, y lo que se queda en los bordes. Por lo que, como he repetido a lo largo de toda esta investigación, tejer una memoria a partir del orden que la persona relatora elige, resaltando lo que considera más relevante, así como añadiendo la emocionalidad que esto le genera, es otra forma de disputar y resignificar la voz propia como válida. En el primer capítulo abordé de forma más profunda la razón por la cual escogí los relatos de vida como herramienta metodológica primordial de mi investigación, también, aclaré que esa decisión apunta directamente a proponer otros caminos para la producción de conocimiento en donde el sujeto tenga mayor protagonismo. Esto último se vuelve ya en sí una disputa hacia las formas de producir conocimiento que le dan un tratamiento de poca rigidez, poca fiabilidad y poca seriedad a los métodos biográfico-narrativos.

En este tercer y último capítulo quiero mostrar que, a través de un largo camino de escucha, elaboración y análisis de los relatos que Chispa, Kao, Stayku, Castiel y Josan han compartido conmigo, encuentro varias pistas respecto a los procesos de resignificación que ellos tejen desde su cotidianidad. En el proceso de reconocerlos y relatarlos desde su voz propia hubo un hallazgo importante: la resignificación no es algo acabado, cerrado o efímero que sucede en un acto momentáneo, sino que son diversos procesos alimentados muy a tientas, a sus propios tiempos, en un ir y venir estrecho entre lo colectivo y lo personal.

En ese sentido, entiendo el acto de resignificar como movimientos y acciones concretas que buscan desplegar otras formas de significar algo contrario a cómo se ha interpretado o nombrado hasta ese momento. El acto de resignificar es movimiento en tanto busca una nueva inscripción que no pretende borrar el hecho de que hubo algo anterior, porque es precisamente ese movimiento de significar sobre lo anterior, en donde

se encuentra su fuerza. Esa *re-significación, re-interpretación, re-apropiación*, trae consigo una intención contundente que anuncia la necesidad de encontrar otras formas para nombrar aquello que, de alguna forma, se disputa. Por lo que se vuelve un constante ensayo de superponer significados.

Para el caso específico de mi investigación, escribir acerca de resignificar apunta a varias cosas. En un primer momento apunta a resignificar el acto de relatar en primera persona una serie de acontecimientos que reflejan una realidad cotidiana situada desde la experiencia trans y no binaria. Es decir, en tensión con los discursos de la cisheteronorma, los relatos desde la experiencia trans y no binaria funcionan como testigos de formas concretas de vida que han sido invisibilizadas o que han quedado al margen como posibilidades de ser vividas. Es a partir de ello que comenzaré este capítulo, con el objetivo de generar una escritura circular en donde vuelvo al punto inicial de esta investigación en donde abordé los relatos de vida y la importancia que tiene el poner en el centro la experiencia vivida desde la propia voz de quienes la comparten. Retomo los relatos de vida ahora como una forma de resignificar la experiencia y de proponerlos también como un ejercicio político de tejer una memoria colectiva de la experiencia trans y/o no binaria. Seguido de esto, en el segundo apartado, abordo la resignificación como posibilidad de mostrar que los episodios de violencias, de borrado de existencia y de malestar o dolor no lo son todo en la vida cotidiana de Chispa, Kao, Stayku, Castiel y Josan. En sus narraciones se encuentran destellos de cobijo, sentido de lucha por una vida digna, libertad y alegrías en diversos actos que ellos mismos propician o buscan tejer en las calles. La resignificación también la encuentran en un lugar común que se manifiesta a través de espacios o calles concretas de la Ciudad de Puebla. Parte de relatar esos momentos es ya en sí una resignificación de sus vidas. En el anterior capítulo abordé las diversas formas en que los participantes ubican y viven la disputa dentro de su

vida cotidiana en la ciudad de Puebla, y también cómo la perciben a partir de sus corporalidades. Como continuidad de ello, en este capítulo tejo las formas en las que ellos ubican que hay posibilidades contundentes de dar un significado mucho más cercano y seguro de las calles y de sus desplazamientos cotidianos.

Finalmente, para cerrar este capítulo, presento las narraciones que dan cuenta de las diversas formas en que los participantes encuentran una resignificación del espacio, es decir, de las percepciones que las calles de la ciudad de Puebla les generan. Esto puede ser un acto propio, colectivo o algún tipo de intervención que alguien más hizo, pero que para ellos transforma el significado de la ciudad haciéndoles sentir que pueden apropiarse del espacio.

### 3.1 Hacer uso de la voz para resignificar la memoria trans y no binaria

Regreso al análisis de los relatos en primera persona, y recurro a la figura que Anabel Moriña (2016) llama como “testigxs expertxs”. A partir de ello encuentro el primer acto de resignificación en el uso de la voz propia de cada una de los participantes, lo ubico como un acto que nace desde atestiguar vidas que le dan la vuelta a la cisheteronorma y que, en ese movimiento constante de nutrir y tejer sus memorias propias desde lo trans y la no binariedad, también se genera una implicación corporal de la experiencia vivida. Esto quiere decir que posicionar la corporalidad disidente en la calle y desplazar una vida cotidiana por diversos espacios genera una disputa y una forma clara de atestiguar, con el propio cuerpo, la existencia de lo diverso.

Para indagar de qué forma Chispa, Kao, Josan, Castiel y Stayku producen ya sentidos de resignificación desde el momento en que son testigxs expertxs que narran sus propias experiencias, encuentro en Ernesto Meccia (2020) algunas propuestas importantes. Meccia comienza por tejer muy fino a qué se hace referencia cuando se dice que contar *algo* es una narrativa. Para ello, contrapone los ejercicios de crear una

narrativa y de crear una crónica. Mientras la crónica responde a un intento de enunciar sólo los hechos, sin ningún otro tipo de información, y hacerlo de forma cronológica; la narrativa atiende otros deseos mucho más profundos y reflexivos, en palabras de Meccia (2020): “La gente cuenta su vida para valorarla” (p. 65).

En la narrativa, cuando se escucha la experiencia directa de la testigo, no hay forma realmente de saber si el orden a través del cual relata su historia fue así, tampoco hay forma de comprobar que sus memorias siguen intactas y que lo sucedido pasó exactamente de la forma en la que lo está narrando. Pero comprobarlo no es lo relevante, porque quien busca las narrativas de la voz propia de aquellos que cuentan sus vidas, lo que obtiene es la significación de lo acontecido y no una lista de hechos contados cronológicamente. Esto quiere decir que, situando lo anterior en mi investigación, los relatos de vida comenzaron siendo una herramienta muy poderosa a nivel metodológico, así como una apuesta epistemológica importante; pero que más adelante, conforme les participantes se iban narrando a sí mismos, me di cuenta de que también estaban ya haciendo un acto de resignificar y de ir tejiendo (se) sus propias memorias desde una vida trans y/o no binaria. Esto es relevante en tanto, como dice Meccia (2020), “Si no nos narráramos, no sabríamos quiénes somos ni cómo son quienes nos rodean ni cómo es el mundo” (p.66).

Para ello, Ernesto Meccia (2020) hace uso de dos conceptos que retomo, el de “vida experienciada” y “vida narrada”. La vida experienciada sucede a través de significar una serie de hechos o acontecimientos de la vida. Es decir, la elaboración del malestar, del sentimiento y de la afección que un hecho cualquiera produce. Para este punto vuelvo a Josan cuando narra cómo después de haber pasado por diversas etapas de reflexión de lo vivido, puede resignificar los hechos tras tomar distancia en el tiempo:

Ahora en esta resignificación es que puedo jugar más con el cuerpo y mi expresión, con identificarme como un hombre femenino desde lo no binario, que me lean a veces como un cuerpo femenino y genere reacciones en la gente desde ahí. (Josan, comunicación personal, 7 de julio del 2023).

En relación con las anteriores narraciones de Josan, encuentro que para él los procesos a través de los cuales ha resignificado su corporalidad, identidad y expresión de género no se tratan de un momento efímero, cerrado o acabado, sino de varios procesos que se acompañan como actos de significar sobre aquello que antes le detonaba malestares.

Ahora, ¿cuál es el puente entre el acto de resignificar y nombrar la resignificación? Lo que Meccia (2020) propone con el concepto de “vida narrada” es que la posibilidad de significar el hecho es algo diferente a comunicarlo. Para él, el acto de poder comunicar públicamente una narración propia es ya en sí un “logro social” (p. 64) desde el punto de vista de que, en esta disputa contra las narrativas hegemónicas, no todas las vidas son valoradas como importantes y no todos los espacios son abiertos a las narrativas que no se ajustan al canon hegemónico, por lo que no todas las personas han contado o cuentan con el derecho de ser escuchadas. En el caso de mi investigación, encuentro aquí el siguiente momento importante de recuperar los relatos de vida de los participantes y que el hecho de compartir algunas partes de sus historias de vida sea parte de nombrar esa resignificación.

A partir de situar las propuestas de Ernesto Meccia en mi investigación, tejo la siguiente propuesta. La vida experienciada propone un momento de ruptura con el entorno en donde la corporalidad trans y no binaria se posiciona, y a través de la experiencia (de posicionar la corporalidad) va significando lo que sucede, desde la disputa, pero también desde la resignificación. Lo que he compartido de las narraciones de Chispa, Kao, Stayku, Josan y Castiel, dan cuenta de reflexiones profundas que han tenido con ellos mismos en un constante ejercicio de resignificar sus identidades y

expresiones de género que escapan de la cisheteronorma. Reflexiones que también se nutren mucho desde la experiencia cuir, de la ambigüedad o no identificación. Estas son practicadas o ensayadas cotidianamente como respuesta en contra de un contrato heterosexual que también ejerce su dominio en los actos más cotidianos. Con esto quiero decir que, rastreando en los relatos de los participantes, y de acuerdo a lo que he compartido, encuentro que el posicionamiento mismo de la corporalidad trans y/o no binaria en la calle es ya un acto de resignificar la existencia por todo lo que ese acto trae consigo más allá de ese momento específico de aparición.

Por otro lado, como parte del proceso sucede también el acto de narrar con otros la experiencia vivida. La narración que sale y se abre paso en diversos espacios conlleva los procesos de elaboración de la experiencia al mismo tiempo que la resignificación por el uso de la palabra. Lo que Meccia (2020) nombra como “logro social” (p. 64) yo lo encuentro en mi investigación de forma muy clara en el momento en que cada una de los participantes relata y comparte sus vidas cotidianas, así como en la forma en que ellos perciben al espacio urbano, la afectividad que éste les produce y las sensaciones que tienen de ellos mismos desplazándose por las calles.

Para continuar con los relatos de Josan y encontrar cómo se entrelazan con el concepto de “vida narrada” comparto un fragmento en donde él relata parte de su proceso de reflexión y de esa unión entre elaborar la experiencia y comunicarla:

La última vez que hablé contigo te decía que estaba en un momento de experimentar de a pocos con mi expresión de género, con cosas que usaba para vestirme, con cómo me sentía al respecto y cómo es que percibía a las personas, o bueno sus reacciones, principalmente en el trabajo o en el transporte público. Bueno ahora ya no estoy ahí, ahora como que me estoy atreviendo a vestirme diferente porque antes pensaba que seguro me aventarían piedras si me vestía así, como que ya salgo con las uñas pintadas, con pantalones falda o faldas largas, y ya me siento mucho más en esa etapa de no solo explorar sino de tomarlo y mostrarlo. (Josan, comunicación personal, 7 de julio del 2023).

Lo que Josan comparte se vuelve muy importante en tanto da cuenta de que el proceso de resignificación está vivo y está sucediendo en su cotidianidad. Pero además muestra que el comunicar y elaborar la experiencia vivida es también un acto de resignificar. La pregunta que se disputa en esta parte tiene que ver con quiénes han sido históricamente validades para contar sus historias y experiencias de vida y quiénes no. Lo que yo llamo, a lo largo de mi investigación, como las historias que han quedado al margen de las narraciones hegemónicas. En este ejercicio de resignificar a través de comunicar la narración se abre la posibilidad de reivindicar lo que se reconoce y expresa acerca de las experiencias de vida de las disidencias sexo-genéricas tomando, o disputando, el uso de la voz sin necesidad de otros que les interpreten sus propias experiencias.

Siguiendo ese camino, quiero proponer dos cosas que también se desprenden de mi análisis. Por un lado, reflexionar sobre lo que he mencionado desde el inicio de este capítulo respecto a la figura del testimonio como posibilidad de resignificación. Y, por otro lado, analizar de qué manera los testimonios, en el acto de resignificar, pueden también producir una memoria colectiva al momento de elaborar, nombrar y enunciar sus experiencias. Ambas propuestas se encuentran imbricadas, ya que, hablar sobre la figura de lx testigx es también hablar sobre la memoria que elle porta y la manera en que su relato puede hacer justicia a todo aquello que hasta ese momento ha quedado silenciado o invisibilizado intencionalmente. O peor aún, etiquetado como anormal, raro o malo.

Para abordar la figura del testimonio recupero a Guillermo Bustos (2010), quien trabaja un proceso de rastreos en donde ubica que los testimonios toman mucho protagonismo tras los periodos de regímenes fascistas. Para el caso de América Latina el arco temporal lo ubica desde los años setentas del siglo XX. Él describe que esos procesos, tras haber dejado a las víctimas sin nada más que sus propias memorias y

vivencias, son también parte del giro epistemológico del retorno a *l'x* sujetx. “El testimonio lleva la impronta de un tipo de relato estructurado en primera persona, que daba cuenta de una experiencia apremiante, vivida en carne propia o en proximidad” (p. 11).

Dentro de mi análisis, reconozco que las condiciones históricas desde la que Guillermo Bustos parte son distintas. Sin embargo, encuentro un reflejo entre la imposición del sistema cisheteronormativo que ejerce un control muy puntual sobre las corporalidades, los estilos de vida y de afectos que, bajo condiciones de violencia, moldean vidas y producen discursos de odio contra todo aquello que sale de lo cisgénero y de la heteronorma. El tratamiento que Bustos le da al testimonio como estrategia política frente a los contextos dictatoriales es diferente, pero se asemeja en términos de disputar frente a un sistema hegemónico sedimentado por un largo periodo de tiempo, y sobre cómo esa disputa prefigura una resignificación.

Cuando digo que la resignificación es movimiento a lo que hago referencia es al instante en que esa vivencia se comunica desde la disputa por la palabra, por el nombramiento de la existencia misma, que muchas veces se relaciona con una resistencia constata contra el borrado. Es una forma políticamente activa de no permitir más la negación de identidades y sus formas de vida. Guillermo Bustos señala que a partir del testimonio muchos grupos y subjetividades que han quedado silenciadas logran visibilizar sus historias. Hilando este punto con mi investigación, la figura del testimonio encuentra una conexión directa con la producción de la memoria colectiva trans y no binaria como una respuesta a toda la producción narrativa de la cisheteronorma que la excluye y simboliza como la otredad que debe ser silenciada, etiquetada como anormal y erradicada.

La resignificación a partir de la memoria colectiva de la experiencia trans y no binaria forma parte de muchos ejercicios de auto narrarse, reconocerse y encontrarse con

otres que también lo vivan. Para abordar esto recupero una parte de la narración de Chispa cuando comparte la potencialidad de encontrarse y coincidir con otras personas con quienes comparte experiencias de vida: “Cuando estoy en alguna manifestación o solo haciendo recorridos en la bici tengo un pensamiento muy recurrente de preguntarme, ¿dónde están las demás personas trans en bici?” (Chispa, comunicación personal, 02 de agosto del 2023). El hecho de disputar el derecho a ser escuchado encuentra una contraparte que tiene que ver con el grado de credibilidad que los relatos situados de una sola persona pueden tener. Lo que Chispa comparte se relaciona con la búsqueda de otras personas con quienes espejear la experiencia vivida y con el acto de acompañamiento que desmota el aislamiento en el que las narrativas hegemónicas han querido encasillar a las personas trans y no binarias. Es decir, la narrativa de las disidencias rompe el efecto de aislamiento que ha sido históricamente uno de los principales recursos que las subjetividades hegemónicas (hombres y mujeres cisgénero, heterosexuales, blancos, etc.) han tenido para invalidar la experiencia trans y/o no binaria y marcarla como algo que debe desaparecer en tanto solo quien lo narra lo vive en soledad.

Vuelvo a Guillermo Bustos (2010) para reconocer la tensión que existe en la credibilidad que se le da a quien atestigua sus memorias a partir de narrarlas. Lo que él rescata es que no se trata de comprobar la correspondencia entre lo narrado y lo ocurrido, porque es precisamente en el “error” donde se revela lo complejo de significar la afección, “ni la memoria es la fiel reproducción de la realidad pasada ni el olvido constituye una falla o error” (p.13). Es, más bien, el proceso mismo de elaboración lo que abre la puerta a la resignificación a través de constatar la existencia de otras experiencias. Y es a través de la realización de esas narrativas que el acto de la memoria sucede. Continuando con Bustos (2010):

El testimonio (o acto de memoria) permitió que el testigo retorne a la historiografía (en cuanto historia de la memoria), y que ésta reabra y traslade a un nivel más profundo los anteriores debates de la historia oral, respecto a qué tipo de credibilidad se le puede otorgar a la voz del testigo en el discurso histórico. (p. 12)

Para cerrar este apartado quiero concentrarme en la forma en la que Elizabeth Jelin (2020) expone la relación entre producción y recuperación de la memoria, y cómo ésta se liga al tema de la identidad a lo largo del tiempo.

Elizabeth Jelin (2020) se vuelve un referente importante para mi investigación al momento de ir tejiendo muy fino a qué se hace referencia cuando se habla de la memoria y el por qué la resignificación que encuentro en Chispa, Kao, Castiel, Josan y Stayku se ve tan interpelada por procesos de recuperación de la memoria trans y no binaria. Para Jelin hablar de la memoria, es una herramienta teórico-metodológica en una investigación, pero también puede representarse “como categoría social a la que se refieren (u omiten) los actores sociales, su uso (abuso, ausencia) social y político, y las conceptualizaciones y creencias del sentido común” (p.419). Esa última parte sobre la categoría social es en la que quiero concentrarme para hilarla con mi investigación.

Elizabeth Jelin (2020) pone sobre la mesa el hecho de que la memoria entra en un juego de saberes en donde los recuerdos y los olvidos también tienen que ver con las emociones y que, de forma particular, hay tres consideraciones que deben atenderse al abordarla. Por un lado, propone pensar en el sujeto que teje la memoria o que olvida, considerando que éste puede ser individual o colectivo. Esta primera propuesta se entrelaza con el ejercicio de análisis que busco a lo largo de toda mi investigación, en dónde cada una de las participantes han compartido sus experiencias a partir de lo vivido, de lo recuperado y de lo rememorado, no para que ese sea el ejercicio en sí, sino para que a partir de ello se me permitiera constelar sus experiencias cotidianas entre ellas y generar registros contundentes de sus experiencias de vida como personas trans y no

binarias, por lo que la memoria colectiva se vuelve parte de la recuperación de sus narraciones individuales.

Otra parte de las consideraciones que menciona Jelin (2020) tienen que ver con los contenidos de las memorias, la forma en la que se tejen, desde dónde se tejen a partir de las vivencias personales o vivencias compartidas, los lazos que se juegan, los saberes que se heredan, y también las cuestiones culturales que salen a flote. Y, finalmente, repensar el cómo y cuándo se hace el ejercicio de tejer memorias en un movimiento que trae el pasado al presente para proyectar al futuro. Encuentro particularmente importante ese juego que se hace con los tiempos a la hora de hablar de los trabajos de recuperación de las memorias, los cuales pueden darse de forma totalmente intencionada o llegar a ser parte de los hallazgos tras un ejercicio de análisis, como lo que ha sucedido en mi investigación. El juego del tiempo tiene que ver, de nuevo, con significar a distancia el hecho a través de muchos lentes.

Para el caso de les participantes ha implicado hacerlo a través de un posicionamiento político que se teje, no única, pero sí fuertemente a través de sus identidades y expresiones de género. Es una apuesta política por hacer una ruptura en las narrativas hegemónicas de la cisheteronorma, que Elizabeth Jelin (2020) nombra como: “lo que define la identidad personal y la continuidad del sí mismo en el tiempo” (p. 421). Es decir, no solo se juega la validación de la existencia misma en disputa con las narrativas de odio, sino que se produce una marca intencional en la historia, que es la apertura para que las identidades que han sido señaladas, violentadas e invisibilizadas no tengan que vivirlo más en el futuro.

Para el siguiente apartado quiero tejer muy cercanamente las propuestas de Elizabeth Jelin sobre producción y recuperación de memorias en un análisis aterrizado a las narraciones de les participantes cuando dan destellos sobre lo que implica resignificar

sus identidades y expresiones de género desde las experiencias más cotidianas de sus vidas.

### 3.2 Rastrear la resignificación a partir del encuentro

Abro este apartado poniendo en el centro dos preguntas que a traviesan y dan sentido a este capítulo y en general a toda mi investigación: ¿qué es aquello que nos llama a resignificar?, ¿en qué momento nace el planteamiento de significar, desde otros lados, la vida? Para rastrear algunas respuestas traigo un fragmento de las narraciones de Chispa:

Yo lo que he vivido como mujer trans, en la calle ha sido una lucha constante por una vida más digna y por vidas más dignas desde lo colectivo. Creo que se me ocurren más palabras sueltas como resignificar, okupar, transgredir. Me gustan mucho las nociones de disturbio, revuelta e insurrección y sin embargo creo que yo pienso mucho en esas palabras más como que no impliquen el enfrentamiento físico sino, eso, una resignificación. (Chispa, comunicación personal, 2 de agosto del 2023).

A partir de esta reflexión contundente que Chispa usa como bandera desplegada y brújula de sentido de vida, es que la propuesta de resignificar la encuentro en mi análisis como una forma de ampliar los imaginarios sociales, de fisurar el sistema patriarcal, colonial y heteronormativo que controla los cuerpos, los afectos y las formas de vida en categorías cerradas, binarias, excluyentes entre ellas y dicotómicas. Categorías cerradas como las de hombre y mujer, enmarcadas en un pacto heterosexual, en donde las identidades que escapan de ello y se des identifican de esas categorías se van abriendo espacios a partir de la disputa, a partir de tejer sus propias memorias desde las vidas trans y/o no binarias.

Las palabras de Chispa se construyen desde muchos lados que convergen entre sí y que dan un sentido de fuerza y colectividad al acto de resignificar. Por un lado, ella pone en el centro la apuesta por vidas dignas a partir de la lucha trans que conlleva actos públicos y colectivos. Y muy de la mano, de forma sutil y contundente, hace un llamado a desmontar las lógicas de violencia sin soltar la apuesta política del disturbio.

Volviendo un poco a Elizabeth Jelin (2020) y la pregunta que se hace sobre “el sujeto que rememora y olvida”, preguntándose si es un sujeto individual o colectivo “¿Quién es? ¿Es siempre un individuo, o es posible hablar de memorias colectivas?” (p. 419-420) encuentro en el análisis de las narrativas de los participantes un deseo por tejer sus experiencias a partir de lo colectivo y no solo de la experiencia individual, es decir, en un ejercicio de constelar sus vivencias trans y no binarias. Lo que Jelin discute respecto a que, si es posible hablar de memorias colectivas, tiene que ver con el hecho de que todas las memorias individuales se encuentran enmarcadas en procesos sociales y procesos culturales, por lo que, siguiendo esta propuesta, toda memoria social sería una memoria colectiva. Sin embargo, ella también presenta otra postura respecto a esto, la cual tomo como pauta para mi investigación:

(...) se la puede interpretar también en el sentido de memorias compartidas, superpuestas, producto de interacciones múltiples, encuadradas en marcos sociales y en relaciones de poder. Lo colectivo de las memorias es el entretrejo de tradiciones y memorias individuales, en diálogo con otros, en estado de flujo constante, con alguna organización social —algunas voces son más potentes que otras porque cuentan con mayor acceso a recursos y escenarios— y con alguna estructura, dada por códigos culturales compartidos (Jelin, 2020, p.423).

Lo que rescato de la propuesta de Jelin (2020) es que una memoria colectiva se teje a partir de entrelazar intencionalmente las experiencias, no solo como recolección de hechos que están atravesados por un marco social, sino atendiendo de dónde nace la necesidad puntual de constelar memorias. En el caso de los participantes la resignificación también apunta a una cuestión de no borrado de existencia de las vidas trans y/o no binarias a través de narrar sus experiencias cotidianas, como memorias que perduren y que encuentran un destello de resignificación en lo que perciben como colectivo. Para ello recupero a Kao cuando menciona:

Yo creo que la resignificación, para mí al menos, es cuando la gente te apoya en la calle o cuando son amables, al final creo que resignificar es un acto de cuidado colectivo. Siento que estamos muy acostumbrados a estar solo en lo nuestro, movernos y no hablar, pero esas pequeñas interacciones donde las personas

muestran su empatía o cariño me hacen sentir que puedo resignificar la calle y volver a salir sin miedo como hombre trans porque pues a veces es abrumador solo estar en la casa o desplazarme en coche. (Kao, comunicación personal, 23 de julio del 2023).

El cuidado colectivo que Kao menciona puede rastrearse a partir de nombrar lo más cotidiano del día a día, por ello dentro del análisis que hago a las narrativas de los participantes, se hace evidente que tanto la resignificación como el tejido de memorias colectivas desde lo trans y/o no binario tienen una semilla fértil en apalabrar la vida cotidiana y compartirla como valiosa. Específicamente hablar sobre los momentos de amabilidad y no violencia toman un protagonismo importante y abren la posibilidad de generar experiencias mucho más amables en las calles y en la vida diaria de cada uno de ellos.

Volviendo a las narraciones de Stayku él encuentra que: “También he intentado hacer más comunidad, hacerle más la plática a las personas de los locales por donde paso o que están cerca de donde vivo, conocer sus nombres y que conozcan el mío” (Stayku, comunicación personal, 17 de julio del 2023). A partir de la enunciación de Stayku por buscar un sentido de resignificación en su vida diaria en espacios donde ha sido violentado o acosado, se encuentra una intención de crear comunidad, de saberse seguro y, de alguna forma, desmotar las interacciones aisladas y anónimas que muchas veces cobijan los actos de discriminación.

### 3.2.1 La vida cotidiana como posibilidad para resignificar

Como he mencionado anteriormente, la vida cotidiana se nutre a partir de aquellas actividades que suceden de forma repetitiva y que están ancladas a algo mucho más profundo que solo a esa repetición constante. Hablar de vida cotidiana tiene que ver con costumbres, con la experiencia cultural que atraviesa a quienes las practican y que son realizadas con la promesa de preservar aquello que se repite. Dentro de la cotidianidad, como también ya he señalado antes, se encuentran las actividades que permiten la

reproducción de la vida en todos los sentidos. Para el caso de mi investigación he puesto la atención principalmente sobre lo social, pero esto no quiere decir que se pierda de vista que la reproducción de la vida va más allá de solo ese ámbito.

Para entrelazar la idea que propongo sobre los procesos de resignificación de los participantes a través del ejercicio de narrar las experiencias propias, con la categoría de análisis de vida cotidiana, recupero a María del Carmen Collado (2002) quien elabora la experiencia de historiar alrededor de esta categoría. Para ella, abordar la vida cotidiana implica entrar a una dimensión propia en donde se rastrea todo aquello que une a la persona con su entorno. En ese rastreo también se ubican los procesos sociales que suceden, sin embargo, aclara que la vida cotidiana:

Está emparentada con la historia social, pero a diferencia de ella, no atiende al estudio de los movimientos populares, los sindicatos, los grupos sociales, las rebeliones, sino a las prácticas y relaciones de los hombres comunes y corrientes en la vida diaria. (p. 5)

Lo que María del Carmen Collado (2002) propone me da una pista fértil respecto a la categoría de vida cotidiana a partir de saber que las experiencias de los participantes se encuentran efectivamente en un marco social que se puede analizar desde lo macro, como la sedimentación y naturalización de la cisheteronorma. Pero que afinando mucho más el análisis hay un cruce importante con lo micro, en donde lo común y lo diario potencializan la resignificación como bandera política.

Regreso a los relatos de Chispa para localizar esos destellos en la vida cotidiana cuando la resignificación se hace presente, no solamente para hablar de la experiencia de la calle, o de la ciudad, sino para dar cuenta de lo imbricada que se encuentra con la experiencia de vida misma:

Yo creo que para mí las calles son un horizonte de posibilidades. Creo que además es muy proyectual, pienso mucho en las narrativas hegemónicas, por ejemplo, quienes hemos habitado la calle por mucho tiempo se nos ve de una manera, pero tenemos nuestras propias historias, resistencias y luchas diarias...

muchas veces el vivir la calle me ha llevado a tener momentos donde digo “claro, qué maravilloso, es posible otro mundo, sí hay otras posibilidades” entonces creo que sería eso, la calle representa para mí un horizonte de posibilidades y de resignificaciones cotidianas también desde lo trans. (Chispa, comunicación personal, 2 de agosto del 2023).

Chispa encuentra claves fértiles en todo el entramado que implica la resignificación, la memoria trans y la disputa contra los discursos de odio y violencia desde eso que ella enuncia como un horizonte de posibilidades. Ahí donde brota una nueva forma de significar el espacio, la calle y la ciudad. Ahí también donde convergen la disputa, el sentimiento de desolación que la ciudad transmite, la transfobia y los altos de niveles de violencia, Chispa, a partir de elaborar su experiencia cotidiana, resignifica la calle nombrándola como un horizonte de posibilidades. Y con ello, abre la puerta a lo que menciono al inicio de este capítulo acerca de que esos procesos de resignificar no son cerrados, efímeros ni acabados, sino que se van tejiendo también como una contra narrativa viva. Al mismo tiempo se teje una memoria colectiva desde las disidencias, de las identidades y resistencias cuir.

### 3.2.2 Sobre los espacios donde sucede la vida cotidiana

Una de las apuestas más importantes de mi investigación al usar la categoría de vida cotidiana es mostrar que dicotomizar el análisis desde los conceptos de espacio público y espacio privado resulta poco fértil. La vida cotidiana se vuelve entonces aquello que se teje entre lo público y lo privado en un ejercicio constante que se nutre de ambas partes, desde el cual la identidad y expresiones de género también se nutren. Para ello vuelvo a María del Carmen Collado (2002) cuando propone que:

La vida cotidiana abarca una amplísima gama de actividades concernientes al trabajo, la vida familiar, las diversiones, los paseos, el consumo, el transporte; también puede referirse a los espacios de la casa, el mobiliario, a los espacios públicos, la comida, la indumentaria, los ruidos, los olores, la educación y los valores familiares y la enfermedad, entre muchos otros, y en su ámbito pueden intersectarse lo público y lo privado (p. 5).

Es decir, la vida cotidiana funge como amalgama para dar cuenta de forma clara que las percepciones tanto de la calle, como del cuerpo, y en ese sentido de las expresiones e identidades de género, encuentran sus raíces en un ir y venir de lo público a lo privado y viceversa. Para mi investigación, el fragmentar los relatos entre lo concerniente a lo privado y a lo público generaba un espacio intermedio lleno de historias al que no hubiera podido acceder sin la mirada de lo cotidiano. Incluso, el asumir que las disputas y resignificaciones que les participantes viven respecto a sus identidades y expresiones de género cuir, se construyen desde el espacio privado hacia a fuera, sería también peligroso. Con esto quiero decir que muchas veces es en lo público, o en las calles, donde sucede la exploración y elaboración de identidad y expresión de género. La vida cotidiana sucede literalmente en todos los espacios de desenvolvimiento. Por lo que abordar sus experiencias cotidianas en los espacios urbanos y las calles de la ciudad de Puebla desde una clave que mostrara esa imbricación enriquece mucho más el análisis. Para mostrar a qué me refiero regreso a los relatos de Chispa:

En mi caso, muchas veces la calle ha sido más segura que el espacio de la casa familiar. A nivel muy personal siento que hay una continuidad muy pesada entre casa, trabajo y otros espacios dominados por una dinámica de consumo. Durante mucho tiempo cuando vivía en casa de mis progenitorxs la casa era un sitio que me remitía a la escuela, mi trabajo o la universidad. Desde que tengo memoria, desde muy morrita yo me escapaba de casa o hacía todo lo posible por pasar tiempo fuera de casa. La calle, a pesar de ser un espacio muy complejo y desgraciadamente a travessado por cuestiones que pueden llegar a hacerlo un espacio muy violento, verdaderamente sirvió mucho para que viviera una infancia y una adolescencia trans. (Chispa, comunicación personal, 2 de agosto del 2023).

Lo que comparte Chispa muestra que a lo largo de ir elaborando su identidad y expresión de género trans encontró en la calle un espacio clave y seguro para hacerlo. Es precisamente en esa tensión en la que ubica a la calle como espacio violento, pero también como “horizonte de posibilidades”, donde se encuentra una pista importante para dar cuenta que elaborar la identidad de género no siempre sucede dentro del “espacio privado”, sino en una constante tensión de adentro hacia a fuera y viceversa. Otra pista

que Chispa da es que precisamente los procesos identitarios y de expresión de género de las disidencias sexo-genéricas encuentran una disputa importante en los lugares del núcleo familiar, ya que muchas veces es ahí donde son más violentadas, invisibilizadas, o incluso, rechazadas. La clave de vida cotidiana permite entonces rastrear los momentos en que se genera esa compleja combinación entre resignificar la identidad de género a partir de encontrarse con otras personas con quienes compartir su experiencia de vida fuera del núcleo familiar, en las calles o en nuevos espacios-hogares. Todos esos momentos pueden localizarse a partir de hablar de lo cotidiano, de lo coloquial y de la vida diaria que transcurre.

Siguiendo en esa misma línea, regreso a Stayku y sus narraciones. Para elle, el proceso de ir y venir entre el espacio de su núcleo familiar, la calle y otros espacios-casa le ha dado también pistas concretas al momento elaborar y resignificar su identidad y expresiones de género. Los relatos que comparte a partir de la mirada de la vida cotidiana muestran un cruce entre el lugar en el que creció y vivió su infancia y adolescencia, su mudanza al centro de la ciudad Puebla y, por ende, sus desplazamientos por las calles del centro de la ciudad. Stayku narra que:

En el camino de ir descubriendo mi identidad en lo no binario, me di cuenta de que cuando quería salir y tener una expresión de género más feminizada me sentía más vulnerable. Cuando salí de casa de mis papás y me vine a vivir a Puebla fui más permisiva de cómo vestirme o cómo lucir en la calle, sobre todo en la zona donde me muevo, que es el centro, porque empezaba a identificar lugares donde sabía que eran seguros y que podía entrar a algunos solo a estar en caso de que algo me hiciera sentir inseguro. (Stayku, comunicación personal, 17 de julio del 2023).

El contrataste que hace Stayku sobre cómo fue su experiencia en la casa de su núcleo familiar y lo que implicó el moverse a otro lado es también parte de lo que menciono con Chispa sobre lo complejo que sería categorizar sus vivencias y procesos de elaboración de identidad y expresiones de género a partir de ubicar lo privado y lo público. A través de sus narraciones de sucesos cotidianos se puede proyectar una mirada situada

y al mismo tiempo amplia de todas las formas en las que les participantes llevan a cabo sus procesos de resignificación hasta en lo, aparentemente, más pequeño. María del Carmen Collado (2002) lo describe como:

Para acceder al conocimiento de la vida diaria se requiere de una mirada particular, capaz de observar lo que es inmediato al ser humano y la manera cómo se reflejan en sus prácticas y relaciones los acontecimientos y procesos de mayor envergadura (p. 6).

Esa mirada particular que ella menciona tiene que ver con prestar atención a todo lo que se ve implicado en la experiencia de vida. En el caso de mi investigación tiene que ver con lograr constelar todos esos actos cotidianos que han sido significados como relevantes por las propias personas que los vivieron y que los están narrando. Es decir, lograr encontrar los actos de resignificación en los momentos más cotidianos del día a día que se vuelve un momento de apertura a otras lecturas de ellos mismos, de las calles por las que se desplazan y también de sus propias corporalidades. Relacionado con esto, continúo con los relatos de Stayku en donde resalta esos momentos de resignificación localizados en su cotidianidad:

Después de mudarme a Puebla llegó la bici a mi vida y entonces me empiezo a preguntar qué pasa con mi identidad de género. Pensaba la bici como algo que me empoderaba, me daba cuenta de que me podía ahorrar el pagar un taxi y de que podía hacer mis trayectos acompañada de música y así sentirme mucho más segura. Eso era una clara sensación de libertad muy hermosa.

Para ella el acto de significar de otras formas la calle y su corporalidad se vieron fuertemente acompañadas por el uso de la bici como medio de transporte y como forma de reafirmación identitaria a partir de generar un vínculo con su corporalidad mucho más seguro. En ese sentido, una vez más, la resignificación se ve localizada como algo en movimiento que se teje desde lo más cotidiano. Siguiendo con Stayku:

Encontré una nueva forma de refugio en la bici que me apartaba de todos los sobre estímulos que vivía en el transporte público, como que alguien se sentara casi encima de mí, las horas pico, o las miradas hacia mi persona que me generaban incomodidad, todo eso desapareció. Siento que la bici me dio mucha

más confianza de habitar las calles a partir de mi identidad, como dos procesos muy cercanos. (Stayku, comunicación personal, 17 de julio del 2023).

Lo que Stayku vivió a partir de usar la bici como medio de transporte y como forma política de desplazarse por la ciudad de Puebla también ha implicado una forma de apropiación del espacio. Es decir que, a partir de esas incomodidades y malestares que también repercutían en la libertad que sentía de posicionarse en la calle desde una identidad no binaria, logra transformarlo y significarlo desde otro lado a partir de la bici como medio de apropiación del espacio y de la propia corporalidad. En los relatos de Stayku podría localizarse a la bici también como un medio simbólico de disputa hacia las narrativas que permean a los espacios urbanos.

A partir de esa última idea continúo al siguiente subcapítulo en donde presento cómo relacionan Kao, Chispa, Castiel, Stayku y Josan sus procesos de resignificación hacia y desde la ciudad.

### 3.3 Resignificar el espacio desde la colectividad

En Ciudad Feminista (2019) Leslie Kern habla sobre el ejercicio de realizar preguntas que se encaminen a imaginar futuros urbanos diferentes a los que hoy ubicamos como violentos, desiguales y fragmentados. Para ella es importante recordar que, aunque los cambios en las dinámicas de los espacios urbanos y ciudades parecen un todo inalcanzable, hay ya ahora mismo muchas acciones puestas en marcha que nacen desde lo individual y colectivo apostando por transformar la ciudad: “De hecho, todos somos capaces de hacer nuevos mundos urbanos – mundos urbanos feministas -, incluso si esos mundos solo duran unos instantes o solo llegan a existir en un rinconcito de la ciudad” (p. 33). La potencialidad de lo que dice Leslie Kern se vuelve tan grande que puede extenderse a cualquier acto que implique una significación diferente del espacio urbano, y que venga de un proceso de apropiación sin entrar necesariamente a ser medido en

función de un panorama grande, sino desde lo cotidiano y desde cualquier espacio, pero no por eso menos valioso.

En las narraciones de los participantes encuentro estas reflexiones sobre las que habla Kern acerca de encontrar nuevos o diferentes mundos urbanos en cualquier rincón de la ciudad que pueda ser resignificado. En el análisis de sus narraciones también encuentro que hay una línea directa en la que ligan específicamente la resignificación del espacio hacia lo colectivo o hacia formas de acompañamiento que en la mayoría de los casos tienen que ver con acciones que van más allá de lo individual. Tomo un fragmento de Castiel sobre esto él comparte que:

Creo que los actos de reapropiación colectivos me dan seguridad. Por ejemplo, pienso en este pasillo que está por el Carolino que se ha ido llenando de estampas y de pegas, a pesar de que alguien podría sentir que no es un callejón muy seguro por las noches, yo lo significo con algo positivo por las pegas, los grafitis y porque me identifico con lo que hay ahí, con lo que dicen. (Castiel, comunicación personal, 26 de julio del 2023).

La forma en que él describe ese momento de resignificación se vuelve muy valioso para la discusión por varias razones. Por un lado, hace evidente lo que Leslie Kern dice sobre esos nuevos mundos urbanos que muchas veces solo suceden en un pequeño espacio de la ciudad y que no necesitan tener una exposición al mundo mucho más allá de ese espacio. El pasillo del que habla Castiel se encuentra en el primer cuadro del centro de la Ciudad de Puebla y por mucho tiempo ha cobijado enunciaciones políticas cuir, feministas o de la comunidad lgbtq+, en general a través de pegas con mensajes cortos, poemas, pintas o ilustraciones que muchas veces son ánimas y otras cuantas son posicionamientos de colectivas o grupos identificados. Son un recordatorio de que la resistencia en la ciudad está viva a pesar de que la lluvia, el sol o las narrativas hegemónicas, a través de actorxs concretos, las borren. Otro punto importante es que Castiel lo nombra ya no solo desde la resignificación sino desde una forma de reapropiación del espacio, es decir, disputar el espacio al mismo tiempo que se le significa

de otras formas y se visibilizan posicionamientos colectivos desde la disidencia. Además de esto, la colectividad que menciona Castiel nace a partir de compartir sentires y malestares por lo que se vuelve un acto colectivo orgánico ya que no todas las pegas suceden al mismo tiempo ni por personas que se conocen entre sí. Es un diálogo desde y en la calle que se teje entre personas que tal vez no se conocen pero comparten algo y se acompañan incluso desde el anonimato.

Esta misma percepción de la resignificación de las calles a través de pegas colectivas la encuentro en los relatos de Stayku cuando habla sobre las intervenciones al espacio urbano de disidencias sexo-genéricas en la ciudad de Puebla:

Las pegas en la calle es de los momentos que más percibo como formas de resignificación colectiva o de hacer comunidad. Muchas veces ni siquiera nos vemos las caras, solo vemos lo que pegamos y es un tipo de comunicación. Lo que sí he notado es una presencia mayor que antes de personas trans y no binarias haciendo pegas en la calle. (Stayku, comunicación personal, 17 de julio del 2023).

Stayku relata precisamente que la colectividad nace a partir de una apuesta política que se comparte, un lenguaje que se hace visible en la ciudad a partir de disputar el propio espacio, haciendo evidente el malestar que producen las narrativas de la cisheteronorma. De nuevo, encuentro en los dos fragmentos de relatos de Castiel y de Stayku una pista acerca respecto a que los procesos de resignificación están vivos, son colectivos y no se anclan a un momento efímero y cerrado. Se nutren desde la diversidad de voces y formas de actuar para significar de formas otras.

Relacionado con las pegas y pintas en las calles en la ciudad de Puebla, encuentro en el análisis de las narraciones de los participantes otro punto importante al momento de elaborar sus memorias de resignificación que tiene que ver con el paisaje cotidiano. Anteriormente abordé este concepto para hablar sobre la experiencia misma en la ciudad y la manera en la que esta se ve ramificada a través de percepciones y sentires

que se entrecruzan con el paisaje. Todo esto para apuntar que el espacio urbano no es un lugar neutral con referencia a la experiencia vivida. Ahora, retomo el concepto para dar cuenta como Josan, Castiel, Chispa, Stayku y Kao, también encuentran un punto de fuga importante al momento de resignificar el espacio de acuerdo a lo que perciben del paisaje cotidiano que habitan.

Desde el concepto de paisaje cotidiano he podido tejer las experiencias que les participantes me comparten con las emociones y afecciones que describen en sus andares por la ciudad de Puebla. Para el caso de la ciudad abordar el entrecruce de paisaje cotidiano, experiencias vividas y resignificación también apunta a encontrar belleza alrededor y sobre el malestar. Para abordar esto último que menciono, comparto el siguiente fragmento de los relatos de Stayku:

Disfruto muchas cosas de la calle, me gusta buscar a las plantas que viven en las construcciones, entre los huequitos de cemento, me gusta mucho ver cómo se tejen los cables de la luz, siento que es algo muy lindo, me gusta mucho ver los cielos enmarcados entre las construcciones aledañas. Algo que hago mucho cuando voy en camión es que me gusta mucho ver el paisaje porque a pesar de que tengo muy presentes los pensamientos feos sobre la ciudad y la gentrificación o todos los procesos violentos que convergen en el espacio urbano, trato de disfrutar también ese espacio para sentirlo mío o incluso como forma de resignificar. Pienso en que el espacio es como una canción, como si los edificios hicieran sonidos o que cuando se mezclan con la vegetación serían otro sonido y entonces los paisajes urbanos que voy viendo se convierten en una pieza compleja o como si fueran parte de un video. (Stayku, comunicación personal, 17 de julio del 2023).

Las palabras de Stayku llenas de vida y resistencia para describir el paisaje cotidiano más allá del malestar y en ese preciso ejercicio encontrar una ventana a la resignificación son también una apuesta política y una forma de sobrevivir al caos de la ciudad. Como he mencionado anteriormente, este concepto tiene la virtud de darle emocionalidad al espacio, es decir que, como señala Stayku, ya no se trata solamente de edificios abandonados donde crece vegetación, o de cómo está diseñado el cableado público en la ciudad, sino de la manera en que sus emociones se relacionan con el

territorio, con la ciudad que está también viva, y la manera en que esto le hace significar de una forma muy personal lo que le rodea.

Vuelvo a Edith Albarrán (2024) y su trabajo sobre significar la ciudad a través de la mirada a propósito del ejercicio que Stayku comparte sobre su paisaje visual cotidiano:

Las personas experimentamos a nuestra manera cada una de nuestras ciudades, lo hacemos poniendo el cuerpo, les recorremos y en ocasiones es precisamente en el cuerpo a cuerpo que tomamos decisiones importantes de nombrar, representar y enunciarnos. Sentir la ciudad, acceder a ella, hacerla, es el acto individual atravesado por la experiencia, siempre unido en lo colectivo de la interacción (p. 136-137).

Para ella, los momentos de significar la ciudad tienen que ver con la experiencia misma de quien la transita a través de implicaciones corporales, visuales, políticas, verbales y sonoras, es decir, significar el paisaje cotidiano tiene que ver con la multisensorialidad que he mencionado anteriormente en el primer capítulo. En ese sentido, Edith Albarrán (2024) también agrega que los desplazamientos cotidianos conllevan a realizar dos acciones: la primera tiene que ver con la forma como interpretamos y experimentamos lo que nos rodea como parte de la experiencia; y la segunda tiene que ver con el hecho de que hablar de la ciudad desde una perspectiva de investigación implica reconocer su diversidad, no solamente pensando en una cuestión urbanística o arquitectónica, sino en algo más complejo que tiene que ver también con lo político y social.

Continuando con los relatos sobre los paisajes cotidianos recupero a Castiel y su experiencia sobre estos. Para él, una forma de resignificar la calle es precisamente la sensación de reconocer los espacios como cotidianos, de saber que él ya vivió experiencias en esos lugares que le traen recuerdos agradables. Su descripción no solamente se trata de los espacios físicos o de las calles que ya conoce, sino también la

forma en que las personas pueden generar una percepción de lo conocido aún en espacios que no ha transitado antes, pero ya significó a través de una memoria:

Lo que me hace sentir más seguro en las calles en general es todo lo que puedo asociar con algún recuerdo positivo, por ejemplo, las tiendas, las asocio a momentos cuando voy a comprar algo que me gusta y regreso a casa a comerlo con mi novio o cosas así, cosas que me hacen feliz. Muchas veces pienso en lugares donde ya conozco a las personas que están ahí, pero también pueden ser las áreas de cafés o espacios donde voy cotidianamente con mis amistades, que también está latente el riesgo y la inseguridad, pero yo tengo en otro concepto esos espacios y eso me hace distraerme y no fijarme tanto en lo que me da miedo, porque yo le doy un significado ya de lo conocido. (Castiel, comunicación personal, 26 de julio del 2023).

La percepción del espacio para Castiel responde a las experiencias vividas y por lo tanto a las memorias generadas a partir de emociones específicas. Parte del análisis al que logro llegar es que los relatos, que tanto él como el resto de los participantes comparten, tienen que ver también con la forma en la que ellos mismos han generado sus propios ejercicios de mapeo a través de sus desplazamientos cotidianos, hablando específicamente de la resignificación que hacen de las calles de la ciudad de Puebla, en sus relatos se pueden ubicar las imbricaciones que se dan entre espacio y emociones.

Para profundizar en lo que menciono retomo a Paula Soto Villagrán (2011) y la forma en la que describe a la ciudad a partir de tres miradas, tomando en cuenta que se teje muy cercanamente con las narraciones de los momentos de resignificación de los participantes. Para ella la ciudad es analizada a partir de entenderla como: la ciudad pensada, la ciudad vivida y la ciudad imaginada.

Para Paula Soto (2011) la ciudad pensada nace a partir de la crítica que las urbanistas feministas logran cuando dan cuenta que el espacio urbano no solo no es un lugar neutral, sino que es, de hecho, es lugar masculinizado que atraviesa las prácticas cotidianas de todas las personas que se desplazan por él. Gran parte de esa crítica nace a partir de ubicar que la forma en la que se liga el género al espacio urbano es a través de

mecanismos de control en la organización de los tiempos, los espacios y la creación de fronteras que generan prácticas rutinarias en función de un orden social del género.

Desde el enfoque de la ciudad vivida lo que se pone en el centro de análisis es la categoría de vida cotidiana para dar cuenta de las condiciones materiales de lo que se menciona en la ciudad pensada. Es decir, la crítica se extiende hacia la forma en las calles, el transporte público, y los servicios de la ciudad dan cuenta de las inequidades que en ella se viven y que esto se ve muy atravesado por una cuestión de género. En un principio ella hace un énfasis en su análisis hablando de la experiencia diferenciada que se da entre hombres y mujeres, para más adelante abrirlo hacia la experiencia lgbtiq+ y recuperar casos que también representan formas de resignificar el espacio urbano a través de actos como muestras de afecto.

Finalmente, rescato el enfoque de la ciudad imaginada de Paula Soto (2011) para dar protagonismo al momento concreto de resignificar el espacio urbano. En palabras de ella, esta forma de mirar la ciudad tiene que ver con que: “la experiencia de la ciudad no sólo se reduce a la materialidad, sino que considera las emociones, sentimientos, recuerdos, sueños, miedos y deseos de los sujetos como ejes de la experiencia espacial individual y colectiva” (p. 21). Para abordar la ciudad imaginada de forma situada en los relatos de les participantes empiezo rescatando un fragmento de Chispa cuando comparte que:

Y pues sí, la calle es un constante espacio de violencia, sin embargo, me gusta más mencionar los momentos donde no ha sido así y que hemos sido libres de vivir nuestras afectividades a pesar de todo eso. Existimos a pesar de todo ello. Yo siento que algún día será diferente. (Chispa, comunicación personal, 2 de agosto del 2023).

Como he presentado a lo largo de estos tres capítulos, la apuesta de Chispa está en relatar la forma en que la calle es un campo de disputa desde una corporalidad trans, y en general desde la experiencia de disidencias sexo-genéricas, pero también dar cuenta

que su experiencia está atravesada por otras emociones que la calle le produce como libertad. En palabras de Paula Soto (2011), esto tiene que ver con que el espacio urbano es también un depositario de significados en donde existe la posibilidad de superponer percepciones y simbolizar la calle a partir de sentimientos o emociones que oscilan entre lo agradable y desagradable (p. 21).

En esa misma línea de significar los espacios urbanos a partir de superponer percepciones, encuentro en los relatos de Kao una pauta importante cuando convergen la resignificación con la transición de identidad de género, es decir, que a partir de esos cambios, incluyendo en la expresión de género, se generan significados diferentes de la calle:

La calle para mí se ha vuelto un espacio un poco más liberador, siento que estoy reapropiándome de ella, ahorita y desde otras miradas, porque los miedos que tenía ya no son los mismos, hay un cambio de que me siento más protegido, hay miedo por cosas específicas, pero creo es diferente ahora. A partir de mi transición creo que la calle representa para mí un espacio diferente y creo que hacer esos cambios me ha llevado a sentirme más cómodo. (Kao, comunicación personal, 23 de julio del 2023).

El fragmento del relato de Kao es importante en el análisis ya que al abordar la ciudad imaginada se teje una interacción entre las experiencias vividas en la calle y las que se viven en los espacios habitados, espacios-casas o espacios-hogares. Paula Soto (2011) lo menciona como: “La interpretación acerca del paisaje y el entorno urbano ha llevado a reconocer la estrecha relación entre lo interior y lo exterior” (p. 22). Para ella, evidenciar esa imbricación entre lo que se cataloga como parte de la experiencia de lo público y de lo privado es otra manera de visibilizar y resignificar que lo que se percibe y vive en la ciudad también encuentra una fuerte raíz en el espacio doméstico.

La potencialidad de mirar al espacio urbano a partir de la ciudad imaginada abre los horizontes para la narración de la experiencia vivida, de las afecciones que la ciudad produce y de las emociones que hacen mucho más llevadera la cotidianidad. Esas

narraciones son las que permiten significar sobre el malestar y disputar contra los discursos de odio otras formas de experimentar las calles más allá de las construcciones urbanas.

En alguna charla con amigxs decíamos que no hay lugares seguros, los espacios seguros son las personas, pero podría decirte algunos espacios que me remiten algo de seguridad desde una mirada de resignificación como, por ejemplo, los lugares abandonados, porque han servido como refugio para que personas que han existido en la calle, literalmente en toda su existencia, puedan tener un lugar a donde regresar a dormir, a dónde llegar a resguardarse del frío o del calor. (Chispa, comunicación personal, 02 de agosto del 2023).

### 3.4 Conclusiones parciales

Para cerrar este capítulo y con ello dar paso a las conclusiones de mi investigación vuelvo a la pregunta de, *¿qué nos llama a resignificar?* Y la respondo, después de haber compartido una serie de fragmentos de las experiencias de Castiel, Josan, Chispa, Kao y Stayku, de la siguiente forma.

Resignificar la calle que se transita cotidianamente, la casa a donde se llega a dormir todas las noches, las zonas desconocidas de la ciudad por las que se tienen que transitar, el cuerpo puesto en la calle, o las experiencias pasadas vividas se vuelven de forma primordial una manera de sobrevivir a la violencia y opresiones. Narrar esas resignificaciones desde la experiencia trans y no binaria tiene una apuesta por hacer un cambio en el imaginario social, por modificar lo que ha sido señalado como anormal, diferente, malo o raro. Las corporalidades cuir existen. Las vidas cuir dejan de ser llamadas como minorías una vez que su voz empieza a abrirse paso y hace evidente que la idea de minoría tiene que ver más con que sus historias de vida han pasado al borde de los discursos hegemónicos, o que incluso, han sido de manera intencional borradas.

“Considero que algo que me sostiene en la ciudad son sus esfuerzos por hacer comunidad en cualquier sentido, en mi caso la comunidad disidente” (Chispa, comunicación personal, 02 de agosto del 2023).

Conclusiones: Todavía caminando

La caminata, como práctica de reconocimiento del espacio que se transita, del cuerpo que se habita y de las emociones que se perciben, es una forma de mapear y de generar un registro vivo de la experiencia. Decir “*todavía caminando*” implica reconocer que esta investigación es una apuesta de largo aliento que no podría quedarse solo aquí, que necesita encontrar otros espacios, otros análisis y seguirse nutriendo, incluso desde otras voces.

A lo largo de tres capítulos he planteado un orden para constelar los relatos que Chispa, Kao, Stayku, Josan y Castiel, compartieron conmigo. Ese orden responde, por un lado, a las preguntas con las que inicié esta investigación como brújula para emprender mi camino. Pero también es un orden que responde al reconocimiento de pistas muy claras que ellos fueron dando en sus narraciones para contarme qué es lo que les interpela, lo que les hacía sentido de mis preguntas, y guiarme para saber dónde afinar más la escucha. Fue gracias a ese constante escuchar y a ese constante visitar sus narraciones que pude ensayar varias formas para elaborar lo que ahora conforma esta tesis.

El objetivo de esta investigación apunta a varias cosas, pero de forma muy clara a una: conocer la experiencia y percepciones que Chispa, Kao, Castiel, Josan y Stayku tienen durante sus desplazamientos cotidianos por las calles de la ciudad de Puebla a partir de identificarse como mujer trans, hombres trans y personas no binarias. De ese objetivo se desprendieron temas mucho más específicos que oscilan en una contradicción compleja que va desde enunciar la rabia, la denuncia, el dolor y la violencia que se viven

en la ciudad de Puebla bajo las dinámicas de poder que se establecen a partir de un sistema binario y cisheteronormativo; pero que también llega a un momento de nombrar la esperanza, la búsqueda de sentido, la reivindicación de los afectos no heterosexuales en las calles, así como la elucubración de otros futuros más amables a partir de procesos de resignificación.

Como ya he mencionado en la Introducción, y a lo largo de tres capítulos, una razón primordial del por qué surge esta investigación tiene que ver con la falta de referentes en la academia, así como en el resto de los espacios, que aborden las experiencias de vida de las disidencias sexo-genéricas, y que lo hagan desde sus propias voces; que alumbren ahí donde ya había luz y voz, pero reconociendo que de forma intencional no se ha prestado la suficiente atención. Ahí donde se dice que *“lo que no se nombra no existe”* yo propongo afinar más la intuición y reconocer dos momentos antes llegar a esa conclusión. Primero, identificar bajo qué parámetros nos parece que algo ha sido suficientemente nombrado, o en qué lugares de validación estamos pensando cuando decimos que lo que no se nombra no existe. Y segundo, reconocer que siempre serán valiosos todos los espacios para visibilizar aquellas vidas que han sido silenciadas o intencionalmente pasadas al borde de los grandes relatos, pero sin dar por hecho que antes de que algo sea nombrado no existía. Ni siquiera de forma figurativa. Mencionar esto me parecía urgente ya que, tras haber escuchado, leído, a veces presenciado, y otras más atestiguado, las diversas formas en que les participantes experimentan la calle, encuentro que el momento de nombrar algo no siempre es posible, muchas veces elaborar la experiencia requiere cientos de nodos que posibiliten ese momento, y mientras tanto, todo eso que sucede sin nombrarse (aparentemente) ya existe. Hablo desde ahí, desde reconocer que todo lo que no ha sido nombrado históricamente, ya sea de forma intencionada, por accidente, por miedo, por no encontrar dónde hacerlo, sí existió, sí

existe y sí existirá, más allá de que solo una persona, un par de personas o una masa grande de personas lo sepan.

Bajo esa consigna ahora puedo reconocer que los relatos de vida, de la mano de la vida cotidiana, fueron las bases más sólidas de todo mi proceso de elaboración. En ese sentido presento tres capítulos para dar forma a mis argumentos.

En el primer capítulo generé una apertura sutil del tema posicionando los relatos de vida como apuesta epistemológica y también como método de investigación. Con ello quise dejar claro desde el inicio que la intención de esta investigación nunca fue mostrar un panorama con tendencias a generalizar la experiencia trans y/o binaria de todas las personas que se viven desde ahí, sino compartir las experiencias de cinco personas que relatan sus memorias y vivencias. Al mismo tiempo evidenciaba la disputa epistemológica que implica el hacer una investigación a partir de la voz y experiencia de quien lo vive mostrando que no por eso esta investigación se vuelve menos valiosa o con menos rigurosidad.

El primer capítulo está construido a partir de mis tres categorías de análisis, empezando con vida cotidiana, pasando hacia la ciudad y cerrándolo abordando la corporalidad. Los hallazgos de tal capítulo fueron muy claros. Hablar desde la vida cotidiana me permitió alumbrar un espacio intermedio que existe entre lo que se vive en la calle, llamada como espacio público, y lo que pasa en el espacio doméstico, llamado como espacio privado. Encontré una pista en las narraciones de los participantes sobre la forma en la que elaboran su cotidianidad y lo imbricadas que se encuentran mis categorías de análisis, porque hablar sobre lo cotidiano implica hacer viajes narrativos entre el pasado, el presente, la identidad y expresión de género, la calle y lo que todo esto genera en quienes transitan por la calle. En este capítulo encuentro un protagonismo grande en la categoría de vida cotidiana ya que me permitió mostrar eso que sucede

diariamente, aquello que ha pasado desapercibido, y algo que muchas veces se presenta como ya dado, pero que es precisamente donde se encuentra lo más valioso del análisis.

Para el segundo capítulo, siguiendo la pauta del tono de los relatos de los participantes, agudizo mucho más una crítica al modelo de ciudad funcionalista a partir de mostrar de forma más profunda que la ciudad de Puebla alberga y propicia un discurso cisheteronormativo. De nuevo, para la estructura de este capítulo, hago uso de mis tres categorías de análisis, comenzando por abordar la experiencia desde y en la ciudad, moviéndome hacia la experiencia desde la corporalidad y terminando con la categoría de vida cotidiana. En este capítulo los hallazgos están mucho más relacionados con la experiencia de posicionar la corporalidad en la calle y los efectos que esto tiene a partir de las identidades y expresiones de género trans y/o no binarias de los participantes. Las categorías de corporalidad y ciudad se imbrican dando cuenta de que existe una disputa contundente que se da no solamente en el espacio físico, es decir, en ocupar la calle, transitarla, desplazarse por ella y sentirse cómodos ahí sin ser agredidos o violentados; sino que también la disputa sucede desde el borramiento de la existencia. En este capítulo se afianza y demuestra que el espacio no es un lugar neutral, y que de hecho se teje a partir de una violenta imposición de formas que permean en la vida cotidiana de los participantes. La calle como un espacio de miedo y violencia les produce sentires y percepciones del espacio que también van modificando sus formas de desplazarse por la ciudad incluyendo los horarios en los que sienten mayor seguridad para salir a la calle, la ropa que les hace sentir más seguras, las zonas y los medios de transporte.

Otro hallazgo importante de este capítulo fue comprobar que todo lo que es leído como femenino o feminizado en la calle es significado como receptor de violencia. La experiencia de Josan y Stayku, como personas no binarias, ejemplifica que en muchos casos ellos se sienten mucho más seguros en la calle cuando sus expresiones de género

apuntan más hacia lo masculinizado. En contraste, los relatos de Chispa, como mujer trans, muestran como la corporalidad feminizada se vuelve foco de violencia. Y, muy de la mano de ello, Castiel y Kao, como hombres trans, comparten en sus relatos cómo su percepción de seguridad en la calle cambió a partir de posicionarse desde una identidad y expresión de género masculinizada. No por ello completamente segura pero sí mayor.

Finalmente, otro hallazgo que quiero destacar es lo que sucede precisamente en la experiencia de Kao y Castiel como transmasculinidades, ya que ubico ahí una potencialidad por repensar la masculinidad y lograr ensayar formas relacionales mucho más fértiles que cuestionen la heteronorma a partir de preguntarse qué implica ser un hombre.

Para el tercer capítulo busqué hacer un ejercicio diferente en la estructura. Encuentro importante volver al inicio y darle otra perspectiva al análisis de los relatos. Regreso a abordarlos ahora como un intento de ensayar un tejido de memoria a partir de lo que les participantes narran que han vivido y presentarlo como una forma de resignificar las historias trans y/o no binarias. Al analizar sus relatos sobre las formas en que han logrado resignificar los episodios de violencia que han vivido, encuentro un hallazgo importante respecto a que la resignificación es algo muy vivo que se nutre a partir de la vida cotidiana, por lo que se vuelve un acto abierto y continuamente practicado. Relacionar esto con una producción de memoria nace a partir de esa distancia que se toma entre la experiencia vivida y la forma de significarla. Es decir, lograr elaborar una memoria a través de las afecciones, emociones y significados que se le otorgan más allá de tener que comprobar que aquello que se relata sucedió o no de esa forma. En ese capítulo propongo la figura del testimonio para analizar los relatos de los participantes como formas de tejer memorias trans y/o no binarias a partir de un único recurso: sus propias experiencias y voces.

Para mi investigación este cierre era fundamental para salir de las narrativas que tradicionalmente caen en la revictimización al solo presentar la vida de las disidencias sexo-genéricas desde la violencia. Hay mucho más que contar y muchas otras formas de significar la disputa y la resistencia. Al mismo tiempo encuentro que en ese proceso de resignificación les participantes apuestan por desmotar las violencias al buscar otras formas de sostener una resistencia.

Sin duda hay muchos caminos que quedaron por explorar, muchos temas a los que podría extenderse esta investigación y que por cuestiones de tiempo me resultó muy difícil poder abordar. Sobre lo que queda pendiente ubico una reflexión mucho más profunda en la construcción de la experiencia cuir y su forma de responder a la heteronorma como imposición sin caer en etiquetarla de nuevo como una forma de identidad cerrada. Muy cercano a ello también ubico un gran potencial en desarrollar con mayor profundidad el tema de la autopercepción y la corporalidad trans y/o no binaria.

Finalmente quiero compartir que generar las mejores condiciones posibles para desarrollar esta investigación fue en todo momento una prioridad para mí. Que tomé como brújula una puntual intención de no generar prácticas extractivistas que cayeran de nuevo en escribir una tesis a partir de tomar lo que se busca y luego irse. El cuidado y afecto que he puesto en escuchar abierta y atentamente a Josan, Castiel, Stayku, Kao y Chispa, fue totalmente intencional con el objetivo de que ellos me dieran la pauta y el ritmo sobre qué compartir y de qué forma elaborarlo. Escribir estas páginas para soltarlas a donde tengan que llegar, principalmente a quienes han vivido o viven sus identidades, expresiones de género y muestras de afecto no heterosexuales desde la clandestinidad, y que de esa forma se sepan acompañades, es mi forma de honrar lo que les participantes compartieron conmigo.

Me siento profundamente agradecida y atravesada, espero que quienes lean esta tesis también se puedan encontrar aquí.

## Referencias

Ahmed, Sara. (2015). *La política de las emociones*. Universidad Nacional Autónoma de México.

Albarrán, Edith y Díaz Guillermina. (2024). ¿Cómo investigar la ciudad a partir de la mirada? Una propuesta metodológica basada en experiencias estéticas. Observaciones desde Toluca. *Bajo el Volcán. Revista del Posgrado de Sociología, BUAP, año 5, núm. 9*, 125 – 152.

Arfuch, Leonor. (2013). *La ciudad como autobiografía*. *Bifurcaciones*, 12(3).

Bertaux, Daniel. (1999). *El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades*. *Proposiciones*, 29(4), 1-23.

Bustos, Guillermo. (2010). La irrupción del testimonio en América Latina: intersecciones entre historia y memoria. Presentación del dossier "Memoria, historia y testimonio en América Latina" *Historia Crítica*, núm. 40, enero-abril, 2010, pp. 10-19.

Cano, Nuria. (2015). Corporalidad y memoria en el paisaje cotidiano. *Alteridades*, 25(49), 39-52.

Collado, María del Carmen. (2002). En torno a la historia de la vida cotidiana. *Revista de la Universidad de México*. No. 615, p. 5-7.

Fernández, Mary Luz. (2014). *La vida cotidiana como espacio de construcción social*. *Procesos históricos*, (25), 100-113.

Giaimo, Leonardo. (20 de junio de 2022). Inequidades en el derecho al hábitat. Reflexiones sobre el sistema de violencias en el espacio público y la falta de acceso a la

vivienda del colectivo LGBTI+. *Mundo Urbano*.

<http://www.mundourbano.unq.edu.ar/index.php/publicaciones-por-ano/309-inequidades-en-el-derecho-al-habitat-reflexiones-sobre-el-sistema-de-violencias%E2%80%A6>

Haraway, Donna. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres: La reinención de la naturaleza*. Madrid: Ediciones Cátedra.

Harvey, David. (2013). *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Ediciones Akal S.A.

Heller, Ágnes. (1985). *Historia y vida cotidiana. Aportaciones a la sociología socialista*. México: Editorial Grijalbo, S. A.

Jacobs, Jane. (2011). *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Madrid: Capitán Swing.

Jelin, Elizabeth. (2020). *Las tramas del tiempo: Familia, género, memorias, derechos y movimientos sociales*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Joan, Marce y Fernández Francisco. (17 de abril de 2023). Geografía Trans\* en Latinoamérica. Intersecciones y horizontes de un programa de investigación en construcción. *Punto sur 8. (enero-junio, 2023): 80-101*. DOI: 10.34096

Kern, Leslie. (2020). *Ciudad Feminista. La lucha por el espacio en un mundo diseñado por hombres*. Buenos Aires: Ediciones Godot.

Lefebvre, Henri. (1972). *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Madrid: Alianza Editorial S.A.

Lemebel, Pedro. (2011). *MANIFIESTO (HABLO POR MI DIFERENCIA)*. Anales De La Universidad De Chile, (2), Pág. 218–221. Recuperado a partir de <https://anales.uchile.cl/index.php/ANUC/article/view/19449>

Luna, Toni; Valverde, Isabel (dir.) (2015). Paisaje y emoción. El resurgir de las geografías emocionales. Barcelona: Observatori del Paisatge de Catalunya; Universitat Pompeu Fabra. (Teoría y Paisaje; 2). ISBN: 978-84-608-2975-1

Meccia, Ernesto. (2020). *Biografías y sociedad. Métodos y perspectivas*. Buenos Aires: UNL.

Moreno, Magdalena. (2023). Construir espacios urbanos desde las geografías de género y de las sexualidades. *GeoGraphos*, 14(1), 93-102.  
<https://doi.org/10.14198/GEOGRA2023.14.1.07>

Moriña, Anabel. (2016). *Investigar con historias de vida. Metodología biográfico-narrativa*. Narcea, S.A. de ediciones.

McDowell, Linda. (2000). *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*. Ediciones Cátedra.

Navarro, Mina y Linsalata Lucía. (2021). Capitaloceno, luchas por lo común y disputas por otros términos de interdependencia en el tejido de la vida: Reflexiones desde América Latina. *Relaciones Internacionales. Número 46*, 81 – 98.

Punt, C. (2019). *Urbanismo feminista: Por una transformación radical de los espacios de vida*. Virus Editorial.

Rea, Daniela. (2023). Fruto. Ciudad de México: Antílope.

Ruiz, Mariza & García, Dau. (2023). *Epistemologías feministas: cuerpo y emociones en investigación*. México: Universidad Autónoma de Chiapas.

Segato, Rita. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Traficantes de sueños.

Sosa, Camila. (2019). *Las malas*. Tusquets Editores S.A.

Soto, Paula. (2011). *La ciudad pensada, la ciudad vivida, la ciudad imaginada: Reflexiones teóricas y empíricas*. La ventana. Revista de estudios de género, 4(34), 7-38.